H. P. LOVECRAFT

El que acecha en el umbral

BRUGUERA · LIBRO AMIGO

El que acecha en el umbral, como se desprende del inquietante título, se centra de un modo explícito en ese auténtico punto focal del horror lovecraftiano que es el símbolo de la «puerta». Una puerta que, cuando se abre, no provoca la mera irrupción de los monstruos del otro lado, cual si del portillo de una simple jaula se tratara; en las inmediaciones del umbral blasfemo, la substancia misma del espacio-tiempo resulta íntimamente transformada, y el mundo parece empezar a disolverse en el maligno vaho de sus arcanos.

Máximo logro de la fecunda colaboración Lovecraft-Derleth, esta novela es una pieza clave de los Mitos de Cthulhu que no puede faltar en el amplio apartado dedicado a esta temática, una de las más inquietantes y sugestivas de la narrativa contemporánea.

H. P. Lovecraft & August Derleth

El que acecha en el umbral

ePub r1.1
abogard 25.10.2014

Título original: *The lurker at the threshold*
H. P. Lovecraft & August Derleth, 1945
Traducción: Eladio Lomino

Editor digital: abogard
ePub base r1.2

I

LOS BOSQUES DE BILLINGTON

Al norte de Arkham se yerguen las colinas oscuras, incultas, boscosas y enmarañadas por donde corre el Miskatonic hacia el mar, casi en uno de los límites del erial boscoso. Los viajeros, en esta región, rara vez se sienten impelidos a ir más allá de los lindes del bosque, a pesar de que un sendero apenas marcado conduce hasta ellos, y posiblemente atraviese las colinas y siga hasta el Miskatonic y más allá de él, hasta desembocar en campo abierto otra vez. Las deshabitadas casas que han resistido los embates del tiempo tienen todas ellas un uniforme y sorprendente aspecto de devastación, y, mientras la región boscosa en sí demuestra tener una singular vitalidad, parece haber poca evidencia de fertilidad en la comarca circundante. En verdad, un viajero que se pasee por Aylesbury Pike, que es la continuación de la River Street de Arkham, y continúe en dirección al oeste y noroeste de la antigua ciudad, hacia la comarca extraña y solitaria que es Dunwich, más, allá de Dean's Corners, no puede evitar sentirse impresionado por el notable aspecto de lo que, a primera vista, pudiera parecerle una repoblación forestal pero que al observarlo con más detenimiento resulta ser retoños de añosos árboles que han soportado el embate de largos siglos.

Los habitantes de Arkham han olvidado casi todo lo referente a aquello; hubo leyendas, oscuras y vagas, que sus abuelos referían junto al fuego, algunas pertenecientes a la época de la fiebre de las brujerías; pero, al igual que tantos otros cuentos similares, su tenuidad terminó por disolverse y nada quedó de todo aquello, excepto que el bosque aquel siguió llamándose «el bosque de Billington» y las colinas «las colinas del señor Billington», al igual que toda la propiedad, incluso la gran casa que no podía verse, pero que sin embargo estaba allí, en lo más profundo del bosque, sobre una agradable loma, «cerca de la torre y el círculo de piedras», como se decía. Los añosos y retorcidos árboles no invitaban a ningún curioso, ni los oscuros bosques animaban a ningún viajero a internarse en ellos, ni siquiera a la horda de buscadores de antigüedades o de leyendas que hubiera podido, sin embargo, sentirse atraída por la antigua casona de Billington. Todos evitaban ese bosque, y el viajero se daba prisa en pasar de largo, acosado por una curiosa sensación de desagrado que no podía explicarse: fantasías que se presentaban a su imaginación y que no le dejaban ningún pesar por no haber entrado allí le conducían derecho a su casa de nuevo, viniese de Arkham, de Boston o de alguno de los perdidos villorrios de Massachusetts.

«El viejo Billington» era recordado por las historias que habían dejado los ancianos fallecidos hacía largo tiempo en Arkham. Se llamaba Alijah Billington, y había vivido allí como hacendado a principios del siglo XIX. Fue a vivir a esa casa, que había pertenecido a su abuelo y bisabuelo antes que a él, y en su vejez había partido para las costas de la madre patria, al sur de

Londres, en Inglaterra. Desde entonces nada más se había oído de él, a pesar de que los impuestos eran debidamente pagados por una agencia de abogados cuya dirección en Middle Templé Lane prestaba dignidad a la leyenda del viejo Billington: Pasaron varias décadas; presumiblemente Alijah Billington fue a reunirse con sus antepasados, y sus abogados lo mismo; era igualmente seguro que el hijo de Alijah, Laban, llegó a su mayoría de edad y que los hijos de los abogados de su padre siguieron con el bufete del suyo, según la costumbre establecida; pues a pesar de que transcurrían las décadas, las sumas necesarias para satisfacer los impuestos anuales de la desierta propiedad eran debidamente depositadas por intermedio de un banco neoyorquino, y la propiedad continuaba llevando el nombre de Billington, a pesar de que a principios del siglo XX corrieron rumores de que el último de los Billington varones, que debía de ser sin duda el hijo de Laban, no había dejado descendiente masculino, y que la sucesión se continuaba por una hija, cuyo nombre no se conocía sino como « señora Dewart» ; pero estas habladurías carecían de interés para los habitantes de Arkham, y pronto fueron olvidadas, puesto que, ¿qué era para ellos una señora Dewart a quien jamás habían visto, contra el recuerdo lejano del viejo Billington y sus « ruidos» ?

Eso era lo que se recordaba del viejo Billington, y era especialmente evocado por los descendientes de algunas pocas familias que se complacían en hurgar en las generaciones pasadas de los habitantes de la región. Pero tan efectivas habían sido las incursiones del tiempo, que no sobrevivía ninguna historia específica; sólo se decía que se habían oído a menudo ruidos, al atardecer y durante la noche, en las boscosas colinas donde vivía Billington; pero no se sabía con claridad si era Alijah el responsable de ellos o si tenían otro origen. En resumen, Alijah Billington hubiese sido totalmente olvidado de no ser por el miedo que inspiraban los bosques y su vegetación extraña y yerma, y el terreno pantanoso oculto en lo más hondo del corazón del bosque, junto a la casa, del cual se elevaba en las noches primaverales el infernal gemido y el croar de miles de ranas, que se oía a varios cientos de millas a la redonda de Arkham, y del cual, en verano, se alzaba una claridad casi sobrenatural que fluctuaba y danzaba bajo las nubes bajas durante las noches de atmósfera pesada, y que se decía era producida por verdaderas hordas de luciérnagas que habían invadido el lugar, con los sapos y otros insectos y animalejos, desde tiempo inmemorial. Los ruidos habían cesado con la partida de Alijah Billington, pero el croar de las ranas continuaba y el resplandor de las luciérnagas no había disminuido, ni tampoco, durante las noches de verano, había menguado en nada el coro de chotacabras.

Después de tantos años de abandono, la noticia de que la grande y vieja casona sería reabierta, noticia que llegó un día de marzo de 1921, fue motivo de creciente curiosidad e interés para los habitantes de la región. En las columnas del *Advertiser* de Arkham apareció una breve nota diciendo que el señor Ambrose Dewart solicitaba obreros y contratistas para renovar y poner en condiciones la « Casa Billington» , y que los interesados podían dirigirse personalmente a él en el hotel Miskatonic, que era una especie de anexo a la Universidad de Miskatonic y se hallaba en los mismos terrenos que la casa de estudios. El señor Ambrose Dewart resultó ser un hombre de estatura mediana, de rostro aguileño, cabellera rojiza, mirada penetrante, labios finos y apretados, modales excesivamente correctos y una especie de profunda agudeza que impresionó favorablemente a los obreros que contrató para los trabajos.

Antes de que amaneciera otro día se supo en Arkham que Ambrose Dewart era, en verdad, el

descendiente directo de Alijah Billington; que había efectuado una peregrinación por las costas del país que sus antepasados habían adoptado como suyo durante tres generaciones o más, y que ahora pensaba regresar allí. Era un hombre de unos cincuenta años, de tez morena, que había perdido a su único hijo en la gran guerra, y que, no teniendo otro heredero, se había vuelto hacia América como hacia un puerto donde deseaba pasar el resto de sus días. Había llegado a Massachusetts hacía quince días para examinar su propiedad, y lo que había encontrado allí evidentemente le había satisfecho, pues había planeado en seguida la restauración de la antigua casona, deseoso de devolverle su pasada gloria, aunque no tardó en percatarse que por el momento tendría que prescindir de ciertas comodidades modernas tales como la electricidad, pues las líneas más cercanas pasaban a varias millas de distancia y había muchas dificultades que vencer antes de que pudiera instalarse la electricidad en aquella casa. Pero para el resto de sus planes no había ninguna razón de demora, y durante toda aquella primavera los trabajos siguieron adelante: la casa fue restaurada, y se construyó un camino hasta ella que iba aún más lejos, es decir, hasta el lindero del bosque, y para el verano el señor Ambrose Dewart pudo ir a vivir en ella, abandonando sus habitaciones en Arkham, y sus obreros fueron despedidos, entregándoles una sustanciosa prima a cada uno, y pudieron regresar a sus casas, llenos de pavor y sin embargo maravillados por las cosas que contenía la vieja casa Billington y su semejanza con la casa Craigie de Cambridge, ocupada durante largo tiempo por el poeta Longfellow, llena de magnificas obras de talla, hermosísima escalera, formidable cantidad de libros en su biblioteca cubierta de estanterías hasta el techo, que tenía una altura de dos pisos, y aquel ventanal enorme de vidrios policromados que miraba hacia el oeste. También hablaban de los mil objetos maravillosos que, según aseguraba el señor Dewart, tenían gran valor para quienes gustaban de las cosas antiguas.

Todas las conversaciones no tardaron en versar sobre el viejo Billington, el cual, se decía, era bastante parecido a su descendiente. Volvieron a mencionar las historias referentes a los «ruidos», y otras de carácter más siniestro que se extendían de boca en boca, aunque nadie podía decir quién las había originado, excepto que provenían, sin duda, de la zona de Dunwich donde vivían los Whateley, los Bishop y algunas de las últimas familias más antiguas, en varios grados de decadencia, y disolución. Porque los Whateley y los Bishop también habían vivido en esa región de Massachusetts durante muchas generaciones, y sus antepasados eran en realidad contemporáneos no sólo del viejo Billington, sino del primero de los Billington, aquel que había construido la gran casona y el «rosetón», como llamaban a la gran ventana de la biblioteca, aunque no tenía nada que ver con un rosetón; y se suponía que las historias que relataban habían sido transmitidas de generación en generación y tenían por lo tanto algo de verosimilitud, aunque no fueran muy exactas, y así hubo un inmediato resurgimiento del interés por los bosques de Billington y por el señor Dewart.

Ambrose Dewart, sin embargo, ni siquiera sospechaba estas habladurías que su extraña llegada había provocado. Era de naturaleza solitaria, y se complacía en su soledad. Su primera intención había sido informarse lo más detalladamente posible acerca de las ventajas de su propiedad, y a ello se abocó lleno de entusiasmo, aunque, en honor a la verdad, hay que decir que no sabía ni por dónde empezar. Su madre no le había dicho absolutamente nada con respecto a la propiedad, excepto que la familia poseía «alguna propiedad» en el estado de Massachusetts, la cual era «conveniente» no vender, sino conservar siempre en la familia, y, en caso de que

algo le ocurriera a él y a su hijo, debía dejarla en herencia a su primo de Boston, Stephen Bates, a quien no conocía. En verdad, sólo le habían sido dejadas un montón de instrucciones misteriosas, que evidentemente provenían del viejo Alijah Billington, que en su tiempo dejara tras de sí esa propiedad para ir a vivir a Inglaterra. Eran una serie de instrucciones que Ambrose Dewart no comprendía en absoluto, sin duda porque aún no estaba bastante familiarizado con su propiedad.

Se le instaba, por ejemplo, a que « no permitiese que el agua cesara de correr en derredor de la isla» , a que « no molestara a la torre» , a que « no impetrara a las piedras» , a que « no abriera la puerta que conduce al tiempo y lugar extraños» , a que « no tocara la ventana ni intentara modificarla» . Esas instrucciones no significaban nada para Dewart, aunque le fascinaban en tal forma que, desde que las había leído, no podía quitárselas de la mente, obligándole insidiosamente a hurgar e investigar en la casa y el bosque, entre las colinas y la región pantanosa, hasta llegar a descubrir que la casa no era la única construcción en la propiedad que le pertenecía, sino que también había una antiquísima torre de piedra en una pequeña isla en medio de una corriente de agua que, en un tiempo, debía bajar desde las colinas y afluir en el Miskatonic, pero que parecía estar seca desde hacía mucho tiempo, salvo en los meses de primavera.

Descubrió esto un atardecer de agosto, cuando ya se ponía el sol, e inmediatamente supo que esa era la torre a que se referían las instrucciones de su antepasado. Por lo tanto la examinó con gran detenimiento y observó que era una torre cilíndrica de piedra, con techo cónico, de unos doce pies de diámetro y unos veinte de alto. Parecía haber tenido en un tiempo una gran abertura en forma de arco, lo que sugería que la torre había carecido originalmente de techo, pero ahora estaba clausurada con mampostería.

Dewart, que entendía bastante de arquitectura y edificaciones, estaba muy intrigado con esta construcción, pues no era preciso ser muy versado para advertir que esas piedras eran muy antiguas, mucho más que la casa; tenía en el bolsillo una pequeña lupa de aumento con la que había estado estudiando ciertos antiquísimos textos latinos encontrados en la biblioteca de la casa, y con ella estudió la estructura de las piedras y llegó a la conclusión de que eran piedras compuestas y que demostraban una extraña y desconocida técnica, que involucraba el uso de lo que parecían ser dibujos geométricos similares a aquellos que habían sido impresos en las piedras que se habían utilizado para cerrar luego la abertura de la arcada.

Una singular fascinación ejercía también la base de la torre, que era extraordinariamente gruesa, y que daba la impresión de estar fijada en la tierra a gran profundidad; pero esto, pensó Dewart, debía de ser porque, sin duda, el nivel del suelo había ascendido en los años pasados desde su construcción.

¿La habría construido Alijah Billington? Parecía, por lo menos en parte, mucho más antigua, pero entonces, ¿quién la había erigido? El problema intrigaba a Dewart, pero como ya conocía la existencia de gran cantidad de papeles antiguos entre los volúmenes de la biblioteca de su antepasado, abrigaba la esperanza de que entre ellos encontraría alguna referencia a la torre, y deseoso de examinarlos emprendió el camino de regreso a la casa, no sin antes volverse una vez más para observar la torre desde cierta distancia, viendo entonces por primera vez que se erguía en lo que en un tiempo debió de ser un círculo de piedras, que, con gran satisfacción, identificó como similar en muchos puntos a los restos druídicos de Stonehenge.

Era evidente que el agua había corrido en un tiempo por ambos lados de la pequeña isla, y sin duda en bastante cantidad, ya que las marcas de la erosión aún no se habían desvanecido a pesar de la invasión de la espesa maleza y la inevitable escoriación de las innumerables lluvias y vientos que no encontraban barrera alguna que las detuviera, contrariamente con lo que ocurría con los supersticiosos nativos.

Dewart regresó lentamente, y era ya de noche cuando llegó a la casa, debido en parte a la necesidad que había tenido de contornear la zona pantanosa que se encontraba entre el lugar donde se hallaba la torre y la loma en que estaba la casa. Se preparó una cena frugal, y mientras la comía se puso a reflexionar cuál sería la mejor manera de iniciar aquella investigación que tanto le atraía. Los papeles dejados en la biblioteca eran en su mayoría excesivamente antiguos, tanto que resultaría imposible leer algunos de ellos sin que se deshicieran en polvo. Afortunadamente, sin embargo, algunas hojas eran de pergamino, y sería por lo tanto posible tocarlas sin temor a destruirlas, y también había un pequeño bloc encuadernado en cuero que llevaba una inscripción en letra infantil que decía: « Laban B» , el cual, sin duda, debía de ser el hijo de ese Alijah que había partido de esa tierra para Inglaterra hacía más de un siglo. Después de mucho cavilar, Dewart decidió comenzar por el diario de la criatura, pues no era otra cosa aquel cuaderno.

Leía a la luz de la lámpara, pues el problema de la electricidad no había sido solucionado aún, y las autoridades se contentaban con hacerle promesas que jamás llegaban a cumplirse. La luz de la lámpara y el reflejo amarillento del fuego en el hogar, pues como la noche era fresca había encendido la chimenea, daban al estudio un confortable aspecto de intimidad, y Dewart no tardó en perderse en el pasado a medida que este se erguía ante él de entre las páginas amarillentas que leía. La criatura, Laban, que Dewart estaba seguro era su propio bisabuelo, era evidentemente precoz, pues al principio de su diario tenía nueve años y al final del mismo, Dewart se aseguró de ello recurriendo a la última página, once. Y había tenido una gran disposición para observar los detalles, de modo que su diario no se limitaba a comentar los sucesos de la casa, sino que también se refería a lo que ocurría a su alrededor.

El niño era huérfano de madre, según pudo comprobar en seguida Dewart, y su único compañero parecía ser un indio, un Narragansett que estaba al servicio de Alijah Billington. Escribía su nombre alternativamente Quamus o Quamis, lo que indicaba que el niño no estaba seguro de cómo se llamaba, y era evidente que se acercaba más a la edad de Alijah que a la del muchachito, pues la actitud de respeto que se manifestaba en las narraciones de letra infantil de Laban hubiera estado desproporcionada si se hubiese tratado de un compañero de su misma edad. El diario comenzaba con un relato de la vida diaria del muchacho, pero luego no se refería de nuevo a ella, sino para asentar que sus tareas obligatorias habían sido cumplidas. En cambio se complacía en narrar lo que había hecho durante las pocas horas de la tarde en las cuales se veía libre de sus estudios y podía corretear a gusto por la casa, o, acompañado por el indio, por los bosques, aunque decía que le habían aconsejado que jamás se alejara mucho de la mansión.

Era obvio que el indio era o bien muy callado y poco comunicativo o extremadamente locuaz cuando repetía al muchacho algunas de las leyendas de su tribu; como el niño tenía la imaginación muy despierta, se complacía en aquella compañía, fuera cual fuese el humor del indio, y de vez en cuando escribía en su diario algo de las narraciones de su compañero, quien, según se veía a medida que avanzaba el diario, también se ocupaba de cierto trabajo para Alijah

« después de la hora en que se sirve la cena» .

Aproximadamente a la mitad del cuaderno habían sido arrancadas varias páginas, por lo que había una especie de laguna, un período que faltaba y que no había sido reemplazado. Inmediatamente después venía una anotación fechada el 17 de marzo (pero sin año) que Dewart leyó con creciente atención e interés, ya que la ausencia de las páginas anteriores acentuaba la sugestión del relato.

« Hoy, después de la última hora de estudio, salimos afuera por la nieve, y Quamis fue rodeando el pantano, dejándome para que le aguardara junto a un tronco de árbol caído, cosa que no me agradó mucho, por lo cual decidí que sería mejor ir detrás de él, y por lo tanto, siguiendo sus rastros en la nieve recién caída, le encontré una vez más donde mi padre nos ha prohibido que fuéramos, sobre las márgenes del río que corre junto al lugar donde se yergue la torre. Estaba de rodillas, con los brazos elevados hacia el cielo, y decía en voz alta palabras en su idioma que yo no entendía, pues aún no me lo han enseñado bastante, pero repetía a menudo una palabra parecida a "Narlato" o "Narlotep". Iba a llamarle cuando me vio y, poniéndose inmediatamente de pie, vino hacia donde estaba yo y me tomó de la mano, arrastrándome lejos de aquel lugar. Entonces le pregunté si había estado orando, o qué había estado haciendo, y por qué no oraba en esa capilla de los hombres de raza blanca, cuyos misioneros eran los misioneros de su gente, pero él no me contestó, excepto para indicarme que no debía decir a mi padre dónde habíamos estado, de lo contrario él, Quamis, seria castigado por haber ido a ese lugar contra las órdenes de su amo. Pero como el lugar es árido y está entre las rocas y es inaccesible debido al agua a su alrededor, carece de atractivo para mí, sea lo que fuere lo que atraiga a Quamis y le incite a desobedecer las órdenes de mi padre» .

Luego, durante dos días, las anotaciones carecían de importancia, y después seguía una frase, si bien velada, reveladora de que Alijah había descubierto y castigado la desobediencia del indio, pero el niño no mencionaba en qué forma. Después de otras siete anotaciones había otra referente « al lugar prohibido» ; esta vez el muchacho y el indio habían sido sorprendidos por una tormenta de nieve y se habían perdido. Yendo de un lado para otro se habían encontrado de pronto « en un lugar desconocido para mí, pero Quamis, lanzando un gran grito, me arrastró de allí, y advertí que nos encontrábamos junto al río que corría por entre la isla de piedras y la torre, pero esta vez nos habíamos acercado a ella desde el lado opuesto. No sabía cómo habíamos llegado hasta allí, pues habíamos partido dirigiéndonos hacia el Este pensando en llegar hasta el río Miskatonic, a menos que la tormenta que nos sorprendió tan de repente nos haya desorientado en semejante forma. La gran prisa de Quamis por alejarse y el terror que le embargaba hicieron que una vez más le preguntara qué era lo que le causaba ese sobresalto, pero sólo me contestó como antes, que mi padre "no lo deseaba", lo que quiere decir que no quiere que yo vaya a ese lugar, a pesar de tener la libertad de corretear por cualquier otra parte de su propiedad, y llegar hasta Arkham, si quiero, aunque me ha prohibido terminantemente ir hacia Dunwich o hacia Innsmouth, y no debo tampoco detenerme en el villorrio indio que se encuentra en las colinas más allá de Dunwich» .

Luego no había ninguna otra referencia a la torre, pero en cambio, se encontraban algunos párrafos curiosos. Tres días después de la tormenta de nieve, el niño anotaba un rápido deshielo, que « libró a la tierra de la nieve» . Y esa noche, según anotó al día siguiente en su diario, « me despertaron extraños ruidos en las colinas, que parecían grandes gritos, y me levanté y fui a

mirar primero por la ventana que daba al Este. No viendo nada, fui a mirar por la que da al Sur, pero tampoco vi nada; entonces, reuniendo todo mi valor, me deslicé fuera de mi cuarto y crucé el vestíbulo, llamando a la puerta de mi padre, pero sin recibir contestación, y pensando que no me habría oído, me atreví a abrir la puerta y entrar en su habitación. Me acerqué en seguida a su cama, y mucho me sorprendí al no encontrarlo en ella, y advertí que esa noche no parecía haberse acostado. Y mirando por casualidad por la ventana de su dormitorio que da hacia el Oeste, noté una especie de claridad azulada o verdosa que brillaba por encima de los árboles, lo que me dejó perplejo, pues de esa dirección era de donde parecían venir los ruidos que había oído, y que seguía oyendo, semejantes a grandes gritos, pero no proferidos por voz humana ni por la voz de ningún animal conocido por mí. Mientras permanecía allí, ante la ventana entreabierta, transfigurado por el temor y la ansiedad, me pareció que otras voces similares a esas venían de muy lejos, de la dirección en donde queda Dunwich o Innsmouth. Esos ruidos después de un rato cesaron, y el resplandor del cielo se apagó también, y regresé a mi cama. Pero por la mañana, cuando Quamis entró en mi cuarto, le pregunté qué era lo que había hecho tanto ruido durante la noche, a lo que me contestó que sin duda yo había estado soñando, y no sabía de qué le hablaba, y que convenía que no le dijera nada a él, es decir, a mi padre. Entonces tampoco le dije a Quamis lo que había visto, pues realmente el indio parecía aterrado de que mi padre pudiera oír lo que decíamos. Estaba por hablarle de la ansiedad que sentía por la seguridad de mi padre, pero Quamis me dijo que estaba en su dormitorio y que había manifestado el deseo de que le dejaran dormir hasta tarde, y por lo tanto simulé olvidarme de lo que había oído y visto, tal como me lo aconsejaba Quamis, y este pareció muy aliviado y tranquilizado» .

Durante las dos siguientes semanas las anotaciones de Laban se referían a asuntos sin importancia, tales como sus estudios y sus lecturas; luego, una vez más, apareció una referencia breve y oscura a los ruidos: « Parecen venir del Oeste y con singular persistencia, pero estoy seguro de que hay una contestación del Este o Noroeste, es decir en dirección a Dunwich o la región salvaje alrededor de Dunwich» . Nuevamente, cuatro días después, el muchacho escribía que apenas se había acostado cuando se levantó para mirar la luna nueva que se ponía, y vio a su padre fuera de la casa. « Le acompañaba Quamis y ambos llevaban algo, pero no pude ver ni adivinar lo que era. Desaparecieron casi en seguida, volviendo un recodo de la casa, dirigiéndose hacia el Este; yo fui al dormitorio de mi padre para seguirlos con la mirada, pero no los vi más, aunque oí la voz de mi padre que venía del bosque» . Después, esa noche, había sido despertado por « grandes ruidos, como antes, y me quedé en cama escuchándolos; creyendo a veces que se transformaban en una especie de cántico, y otras en gritos destemplados y terribles, que hacían daño al oírlos» . Había anotaciones similares durante un tiempo, y en esa forma pasó casi un año.

La anotación que precedía a la última era en extremo desconcertante. Durante toda la noche el niño había oído « grandes ruidos» en las colinas y le parecía que todo el mundo debía oír esas voces que se elevaban en la oscuridad, y, a la mañana siguiente « no viéndole» , pregunté por Quamis, y me dijeron que Quamis « había partido» y no regresaría, y que, además, nosotros también partiríamos antes del anochecer, llevando muy poco equipaje con nosotros, y me dijeron que me preparara. Mi padre parecía estar terriblemente ansioso por alejarse, a pesar de que no me dijo dónde iríamos, pero supongo que será a Arkham, o tal vez a Boston o Concord, pero no me pregunto nada y me apresuro a obedecer, no sabiendo qué llevar conmigo y tratando de elegir las cosas que necesitaré, como son pantalones y camisas limpias. Estoy muy perplejo

por la prisa de mi padre, y su preocupación por el tiempo, pues quiere partir a media tarde, y dice que « tiene algo que terminar» antes de que nos vayamos; sin embargo, encontró tiempo para preguntarme varias veces si estaba listo, si había terminado mi equipaje, etcétera.

La anotación final del cuaderno había sido hecha esa tarde. « Mi padre dice que vamos a Inglaterra. Atravesaremos el Océano e iremos a visitar parientes en aquel país. Es ahora media tarde y mi padre está casi listo» . A esto había añadido con letra ornamentada y casi desafiante: « Este es el diario de Laban Billington, hijo de Alijah y Lavina Billington, de once años de edad» .

Dewart cerró el cuaderno lleno de perplejidad, y con su interés aguzado. Detrás de las palabras que el muchacho no había escrito era donde se encontraba el enigma mayor del cual por desgracia el niño no había vislumbrado lo suficiente como para dar a Dewart alguna clave. En la misma narración, sin embargo, encontró la explicación del hecho de que, la casa había sido dejada con libros y papeles y demás cosas, ya que la apresurada partida de Alijah y su vástago no le había dado tiempo para preparar la casa para una larga ausencia. Era cierto, por otra parte, que nada demostraba que Alijah hubiese pensado permanecer ausente, pero, sin embargo debió de pensar que ello podría ocurrir. Dewart tomó de nuevo el cuaderno y lo hojeó, releyendo párrafos aquí y allí, y de este modo llegó a un párrafo extraño que le había pasado por alto porque estaba perdido en medio de otro que daba detalles de una visita que el niño había efectuado a Arkham en compañía del indio Quamis. « Me extrañó mucho advertir que en todos lados éramos tratados con gran respeto y acentuado temor; los comerciantes hasta eran por demás obsequiosos con nosotros, y Quamis no fue molestado en las calles como los indios suelen serlo en las ciudades. Una o dos veces oí a unas viejas susurrando entre sí asustadas y alcancé a percibir el nombre de Billington pronunciado con tanto temor como si no fuese un nombre honrado. Cuando hablé de esto a Quamis durante nuestro regreso, me contestó que todo eso no era más que obra de mi imaginación» . ¿Así que el viejo Billington era « temido» o mal visto y lo mismo todos los que estaban relacionados con él? Este nuevo descubrimiento produjo en Dewart una verdadera fiebre; su investigación era tan distinta de la acostumbrada aventura genealógica que le encantaba; aquí había misterio, aquí había algo profundo, insondable, algo fuera de lo común, y como todo lo misterioso le atraía, Dewart se sintió estimulado por la excitación de la caza.

Se volvió ansioso al cúmulo de papeles y documentos, pero no tardó en sentirse profundamente decepcionado, pues la mayoría de ellos se referían a la construcción de la casa, la compra de materiales y contratos de trabajo, y otros a la compra de libros que Alijah Billington había adquirido a libreros de Londres, París, Praga y Roma. Su decepción estaba por llegar al colmo, cuando por fin descubrió un manuscrito casi ilegible que llevaba este título extraño: *De las Brujerías Dañinas llevadas a cabo en Nueva Inglaterra por Demonios sin Forma Humana*. Parecía haber sido copiado de alguna narración cuyo original no estaba a mano, y era evidente que no todo el original había sido copiado, y no todas las frases copiadas eran ya legibles. Con todo, en conjunto, el documento era bastante comprensible y, con algún trabajo, Dewart llegó a descifrarlo. Lo leyó lentamente, deteniéndose con frecuencia, perplejo, y se sentía en realidad fascinado por su contenido, a tal punto que tomó una estilográfica y un papel y comenzó a copiarlo cuidadosamente. Parecía comenzar en mitad del original, y decía así: « Pero, a fin de no hablar demasiado extensamente sobre tan Horrendo asunto, sólo añadiré lo

que se cuenta comúnmente respecto a un Suceso ocurrido en Nueva Dunnich, cincuenta años antes, cuando el señor Bradford era Gobernador. Se dice que cierto Richard *Billington*, instruido en parte por Libros Malos y en parte por un antiguo Mago de los *indios* salvajes, se apartó tanto de las Prácticas *Cristianas* que no sólo clamaba la Inmortalidad de la carne, sino que colocó en los bosques un gran Círculo de Piedras, dentro del cual decía sus Oraciones al Diablo, Lugar de Dagon Maldito, y cantaba ciertos Ritos de Magia abominados por las Sagradas Escrituras. Esto llegó a oídos de los Magistrados, y él negó todo trato Impío, pero poco después demostró gran Temor por Algo que él había llamado fuera del Cielo de la Noche. Hubo en ese año siete asesinatos en los bosques cercanos a las Piedras de *Richard Billington*, y esos asesinados fueron aplastados y semiderretidos en forma como jamás se había visto antes. Cuando se habló de un Juicio, *Billington* desapareció y jamás volvió a oírse hablar de él. Dos meses después, una noche, oyóse una banda de salvajes *Wampanaug*, gritando y gimiendo en los Bosques y parece que destruyeron el Círculo de Piedras e hicieron además muchas otras cosas. Pues su Jefe, *Misquamacus*, ese mismo Mago de quien Billington aprendió sus Brujerías, vino poco después a la ciudad y refirió al señor *Bradford* algunas Cosas extrañas: Primero, que *Billington* había causado más *Daño* de lo que podía remediarse, y que sin duda había sido comido por lo que él mismo había llamado fuera del Cielo. Que no había Forma de hacer que se retirase esa Cosa que él había llamado, por lo tanto el Sabio Wampanaug le había capturado y aprisionado donde había estado el círculo de Piedras.

» Que habían cavado tres Anas de profundidad y dos de ancho y Allí habían Hechizado al Demonio con Hechizos que ellos sabían, cubriéndolo con (aquí seguía un renglón ilegible) esculpida con el *Signo Mayor*. Y sobre esto ellos (otra vez venían varias palabras que no podían descifrarse) sacados del Pozo. El viejo Salvaje afirmaba que ese lugar no debía ser molestado bajo ningún Pretexto, por temor a que el Demonio volviese a quedar en Libertad, cosa que no ocurriría si la piedra plana con el *Signo Mayor* no era quitada de su Lugar. Al serle preguntado qué forma tenía el Demonio, *Misquamacus* habíase cubierto el rostro de modo que sólo le quedó visible un Ojo, y luego hizo un relato curioso y Circunstancial, diciendo que era a veces pequeño y sólido como un Escuerzo y del tamaño de muchas Marmotas, pero que a veces grande y nebuloso, sin Forma, aunque con un Rostro que tenía Serpientes en él. Su Nombre era *Ossadogowah*, lo que significaba (esto había sido vuelto a escribir "significa") la criatura de *Sadogowah*, la que se tiene por un Espíritu Espantoso de quien hablan los antiguos y dicen bajó de las Estrellas y fue adorado en las Tierras del Norte. Los *Wampanaugs* y los *Nanset* y *Nahriganset* sabían cómo sacarlo del Cielo, pero jamás lo hicieron por conocer su gran Malignidad. Sabían también cómo capturarlo y aprisionarlo, aunque no cómo hacerlo volver de donde venía. Se dice que las viejas tribus *Lamah* que vivían bajo el Gran Oso y fueron hace tiempo destruidas por su Maldad, sabían cómo manejarlo en todos los modos. Muchos Hombres presuntuosos pretendían un Conocimiento de esos Otros Secretos, pero ninguno en Estas Partes pudo dar Prueba de dichos Conocimientos… Algunos decían que *Ossadogowah* regresaba a menudo al Cielo por propia voluntad, pero que no podía volver sobre la Tierra a menos que se le Llamara.

» Eso fue lo que el anciano Mago *Misquamacus* refirió al señor *Bradford*, y desde entonces aquel Lugar del Bosque junto a la Charca, al sudoeste de Nueva Dunnich, ha sido dejado en Paz.

Las Altas Piedras han desaparecido en estos veinte años, pero el Lugar está marcado por una Circunferencia donde nada, ni la hierba ni la maleza, quieren crecer. Hombres sabios dudan que el maligno *Billington* fuera comido, como creen los Salvajes, por lo que él llamó del Cielo, ya que algunos dicen que ha sido visto en diversos lugares. El Mago *Misquamacus* dijo que no desconfiaba de que *Billington* hubiese sido llevado; no decía que había sido comido por la Cosa como creían otros Salvajes, pero afirmaba que ya no estaba más sobre la Tierra, por lo que había que darle Gracias a Dios» .

Como apéndice a este curioso documento había una nota, evidentemente garabateada aprisa: « Consultar los Prod. Taum. del Rev. Ward Phillips» . Dewart supuso acertadamente que esto se refería a algún libro que debía hallarse en los estantes, y sin perder tiempo llevó su lámpara junto a ellos, y comenzó a buscar entre los títulos de los volúmenes. Había extraordinaria diversidad de obras, y la mayoría le eran desconocidas. Estaba la *Ars Magna et Ultima* de Lully; *Clavis Alchimae* de Fludd; *Liber Ivonis* de Albertus Magnus; *Claves de Sabiduría* de Artephons; *Cultes des Goules* del Conde d'Erlette; *De Vermis Mysteriis* de Ludwig Prim, y muchos otros tomos antiquísimos, relacionados con la filosofía, la taumaturgia, la demonología, la cabalística, las matemáticas y cosas semejantes, entre ellos varias colecciones de Paracelsus y Hermes Trismegistus, que tenían señales de mucho uso. Fascinado por esos títulos, tuvo que violentarse para no sacarlos uno por uno y examinarlos. Siguió su búsqueda y tras largo rato, Dewart descubrió el volumen que buscaba en el extremo de un estante alejado de donde él se había encontrado sentado.

Se titulaba: *Prodigios Taumatúrgicos en el Canaán de Nueva Inglaterra*, por el Rev. Ward Phillips, que según pudo ver en la primera página, era « Pastor de la Segunda Iglesia de Arkham en la Bahía de Massachusetts» . El volumen era una reimpresión, sin duda, pues estaba fechado en Boston en el año 1801. Tenía grandes dimensiones y Dewart supuso que el Rev. Ward Phillips, lo mismo que la mayoría de los clérigos, no había podido refrenar su deseo de sermonizar mientras desarrollaba sus tesis. No había índice de ninguna clase, y como faltaba poco para la medianoche, Dewart no miraba con gran entusiasmo la perspectiva de tener que hojear página por página un volumen cuya imprenta aún llevaba las eses largas y otros signos tipográficos en desuso, que dificultaban su lectura. Pensó que si realmente Alijah Billington había usado mucho ese volumen, lo más probable era que el lomo del mismo se hubiese resentido y que el libro se abriese de por sí en los lugares más acostumbrados a estar abiertos. Por lo tanto, llevó el libro y la lámpara sobre la mesa y, depositando la lámpara, colocó el libro sobre su usado lomo, y dejó que cayera abierto, cosa que este hizo aproximadamente a dos tercios de sus páginas. Comenzó hojeando por ahí y no tardó en encontrar una nota escrita en lápiz al margen, que decía: « Comparar con Mar. de Rich. Billington» . No quedaba, pues, la menor duda de que aquel era el lugar que buscaba. El pasaje decía así:

« Pero, referente a la Infamia General, no he tenido conocimiento de nada más terrible que lo que *Doten*, viuda de *Juan Doten de Duxbury*, en las Viejas Colonias, trajo de los Bosques, allá por la Candelaria del año 1787. Afirmaba, y lo mismo hacían sus vecinas, que aquel monstruo le había nacido a ella y bajo juramento declaró que no sabía cómo aquello podía haber ocurrido, ya que no era ni Bestia ni Hombre, sino un monstruo murciélago con rostro humano. No emitía sonido alguno, pero miraba a todos con ojos tristes. Había quienes aseguraban que tenía un

horrendo parecido con alguien muerto desde largo tiempo, un tal *Richard Bellington* o *Bollinhan*, quien, se afirma, ha desaparecido por completo después de ciertos tratos con los Demonios en el país llamado Nueva Dunnich. La horrible Bestia-Hombre fue examinada por la Corte y luego Quemada por Orden del Alto Sheriff, el 5 de junio del año 1788» .

Dewart volvió a leer este pasaje varias veces; contenía ciertas implicaciones, aunque ninguna clara. En circunstancias ordinarias, hubieran podido pasar por alto; pero leídas inmediatamente después de lo que Alijah había clasificado como « La Nar. Billington» y la mención del nombre « Richard Bellington o Bollinhan» señalaba un paralelo inequívoco con Richard Billington. Desgraciadamente, por más estimulada que estuviese la imaginación de Dewart, no pudo llegar a ninguna clase de explicación para el enigma; pensó que tal vez fuera la sugestión del Rev. Ward Phillips de « que cierto Richard Bellingham» suponiendo que este fuese identificado con Richard Billington, no había sido destruido —« Comido por lo que él mismo había llamado fuera del Cielo» — como la superstición popular creía, sino que se hubiese internado más en el corazón de los bosques, cerca de Duxbury, para seguir con sus prácticas dañinas y allí se hubiese perpetuado engendrando ese horror descrito por el ministro. Por otra parte, la época en que la viuda Doten había traído a su monstruo al mundo quedaba a menos de un siglo de la época de aquellos notorios juicios de Brujerías, y era muy de presumir que en este tiempo la credulidad estaba aún firmemente arraigada entre las personas, tanto religiosas como laicas, que vivían entonces en la región de Duxbury y « Nueva Dunnich» que, sin duda, debía ser el lugar conocido ahora como Dunwich, y que por lo tanto que daba en la vecindad.

Muy excitado y estimulado para proseguir sus investigaciones, decidió, sin embargo, dado lo avanzado de la hora, ir a acostarse, no tardando en caer en un sueño poblado de curiosas visiones de extrañas criaturas parecidas a serpientes y murciélagos. A pesar de ello, durmió sin despertarse, excepto una sola vez, en que permaneció un buen rato sin dormir, con la extraña sensación, que por unos pocos momentos se convirtió en firme convicción, de que le *estaban mirando desde arriba*. Con todo, logró sacudir aquella sensación y volvió a dormirse.

A la mañana siguiente, considerablemente repuesto gracias a su descanso, Ambrose Dewart se dispuso a tratar de descubrir todo lo más que pudiera respecto a su antepasado Alijah, buscando datos en las fuentes de la biblioteca de la ciudad. Se dirigió a Arkham en su auto y una vez más sintió placer en encontrarse en aquel lugar que tanto le hacía recordar ciertos pueblos de Inglaterra, con sus casas de tejados de pizarra, sus callejuelas antiguas que se dirigían al Miskatonic y su aspecto de tranquila ancianidad. Comenzó su búsqueda por la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, donde consultó los gruesos volúmenes del *Advertiser* de Arkham y la *Gaceta* de un siglo atrás.

La mañana era brillante y clara, y Dewart disponía de todo el tiempo que quería. En muchos aspectos, Dewart era el investigador nato. Cualquier investigación le apasionaba, y muchas eran las que había iniciado, pero, a decir verdad, pocas las que había proseguido hasta el final. Se instaló en un rincón bien iluminado, con una mesa de lectura para él solo, y comenzó a estudiar los periódicos de los días de su bisabuelo, que estaban llenos de noticias curiosísimas que le llamaron la atención, haciéndole divagar más de una vez lejos de la búsqueda en que se hallaba empeñado. Recorrió varios meses de periódicos antes de tropezar con el nombre de su antepasado, y eso fue puramente accidental, pues mientras había estado buscándolo en las

columnas de noticias lo encontró debajo de una comunicación corta y áspera dirigida al editor del periódico:

«Señor: he leído en su periódico una nota de cierto John Druven Esq. que se refiere a un libro escrito por el Rev. Ward Phillips de Arkham, y habla de ese libro en términos elogiosos. Comprendo que es costumbre amontonar palabras de elogio sobre los miembros del Clero, pero John Druven Esq. hubiera hecho al Rev. Ward Phillips un mayor servicio señalándole que hay cosas en la vida que vale más dejarlas tranquilas y alejadas del público en general. Su Seguro Servidor, Alijah Billington».

Dewart buscó inmediatamente una contestación a esta nota, y la encontró en un ejemplar de la semana siguiente.

«Señor: Se advierte que el protestante Alijah Billington sabe lo que escribe. Ha leído el libro, y le estoy agradecido, y por lo tanto me digo dos veces su obediente servidor en el nombre de Dios. Rev. Ward Phillips».

No había nada más de Alijah en las publicaciones siguientes que Dewart escudriñó con gran cuidado. Transcurrieron varias horas, y varios años tanto del *Advertiser* como de la *Gaceta*, antes de que Dewart encontrara de nuevo el nombre de Billington. Esta vez se trataba de una breve noticia:

«El Sheriff advierte al señor Alijah Billington, en su casa de Aylesbury Pike, que cese y desista de la cosa en que está ocupado durante la noche, y en particular haga terminar los ruidos que allí se producen. El señor Billington deberá presentarse ante la Corte del Condado en Arkham, en su sesión del mes próximo».

Nada más, luego, hasta que Alijah Billington apareció ante los magistrados.

«El acusado, Alijah Billington, declaró que no se ocupa de nada durante la noche, y que no produce ruido alguno ni cuida que estos se produzcan, que se atiene a las leyes del Estado, y que desafía a cualquiera a que pruebe lo contrario. Se presentó como una víctima de personas supersticiosas, que tratan de causarle daño, y que no comprendían que viviera solo desde la muerte de su muy llorada esposa, siete años antes. No permitió que su sirviente indio, Quamis, fuese llamado a declarar. Por varias veces pidió que su acusador fuera traído ante él, pero pudo observarse que el demandante no estaba dispuesto a aparecer, pues nadie se presentó, viendo lo cual, el antedicho Alijah Billington apareció justificado y se le rogó no hiciera lugar a la Nota que le fuera enviada por el Sheriff».

Era evidente que los « ruidos» a que el muchacho Laban se refería no eran producto de su imaginación. Este incidente sugería una vez más que quienes habían presentado la queja contra Alijah Billington le temían; y había en esta sugerencia algo más que el habitual recelo de quienes sienten disgusto de comparecer ante el objeto de su agravio. Si el muchacho había oído ruidos y el demandante también, evidentemente otros también los habrían oído; y, sin embargo, nadie quería presentarse para enfrentarse con Alijah Billington. Ello denotaba que Billington era temido, y que este, su vez, no parecía temer a nadie y no vacilaba ante la agresividad. Dewart pensó que esto era bastante condenable, pero se sentía cada vez más atraído por el creciente misterio, y supuso que el asunto de los ruidos aumentaría en proporción durante los meses siguientes más bien que perderse en la nada. Y así fue.

Apenas pasado un mes, apareció en la Gaceta una carta impertinente de un tal John Druven, quizá el mismo caballero que había elogiado el libro del Rev. Ward Phillips, que, sin duda, había debido de sentirse agraviado por la dura crítica de Alijah Billington, y que por ello, probablemente, se interesaba en los líos de Billington con el Sheriff.

«Señor: Habiendo tenido oportunidad de dar un paseo por el Oeste y Noroeste de Arkham en un día de esta semana, me vi sorprendido por la noche en la vecindad de Aylesbury Pike, en esa región conocida por Bosques de Billington, y, mientras trataba de orientarme, percibí poco después de la caída de la oscuridad un horrible ruido, cuya naturaleza no me es posible precisar, que parecía provenir de la región pantanosa que se encuentra más allá de la casa de Alijah Billington. Escuché por un buen rato aquel infernal clamor, lleno de angustia, pues más de una vez creí reconocer los gritos de algún ser presa de gran dolor o sufrimiento, y, si hubiese sabido distinguir de dónde provenían, me hubiese dirigido hacia allí, tal era mi angustia. Esos ruidos continuaron media hora o algo más, y luego se acallaron por completo, reinando el más profundo silencio, y yo proseguí mi camino. Su Servidor, John Druven».

Dewart esperaba que esto habría estimulado a su antepasado para dar una contestación llena de ira, pero transcurrieron las semanas sin que nada apareciera en los periódicos. No obstante, estaba cristalizando cierta oposición a Billington, pues si bien nada de él se publicó en los periódicos, apareció en cambio una carta abierta del Rev. Ward Phillips en la cual se ofrecía a encabezar un comité de investigaciones en relación con el lugar de los ruidos, con el propósito de descubrir lo que los producía y ponerles fin. Esto estaba perfectamente calculado para hacer salir a Billington de su silencio; cosa que no consiguió, pero en forma inesperada. Haciendo caso omiso tanto del Reverendo como del crítico, su contestación tomó la forma de un aviso público:

«Cualquier persona o personas que traspasen los límites de la propiedad conocida como Bosques de Billington, serán capturados como transgresores y puestos bajo arresto para ser juzgados. Alijah Billington ha comparecido en el día de hoy ante el Magistrado y declarado que su propiedad está debidamente demarcada contra los transgresores, cazadores y vagabundos, y que no se puede entrar en ella sin el debido permiso».

Esto trajo una inmediata réplica del Rev. Ward Phillips, quien escribió que « parecía como si nuestro vecino Alijah Billington no desease se efectuara investigación alguna acerca de los ruidos, y quisiera que siguieran conocidos únicamente por él» . Concluía su carta preguntando sin rodeos a Alijah Billington por qué « temía» que se investigaran esos ruidos y su origen, y que fueran suprimidos.

Alijah, sin embargo, no se dejó abatir por tan poco. Contestó unos días después diciendo que no tenía intenciones de permitir que « la gente» le acusara, y que no tenía razones para creer que el tal « Rev. Ward Phillips o su protegido John Druven» estuviesen calificados para llevar a cabo una investigación, para luego decir, dirigiéndose a quienes clamaban haber oído ruido: « En cuanto a esas personas no estaría de más inquirir qué es lo que estaban haciendo a esa hora de la noche, cuando las personas decentes están en su cama o, por lo menos, en su propia casa, y no merodeando por los campos protegidos por la oscuridad, sólo Dios sabe tras qué placeres u ocupaciones ilícitas. No tienen prueba alguna de que hayan oído ruidos. El declarante Druven expresa que ha oído ruidos, pero no menciona que nadie le haya acompañado. Hace apenas cien años, muchas personas, alegando haber oído ruidos, acusaban a hombres y mujeres inocentes que luego eran condenados a muerte como brujos, sin otras pruebas. ¿Está el declarante lo suficientemente familiarizado con los ruidos nocturnos del campo como para distinguir entre lo que él llama "gritos de algún ser sufriendo" y el bufido de un toro o el mugido de una vaca en busca de un ternero perdido o mil otros ruidos similares de la Naturaleza? Vale más que él y sus semejantes se ocupen de sus asuntos y no dejen que sus oídos les traicionen, ni miren lo que Dios no desea que se mire» .

Esta era una carta ciertamente ambigua. Billington nunca había mencionado antes a Dios, y su carta, aunque aguda en ciertos puntos, parecía haber sido escrita aprisa, sin la debida reflexión. En resumen, Billington daba pie para que le atacaran, cosa que ocurrió, por cierto, y tanto por el Rev. Ward Phillips como por John Druven.

El ministro escribió casi tan secamente como Billington lo había hecho en un principio, diciendo que se « sentía feliz y daba gracias a Dios de que ese hombre, Billington, reconociera que hay cosas que Dios no desea que se miren, y sólo esperaba que el antedicho Billington no las mirase tampoco» .

John Draven, en cambio, se burlaba de Alijah. « Hasta ahora no he sabido que el vecino Billington tuviese toros, vacas y terneros en su propiedad, con cuyas voces el deponente está familiarizado, ya que se ha criado entre ellos. Además, el deponente dice que no fueron voces de

toro, o vaca, lo que oyó en la vecindad de los Bosques de Billington. Ni de cabra, ni de carnero, ni de burro, ni de ningún animal conocido. Y ruidos los hay, eso no se puede negar, pues yo los he oído y otros también» . Y así continuaba por algún tiempo.

Era de suponer que Billington diese alguna clase de contestación, pero no fue así. Nada que llevara su firma apareció en los periódicos, pero a los tres meses la *Gaceta* publicó una comunicación de Druven informando que había recibido una invitación para que registrara los Bosques de Billington a su gusto, ya fuese solo o acompañado. Lo único que Billington pedía era que se le informara anticipadamente de las intenciones de Druven a fin de que pudiera dar las órdenes oportunas para que no se le molestara como a un intruso. Druven hacía saber que tenía intenciones de aceptar la invitación de Billington y que así se lo diría a su debido tiempo.

Y luego, por una temporada, nada más.

Y después venía una serie de párrafos siniestros y cada vez más alarmantes a medida que transcurrían las semanas. La noticia inicial era, al parecer, inofensiva. Decía sólo que John Druven, que escribía de vez en cuando para el periódico, había dejado de presentar su artículo a tiempo para que pudiera aparecer en el de esa semana, y posiblemente lo presentaría para la próxima. La próxima semana, sin embargo, la Gaceta publicó un párrafo algo más extenso, diciendo que John Druven no podía ser encontrado. Que no se hallaba en las habitaciones que ocupaba en la casa de la calle River, y que se estaba efectuando una investigación a fin de descubrir su paradero.

La semana siguiente, la *Gaceta* reveló que el artículo que Druven había prometido enviar y que no había llegado a manos de la redacción era un informe respecto a una visita que había efectuado a la Casa Billington y sus bosques en compañía del Reverendo Ward Phillips y de Deliverance Westripp. Sus compañeros aseguraban que todos habían regresado, pero esa noche, según la dueña de la pensión habitada por Druven, este había vuelto a salir, sin contestar a su pregunta de adónde iba. Al serles preguntados acerca de su investigación y ruidos en los Bosques de Billington, el Rev. Phillips y Deliverance Westripp contestaron que no recordaban nada, excepto que su huésped había sido muy atento con ellos y hasta les había servido un almuerzo preparado por su sirviente, el indio Quamis. El Sheriff estaba llevando a cabo una investigación para aclarar la desaparición de John Druven.

En la cuarta semana no hubo ninguna otra noticia de John Druven. Lo mismo en la quinta.

Continuó el silencio sobre el tema hasta tres meses después, cuando se advirtió que el Sheriff había desistido de continuar la investigación relacionada con la extraña desaparición de John Druven.

Tampoco se publicó ninguna noticia más sobre Billington. Todo el asunto de los ruidos de los Bosques de Billington parecía haber sido abandonado.

Seis meses después de la desaparición de Druven, sin embargo, los acontecimientos comenzaron a producirse con desconcertante rapidez, y Dewart pudo advertir la manifiesta restricción de los periódicos al referirse a ellos, no obstante, tratarse de acontecimientos que en los tiempos actuales hubieran dado lugar a grandes títulos. Durante un período de tres semanas, cuatro relatos ocuparon un lugar importante tanto en la *Gaceta* como en el *Advertiser*.

El primero se refería al descubrimiento de un cuerpo horriblemente destrozado y mutilado a orillas del océano, junto a la ciudad portuaria de Innsmouth y a poca distancia de la

desembocadura del río Manuset. El cuerpo fue identificado como el de John Druven. « Se supone que el señor Druven se hizo a la mar y que el barco en que navegaba naufragó. Según lo que pudo comprobarse, hacía pocos días que estaba muerto. Se le vio por última vez hace seis meses, en Arkham, y desde entonces nadie ha tenido noticias suyas ni le ha visto. Su cuerpo parece haber soportado muchas penurias, pues su rostro tiene señales de sufrimiento y dolor y muchos de sus huesos están fracturados» .

El segundo relato se refería al antepasado de Dewart, al temido Alijah Billington. Se hacía saber que Billington y su hijo Laban habían partido para visitar a unos parientes en Inglaterra.

Una semana después, el indio Quamis, que había servido a Alijah, « era requerido por el Sheriff para ser interrogado, pero no pudo ser hallado. Dos alguaciles se dirigieron a la casa de Alijah Billington, sin encontrar nadie allí. Como la casa estaba cerrada y sellada, no podían entrar en ella sin orden de allanamiento, la que no tenían» .

Las investigaciones que se efectuaron entre la población india que aún existía en ese tiempo en los campos de Dunwich, al noroeste de Arkham, para dar con Quamis no dieron resultado. Nadie conocía su paradero, y nada querían tener que ver con él, y hasta dos de los indios « negaron que el tal Quamis perteneciera a su tribu, y existiese siquiera» .

Finalmente, el Sheriff dio a publicidad un fragmento de carta que el difunto Druven había comenzado a escribir la noche de su extraña e inexplicable desaparición, siete meses antes. Estaba dirigida al Rev. Ward Phillips, y parecía « haber sido escrita aprisa» , según comentaba la *Gaceta*. La carta fue encontrada por la dueña de la pensión y entregada al Sheriff que sólo ahora revelaba su existencia. La *Gaceta* la publicó. Decía así:

Al Rev. Ward Phillips.

Iglesia Bautista. Arkham.

Mi estimado amigo: He regresado con una extraña sensación, a tal punto que parecería como el recuerdo de los acontecimientos que presenciamos esta tarde estuviese a punto de desvanecerse de mi mente. Me resulta imposible coordinarlos, y, además, me siento impelido a pensar mejor de nuestro reciente huésped, el temible Billington, como si tuviese que volver a él, y como si el pensamiento de que hubiera podido, por arte de magia, poner algo en la comida que nos sirvió, fuese un pensamiento poco amable. No piense mal de mí, mi buen amigo, pero estoy obsesionado por lo que vimos en el círculo de piedras en el bosque, y, sin embargo, cada instante que transcurre mis recuerdos se

tornan más confusos y borrosos...

Ahí terminaba la carta. La *Gaceta* la había producido tal como había sido encontrada, y el periódico se abstenía de hacer ningún comentario. El Sheriff sólo había dicho que Alijah Billington sería interrogado a su regreso, y eso era todo. Posteriormente había una nota referente al entierro del desventurado Druven, y después una carta del Rev. Ward Phillips que decía que los miembros de su parroquia que habitaban en la región lindante con los Bosques de Billington aseguraban que no se oían más ruidos durante la noche, ahora que Alijah Billington había partido hacia costas extranjeras.

Durante seis meses los periódicos no volvieron a mencionar el nombre de Billington, y Dewart abandonó su búsqueda. A pesar de la fascinación que esa investigación ejercía sobre él, sus ojos estaban cansados; además, era ya media tarde y se había olvidado por completo de su almuerzo, y si bien no sentía apetito, pensó que era mejor no abusar más de su vista. Estaba algo azorado por todo lo que había leído. Hasta cierto punto se sentía decepcionado, pues había esperado encontrar algo más claro; en cambio, en todo lo que había leído había una tenuidad vaga, aún menos tangible que esos enigmáticos fragmentos encontrados en los documentos de lo que quedaba de la biblioteca de Alijah Billington. Los informes de los periódicos poco decían en sí. En verdad, sólo había la circunstancial prueba del diario del pequeño Laban para probar que los acusadores de Alijah Billington habían oído realmente ruidos nocturnos en los Bosques de Billington. Aparte de esto, Billington era descrito como un hombre más o menos malo, de carácter irascible, audaz y que no tenía ningún temor de afrontar a sus detractores. Habla salido bastante airoso de cada encuentro, a pesar de que el Rev. Ward Phillips logró una o dos pequeñas victorias. No cabía duda de que el libro al cual Alijah se había referido con tanta acritud era el de *Prodigios Taumatúrgicos del Canaán de Nueva Inglaterra*, y mientras no había nada que una Corte de justicia pudiera admitir como prueba, existía una innegable coincidencia en el hecho de que el crítico más acerbo de Alijah, John Druven, hubiese desaparecido tan extrañamente. Además, la carta inconclusa de Druven daba lugar a ciertas preguntas sugestivas. Era evidente que Alijah había puesto algo en la comida, a fin de que sus indeseables visitantes —el comité investigador— se olvidaran de lo que habían visto; por lo tanto, vieron algo que confirmaba los velados cargos hechos por Druven y por el Rev. Ward Phillips. Había, además, otra cosa más esencial en ese fragmento de carta, «como si yo tuviese que volver a él». Dewart se sentía angustiado de pensar en eso, pues sugería que por algún medio, Billington se hubiera atraído a su crítico más rudo, y después de hacerlo desaparecer, le hubiese finalmente producido la muerte.

Aunque esto sólo eran suposiciones, Dewart no pudo menos que pensar en ello durante todo el trayecto de regreso a su casa en los bosques, y al llegar allí volvió a buscar los papeles que había leído la noche anterior y permaneció un buen rato estudiándolos, tratando de relacionar en alguna forma al Richard Billington del documento con el terrible Alijah; lo que buscaba no era una relación de parentesco, pues no dudaba que pertenecieran a una misma familia, separados por varias generaciones, sino una relación en sustancia entre los increíbles acontecimientos relatados en el documento y las noticias publicadas en los semanarios de Arkham, pues cuanto más

reflexionaba más innegable le parecía que dicha relación existiese. Los dos relatos, separados por más de un siglo, se referían a acontecimientos ocurridos en el mismo lugar, pues la «Nueva Dunnich» del documento era sin duda la Dunwich de ahora, y la mención del Círculo de Piedra traía a la memoria los fragmentos druídicos que circundaban la torre de piedra en el lecho seco del tributario del Miskatonic.

Dewart se preparó varios emparedados, deslizó una naranja y una linterna eléctrica en los bolsillos de su chaqueta y salió, ya avanzada la tarde, para dirigirse a la torre que deseaba examinar de nuevo. Entró en ella y comenzó en seguida a estudiarla con detenimiento. Había en su interior, y elevándose en espiral a uno de sus lados, una escalerilla de piedra muy primitiva, y, con cierto recelo, Dewart comenzó a subir por ella, observándola cuidadosamente mientras lo hacía. Una especie de decoración primitiva pero impresionante la adornaba, como una especie de bajorrelieve, y no tardó en percatarse de que se trataba de un solo dibujo repetido como una cadena en toda la extensión de la escalera, la cual terminaba finalmente en una pequeña plataforma tan cercana al techo de la torre que Dewart apenas si podía estar en cuclillas sobre ella. La luz de la linterna que tenía en la mano le permitió ver que el bajorrelieve que estaba esculpido en las piedras de la escalera también aparecía en la plataforma, y se inclinó para estudiarlo mejor, descubriendo que se trataba de un intrincado dibujo de círculos concéntricos y líneas en forma de rayos, que, al mirarlo atentamente, daba la impresión de cambiar de dibujo. Dewart dirigió su luz hacia arriba.

En su examen previo de la torre le había parecido que el mismo esculpido había sido hecho en esa parte del techo que parecía haber sido construida más recientemente, pero ahora advirtió que sólo una piedra del techo llevaba aquel decorado, y que esta estaba formada por un bloque grande y plano de lo que parecía ser piedra caliza, que correspondía casi exactamente en tamaño al de la plataforma sobre la cual se hallaba él. Su grabado, sin embargo no seguía el motivo de las figuras en bajorrelieve, sino que más bien tenía la forma de una rústica estrella, en cuyo centro aparecía como un gigantesco ojo caricaturizado, pero no era un ojo, sino más bien un rombo quebrado, con ciertas líneas que sugerían rayos o tal vez un haz de llamas.

Este dibujo carecía de sentido para Dewart, lo mismo que el del bajorrelieve, pero lo que le interesó fue observar que el cemento que sostenía ese bloque de piedra en su lugar se había caído en parte debido a las inclemencias del tiempo, y se le ocurrió que con un poco de maña podría quitar el cemento que aún quedaba y sacar la piedra de su sitio, dejando así una abertura en el costado del techo cónico. Al pasear su luz por el techo, llegó a la conclusión de que la torre había sido construida originariamente con una abertura, que después fue cerrada mediante esa piedra plana, que era de estructura más lisa, menos tosca que las demás piedras de la construcción, y tenía un tinte más grisáceo, aunque esto pudiera ser debido a que era más nueva.

Mientras se hallaba allí en cuclillas, Dewart llegó a la conclusión de que debía restablecerse la primitiva estructura de la torre, y cuanto más contemplaba aquella piedra, tanto más obsesionado estaba por la idea de quitarla de allí, diciéndose que en esa forma podría ponerse de pie sobre la plataforma. Barrió el suelo con su luz, y, viendo allí algunos fragmentos de piedra que podrían ser utilizados como herramienta para quitar el cemento, bajó cuidadosamente las escaleras y fue a buscar uno de esos fragmentos, regresando con él a la plataforma. Luego estudió detenidamente lo que le convenía hacer para no correr peligro; la piedra no era tan grande como para que no pudiera por lo menos desviarla cuando estuviese a punto de caer, pero era lo bastante pesada

como para que no pudiera pensar en sostener todo su peso. Se apoyó, pues, contra el muro y comenzó cuidadosamente a desprender el cemento, teniendo la linterna colocada hacia arriba dentro de uno de sus bolsillos, y al poco rato tuvo la seguridad de que le sería posible aflojar y quitar la piedra tal como quería. Vio que primero tendría que quitar el cemento en el punto más cerca de él, de modo que el bloque de piedra, al caer, lo hiciera sobre el centro de la torre y cayera abajo, al suelo de tierra, y no sobre la plataforma.

Se dedicó de lleno a su tarea, y en menos de media hora cayó la piedra, tal como lo había previsto, y, guiada por él, esquivó la plataforma y fue a dar abajo, en el suelo de tierra. Dewart se puso de pie y se encontró mirando hacia el Este por encima de los terrenos pantanosos, y advirtió por primera vez que la torre estaba en línea recta con la casa, pues del otro lado de los pantanos y más allá de los árboles, los rayos del sol poniente brillaban sobre una ventana de su casa. Se quedó pensando cuál sería aquella ventana, ya que desde ninguna abertura había divisado la torre, pero se dijo que probablemente no la vio porque no la había buscado, y que la ventana aquella, a juzgar por sus dimensiones, no podía ser otra que la de los vidrios coloreados que se hallaban en el estudio, y a través de la cual jamás había mirado.

Dewart no podía imaginarse para qué habría sido construida allí aquella torre. ¿Habría sido elevada para servir a algún astrónomo primitivo? Sin duda, el sitio era ideal para observar los astros en su paso por el cielo. Las piedras del techo cónico, observó Dewart, eran tan gruesas como las de los muros, es decir, tenían algo más de un pie de espesor, y el hecho de que el techo se hubiese mantenido inconmovible durante todos esos largos años, demostraba la pericia del arquitecto. Pero la explicación de que esa torre hubiese servido para fines astronómicos no le satisfacía del todo, pues advirtió que no se erguía sobre la cima de una montaña, ni siquiera de una colina, sino sobre una isla, o lo que en un tiempo había sido una isla, es decir, una pequeña elevación de terreno con declive por tres de sus lados, sobre una ladera que descendía gradualmente hacia el río Miskatonic, que quedaba a cierta distancia entre los bosques, y era sólo por casualidad que la torre dominara el cielo, pues ningún árbol crecía en las inmediaciones, como tampoco crecía la maleza ni hierbas de ninguna especie. Y aun así, el horizonte estaba oculto por la cima de los árboles lejanos, de modo que las estrellas no podían observarse hasta por lo menos una hora después de aparecer y dejaban de ser visibles una hora antes de ponerse, lo que no era condición ideal para un edificio dedicado al estudio de los astros.

Después de un rato, Dewart bajó de nuevo las escaleras y se ocupó en mover la piedra hacia uno de los costados, saliendo luego por la arcada que no ofrecía barrera de ninguna especie para cerrar el paso al viento o a la lluvia, circunstancia que hacía el cierre de la abertura del techo tanto más curiosa.

Sin embargo, no se quedó mucho tiempo cavilando sobre esto, pues la luz disminuía a medida que el sol se ocultaba detrás de los árboles, y, comiendo el resto de su emparedado, emprendió el camino de regreso a su casa, contorneando el pantano. Se sentía satisfecho, como siempre que regresaba de cualquiera de las investigaciones que emprendía. Por poco que hubiese descubierto ese día, se había enterado por lo menos de muchas particularidades del folklore regional, así como de su antepasado Alijah, que había causado tanto revuelo en Arkham en sus días, para luego dejar detrás de sí un profundo misterio. Había reunido numerosos detalles, aunque no estaba seguro de que representaran las distintas partes de un todo, o las partes de dibujos diferentes.

Al llegar a su casa se sintió cansado. Resistió la tentación de seguir ahondando en los libros de su tatarabuelo, sabiendo que debía dar descanso a sus ojos, y se acomodó para reflexionar acerca de sus futuras investigaciones, como si esos cientos de volúmenes antiguos no estuviesen a su disposición. Confortablemente instalado en una butaca del estudio, con un buen fuego ardiendo en la chimenea, Dewart recapacitó cuanto sabía, con objeto de determinar cuál sería la pista que más le convenía seguir, a fin de avanzar con la mayor rapidez posible en sus descubrimientos. Pensó varias veces en el sirviente desaparecido, Quamis, y no tardó en ocurrírsele que existía también una especie de paralelo entre el nombre de este sirviente y el nombre del Mago de los indios a que se refería el antiguo documento: Misquamacus. Quamis o Quamus, había escrito el muchacho sin estar seguro de cuál sería, incluyendo en la ortografía del último dos de las cuatro sílabas del nombre del Hombre Sabio de los indios, y, si bien era cierto que muchos nombres indios eran similares, era probable que los parecidos familiares en la nomenclatura fuesen consistentes.

Estas ideas le sugirieron el pensamiento de que aún podrían habitar en la región parientes o descendientes de tal Quamis. Era cierto que más de un siglo antes el indio había sido repudiado por los suyos, pero Dewart pensó que eso carecía de importancia; por el contrario, eso mismo posiblemente haría que se le recordara más vívidamente. Decidió, pues, que si el tiempo lo permitía, al día siguiente orientaría por ese lado sus investigaciones, y muy satisfecho con su decisión, Dewart se fue a acostar.

Durmió bien, aunque en dos ocasiones durante la noche se movió intranquilo, despertándose, y de nuevo tuvo la sensación y hasta el convencimiento de que los mismos muros le miraban mientras yacía allí, sobre su cama.

***

A la mañana siguiente, después de haber contestado algunas cartas que hacía días esperaban respuesta, salió rumbo a Dunwich. El cielo estaba cargado de nubes y soplaba un leve viento del Este que presagiaba lluvia. Como consecuencia de este cambio de tiempo, las colinas boscosas, con sus cumbres coronadas de piedras, daban a la región de Dunwich un aspecto oscuro y siniestro. En esa región pocos eran los viajeros, pues quedaba un tanto apartada de la ruta habitual, y, por tanto, los caminos no estaban muy bien cuidados y en su mayoría se hallaban invadidos por las hierbas y hasta por la maleza.

Dewart no había avanzado mucho cuando notó lo extraño de aquella comarca que tanto difería de la ciudad de Arkham y sus alrededores, contrastando con las suaves colinas del camino de Aylesbury Pike las colinas de Dunwich, que eran abruptas y con oscuras quebradas y profundos desfiladeros, cruzados por puentes destartalados que parecían tener más de un siglo de existencia. La gente, poco habituada a los desconocidos, miraba con recelo a aquel hombre solitario que avanzaba a tumbos con su auto por los malos caminos. Dewart observó con frío desagradable y hasta anormal, y que esa tierra evidentemente tan abandonada por sus dueños debía ser hosca y poco propicia para el cultivo.

Había andado aproximadamente una hora en medio de aquella región inhóspita y tan por completo distinta de lo que se conoce como el Este Americano, cuando llegó a un grupo más o

menos grande de casas que sin duda formaba el pueblo de Dunwich, aunque no había cartel alguno que lo identificara. La mayoría de las casas estaban desiertas y muchas de ellas se caían en ruinas. Evidentemente la pequeña iglesia había dejado de servir para el culto desde hacía mucho tiempo, pues ahora se hallaba instalada en ella lo que parecía una casa de comercio. Dewart dirigió su vehículo hacia allí y lo detuvo junto a dos hombres bastante andrajosos que se hallaban apoyados contra el muro de la antigua iglesia y que tenían toda la apariencia de la degeneración física y mental. Dewart les preguntó:

—¿Sabe alguien de ustedes si quedan por aquí algunos indios?

Uno de los dos viejos avanzó unos pasos acercándose tambaleante al auto. Tenía ojos pequeños profundamente hundidos en su rostro apergaminado, y sus manos, pensó Dewart, parecían garras. Suponiendo que el individuo se acercaba a fin de contestar a su pregunta, Dewart, impaciente, se inclinó hacia adelante, quedando su rostro fuera de la sombra de la capota de su auto.

Quedó desagradablemente sorprendido al advertir que el hombre se sobresaltaba y retrocedía.

—¡Luther! —exclamó con voz temblorosa dirigiéndose al otro viejo que se había quedado atrás—. ¡Luther!, ven aquí… —y señalando con su dedo a Dewart, dijo muy excitado por encima de su hombro—: ¿Recuerdas ese retrato que la señora Giles nos enseñó ese día? ¡Es él! ¡El reencarnado! Verdad que se parece a ese retrato, ¿eh?… ¡Y ya es casi la época! ¡Luther! ¡La época de que hablan… cuando él debe volver! ¡Entonces el otro también volverá!

Su compañero le tiró de la chaqueta.

—Un momento, Seth… No te apresures demasiado… Pregúntale por el signo.

—¡El signo! —exclamó Luther—. ¿Tiene usted el signo, extranjero?

Dewart, que en su vida había encontrado individuos semejantes, se sintió asqueado, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que no trasluciera demasiado claramente su disgusto. Pero no le fue posible contestar sin aspereza.

—Estoy buscando rastros de las antiguas familias de indios —dijo brevemente.

—Ya no quedan más indios —replicó Luther.

Dewart les dio una breve explicación de lo que deseaba. No pensaba encontrar indios, sino que esperaba poder descubrir una familia o dos que tuviesen algo de sangre india en las venas. Todo esto lo explicó en palabras sencillas, que estuviesen al alcance de esas mentes retardadas, y mientras hablaba, tenía conciencia de la mirada fija de Seth sobre él.

—¿Cómo se llamaba ese hombre, Luther? —inquirió de pronto.

—Billington… sí, Billington.

—¿Se llama usted Billington? —preguntó con atrevimiento Seth.

—Mi tatarabuelo fue Alijah Billington —contestó Dewart—. Ahora, respecto a esas familias…

Apenas se hubo identificado, ambos viejos cambiaron por completo de modo de ser, y su curiosidad se tomó obsequiosa, y casi servil.

—Tome usted la carretera de Glen… y deténgase en la primera casa que encontrará de este lado del arroyo Glen… Es la casa de los Bishop… Ellos tienen sangre india… Y tal vez algo más que usted no pregunta. Y hará usted mejor en alejarse de allí antes de que las chotacabras comiencen a charlar y que los sapos empiecen su concierto… pues podría usted perderse y oír

cosas extrañas por los aires… Aunque… siendo de sangre de Billington tal vez esas cosas no le importen… pero creo mi deber ponerle sobre aviso… ¿Verdad, Luther?

—¿Cuál es la carretera de Glen? —inquirió Dewart.

—Doble a la izquierda por el segundo camino que encuentre y siga derecho… Mo es lejos. La primera casa de este lado del arroyo. Si la señora Bishop está en casa, ella le dirá lo que usted quiere saber.

Dewart estaba deseoso de alejarse, pues se sentía molesto por la singularidad de esos viejos, que no sólo estaban físicamente sucios, sino que llevaban el estigma de la degeneración, con sus extrañas y mal formadas orejas, ojos hundidos y repelentes; sin embargo, grande era su curiosidad por saber por qué esos hombres habían mencionado el nombre de Billington.

—Ustedes nombraron a Alijah Billington —dijo—. ¿Qué se dice por aquí de él?

—¡No hemos querido ofenderle, señor mío! ¡No hemos querido ofenderle! —se defendió presuroso Luther—. Vaya usted y siga por la carretera de Glen…

Dewart demostró cierta impaciencia.

Seth se inclinó un poco hacia adelante y explicó disculpándose:

—Resulta que su tatarabuelo era muy bien conocido por aquí, señor, y la señora Giles tiene un retrato suyo, dibujado por alguien que ella conocía y… y usted se le parece un poco, no cabe duda. Y se dice que la sangre de Billington volverá a habitar la casa de los bosques… eso es todo.

Dewart se tuvo que conformar con eso; tenía la impresión de que los viejos desconfiaban de él, pero sin embargo estaba seguro de que los datos que le habían dado eran exactos. Dobló, pues, el segundo camino y, tal como se lo habían dicho, siguió por la carretera de Glen, que serpenteaba entre las sierras, bajo un cielo que cada vez se oscurecía más, y al final llegó junto a un arroyo. Miró en derredor suyo y después de algún trabajo divisó una casita con un alero, semioculta entre la maleza. La casa estaba bastante derruida, y mientras avanzaba por el sendero invadido por las hierbas, temió que estuviese abandonada. Pero llamó a la puerta sobre la cual estaba burdamente grabado el nombre de Bishop.

Una voz le contestó desde dentro, una voz quebrada de mujer, que le ordenó que entrara y dijera lo que quería. Abrió la puerta e inmediatamente un olor fétido y nauseabundo llegó hasta él. La habitación en la que entró no sólo era oscura debido a la oscuridad del tiempo, sino porque todas sus ventanas estaban cerradas, y no había allí luz encendida. Como había dejado la puerta entreabierta detrás de él, pudo divisar la figura de una especie de vieja bruja acurrucada en una mecedora; su cabello, completamente cano, parecía brillar en medio de las tinieblas de la habitación.

—Siéntate, extranjero —dijo.

—¿La señora Bishop? —inquirió Dewart.

La mujer dijo que era ella, y su visitante, con tal vez demasiada prisa, comenzó a informarla acerca de su encuesta referente a los descendientes de los indios de la región, diciéndole que le habían asegurado que ella tenía sangre india en las venas.

—Has oído bien, extranjero. La sangre de los Narragansett corre en mis venas, y también la de los Wampanaug, que eran más que indios… Y tú… tú te pareces a los Billington…

—Así me lo han dicho —repuso Dewart secamente—. Y no es extraño, puesto que pertenezco a esa familia.

—Un Billington que anda en busca de sangre india —murmuró la mujer—. ¿Andarás por

casualidad en busca de Quamis?

—¿Quamis? —exclamó Dewart sobresaltándose, e inmediatamente conjeturó que en alguna forma la historia de Billington y su sirviente Quamis era conocida por la señora Bishop.

—¡Ay!… Veo que te sobresaltas y asustas, extranjero. Pero no tienes que buscar a Quamis, porque él jamás volvió… y jamás volverá. Fue allí y no quiere volver más aquí.

—¿Qué sabe usted acerca de Alijah Billington? —preguntó de pronto Dewart.

—¡Qué pregunta! ¡Sólo sé lo que me refirieron los míos! Alijah sabía más de lo que saben los mortales, extranjero —y emitiendo una horrenda carcajada prosiguió—: Sabía más de lo que debe saber un hombre. Magia y ciencia antigua… Era un sabio ese Alijah Billington; para ciertas cosas tienes tú buena sangre… Pero no harás lo que hizo Alijah… Dejarás la piedra en su lugar… mantendrás, la puerta cerrada, de modo que los de afuera no puedan volver.

Mientras la anciana hablaba, una extraña sensación de aprensión comenzó a infiltrarse insidiosamente en Dewart. La empresa en que se había embarcado con tanto entusiasmo, alejada ahora de los viejos libracos y periódicos y colocada en un ambiente más terrenal —si es que esa casucha podía calificarse así— comenzaba a tomar un aspecto no sólo siniestro, sino perverso. La anciana mujer dentro de aquella oscura habitación, cuyas tinieblas ocultaban sus rasgos a Dewart y que, sin embargo, le habían permitido a ella notar el parecido del extranjero con Alijah Billington, parecía de origen demoníaco. Su risa cascada era obscena y horrible, y las palabras que pronunciaba con suma naturalidad se le antojaban a Dewart —que por lo general carecía de imaginación— cargadas de extraño y terrible significado. Mientras las escuchaba, se repetía que no era de extrañar que en medio de esas montañas perdidas de Massachusetts se tropezara con absurdas supersticiones y creencias de otros tiempos. Sin embargo, las palabras de la señora Bishop no reflejaban superstición sino más bien la convicción de un conocimiento oculto y, además, una perturbadora sensación de superioridad, casi desdeñosa, de parte de la anciana.

—¿De qué era sospechoso mi tatarabuelo?

—¿Qué sabes tú?

—¿Será de brujería?

—¿De connivencia con el diablo? —la vieja volvió a reír—. ¡Era peor que eso! Era algo que nadie podía expresar. Pero no llegó a apoderarse de Alijah cuando salió por los montes chillando y acompañado por aquella música infernal… Alijah le llamó, y Aquello vino; Alijah lo hizo partir, y Aquello partió; partió pero está aguardando y acechando… Ha llegado el momento, en este siglo, que la puerta vuelva a abrirse y que Aquello pueda volver a salir para merodear de nuevo por entre las colinas…

Las indirectas referencias de la vieja parecían una descripción familiar; Dewart tenía un conocimiento superficial de brujería y demonología. Y sin embargo, había algo extrañamente ajeno a eso en aquellas palabras.

—Señora Bishop, ¿oyó usted hablar de Misquamacus?

—Era el Gran Sabio de los Wampanaug. Oí hablar mucho de él a mi abuelo.

Eso, por lo tanto, era leyenda, no cabía duda.

—¿Y ese sabio, señora Bishop…?

—¡Ah, no necesitas preguntar!… Él sabía. En su tiempo había Billingtons también, y tú lo sabes. No necesitas que yo te lo diga. Pero yo soy vieja y no me queda mucho tiempo para permanecer en la Tierra, y no tengo ningún miedo de decirlo. Tú lo encontrarás en los libros.

—¿Qué libros?

—Los libros que solía leer tu tatarabuelo… Todo lo encontrarás allí dentro. Te dirán, si los lees bien, cómo Aquello contestó de entre las colinas, y cómo salió del aire, como si hubiese caído de las estrellas. Pero tú no harás como él hizo; si lo hicieras, que Aquel o Quien no se debe Nombrar tenga piedad de ti… Está aguardando allí… está aguardando afuera en este momento, cómo si hubiese sido ayer que le enviaron dentro. Para esas cosas no existe el *tiempo*. Tampoco existe para ellas el espacio. Soy sólo una pobre mujer, una vieja a quien no queda mucho tiempo para permanecer sobre la tierra, pero te digo que veo las sombras de aquellas cosas alrededor tuyo, revoloteando en tu derredor, mientras estás sentado ahí… Aguardan, aguardan… ¡No vayas a llamarlas y hacer que vuelvan a merodear por las colinas!

Dewart escuchaba con intranquilidad creciente, y sintiendo que se le ponía la carne de gallina. Aquella vieja de aspecto de bruja, el ambiente, el sonido de su voz, todo era fantástico; a pesar de hallarse dentro de los muros de la vieja casa Dewart tenía una sensación opresiva de que las tinieblas le invadían y que el misterio de aquellas colinas coronadas de piedras le rodeaba amenazante. Tenía el convencimiento de que algo furtivo, horrible, miraba por encima de su hombro, como si los dos viejos de Dunwich le hubiesen seguido hasta allí, acompañados por una gran multitud silenciosa que escuchaba lo que le estaban diciendo. De pronto toda la habitación pareció llenarse de vida, y en ese instante en que la tensión de Dewart se hacía mayor, la voz de la vieja dejó de oírse y estalló en horrenda carcajada.

Dewart se puso de pie vivamente.

Algo de su reacción debió de contagiarse a la vieja bruja, pues su risa cesó de pronto, y una vez más pronunció con voz quejumbrosa y servil:

—No me causes daño, Amo mío; soy una mujer vieja a quien no queda mucho tiempo para permanecer sobre la tierra.

Esta manifiesta evidencia de que era temido, llenó a Dewart de extraña alarma. No estaba acostumbrado al servilismo, y había algo horriblemente nauseabundo en esa actitud, algo contrario a su naturaleza, y, como sabía que ello no se debía al conocimiento que tenían de él, sino a algunas legendarias creencias relacionadas con el viejo Alijah, le era doblemente repelente.

—¿Dónde podré encontrar a la señora Giles? —inquirió secamente.

—Vive en el otro extremo de Dunwich… Vive sola con su hijo, su hijo, que es terrible, según dicen.

Apenas había traspuesto el umbral cuando oyó detrás de él la horrible carcajada de la señora Bishop. A pesar de lo odiosa que le resultaba, permaneció un instante escuchándola. La risa se aplacó poco a poco y la mujer comenzó a pronunciar unas palabras, pero, con gran asombro de Dewart, no eran palabras inglesas, sino palabras de un idioma fonético que resultaba extraordinariamente asombroso oír en medio de aquel valle perdido entre las colinas. Escuchó un tanto enervado, pero con creciente curiosidad, tratando de fijar en su memoria lo que la vieja pronunciaba, y cuyas palabras no pertenecían a ningún idioma que a él le fuese familiar. Intentó transcribirlas, escribiendo los sonidos en el dorso de un sobre, pero cuando hubo terminado y volvió a leer lo que había escrito, advirtió que aquellos garabatos no podían ser interpretados. « *N'gai, n'gha'ghaa, shoggog, y'hah, Nyarla-thtep, Yog-thoth, n-yah, n-yah*» .

Los sonidos continuaron dentro por un tiempo hasta que por fin se hizo el silencio; pero parecían ser la repetición de las inflexiones primeras. Dewart miró la transcripción que había hecho completamente desconcertado; la mujer, era obvio, debía de ser analfabeta, supersticiosa y crédula; pero aquellos curiosos fonemas sugerían un idioma extranjero, y según lo que Dewart sabía debido a sus estudios universitarios, no pertenecían al idioma indio.

Se dijo, con algo de fastidio, que, lejos de conocer algo que pudiera ayudarle a interpretar a su antepasado, el misterio que le rodeaba, o mejor dicho los misterios, se tornaban cada vez más profundos, y la conversación de la señora Bishop, dislocada y desconcertante, parecía tener sólo una relación muy nebulosa con Alijah Billington, o más bien con el nombre de Billington, como si ese fuese un agente catalítico que precipitase una lluvia de recuerdos a los cuales faltaba, sin embargo, un diseño o parte principal que pudiera dar un significado al conjunto.

Dobló cuidadosamente el sobre para proteger su escrito y lo metió en su bolsillo, y, ahora que el silencio reinaba dentro de la casucha, regresó a su auto y se alejó por el camino por el que había venido, pasando por el pueblo. Detrás de cada ventana o puerta advirtió o adivinó por lo menos un par de ojos que le acechaban furtivamente. Al llegar al otro extremo del pueblo de Dunwich, tal como le dijera la señora Bishop, encontró tres casas, cualquiera de las cuales podía ser la de la señora Giles.

Llamó a la del centro, pero al no recibir contestación fue a la siguiente, que quedaba a varios metros más lejos. Su llegada no había pasado inadvertida. Apenas se había vuelto hacia la tercera casa cuando apareció de entre los arbustos un jorobado de enorme cabeza, que corriendo hacia la casa desapareció en ella mientras gritaba desaforadamente:

—¡Ahí viene, ahí viene!

Al verlo, Dewart pensó una vez más en la gran cantidad de degenerados que albergaba aquel pueblo, y siguiendo su camino avanzó hacia la puerta, llamando con los nudillos.

La puerta se abrió y apareció una mujer.

—¿La señora Giles? —inquirió quitándose el sombrero.

La mujer sé puso pálida, pero hizo un evidente esfuerzo por ocultar su turbación.

—No tengo intenciones de asustarla —prosiguió Dewart—. Desgraciadamente ya he notado que mi persona parece asustar a los habitantes de Dunwich. También asustó a la señora Bishop. Ella tuvo la amabilidad de decirme que me parecía a alguien… a mi tatarabuelo. Y añadió que usted tenía un retrato de él que tal vez consintiera en enseñarme.

La señora Giles dio un paso hacia atrás; el color había vuelto en parte a su rostro angosto y delgado. Dewart observó con el rabillo del ojo que la mano que la mujer había tenido oculta bajo su delantal, que el viento levantó levemente, tenía apretada una pequeña figura o amuleto muy similar a los que había visto en la Selva Negra de Alemania, en los Balcanes y en Hungría.

—¡No le dejes entrar, madre!

—Mi hijo no está acostumbrado a los extranjeros —explicó brevemente la señora Giles—. Si quiere usted tomar asiento, iré a buscar el retrato. Fue dibujado hace mucho, y lo heredé de mi padre.

Dewart se lo agradeció y tomó asiento.

La mujer desapareció en una habitación interior, donde se oyó su voz que trataba de tranquilizar a su hijo, cuyo temor era una nueva manifestación de la actitud de Dunwich contra él. Pero tal vez esa actitud se debiera a la absoluta ausencia de extranjeros en la región, y lo

mismo se vería mortificado con ella cualquier otra persona desconocida que se internara en aquel pueblo perdido entre las montañas. La señora Giles no tardó en regresar con el retrato.

Era un dibujo tosco pero bueno. Hasta Dewart se sobresaltó, pues era notable el parecido entre él y su tatarabuelo. Allí, en aquel bosquejo somero estaban sus mismos rasgos, sus mismos ojos, su misma nariz romana, aunque la de Alijah Billington tenía una verruga en el lado izquierdo, y sus cejas eran bastante más pobladas. Pero esto, pensó absorto Dewart, era sin duda debido a que era un hombre de mucha más edad.

—Podría ser usted su hijo —comentó la señora Giles.

—No teníamos ningún retrato suyo en casa —dijo Dewart— y sentía curiosidad por verle.

—Usted puede conservarlo, si lo desea.

El primer impulso de Dewart fue aceptar el regalo, pero luego pensó que, por poco que aquello representara para ella, tenía el valor de un recuerdo de su padre; además, él no tenía ninguna necesidad de poseerlo. Sacudió su cabeza, siempre con la vista fija en su antepasado, como para grabar en su memoria todos los detalles de su apariencia, y luego tendió el dibujo a la señora, agradeciéndole su amabilidad.

Vacilante, el muchacho jorobado y de cabeza deforme apareció en el umbral entre las dos habitaciones, listo para huir a la menor señal de peligro. La mirada de Dewart se dirigió a él y advirtió que no era un muchacho, sino más bien un hombre de más de treinta años. Una hirsuta cabellera rodeaba su rostro de degenerado, cuyos ojos llenos de espanto estaban fijos en Dewart, como fascinados.

La señora Giles aguardó en silencio; era obvio que deseaba que su visitante se retirara; por, lo tanto, Dewart se puso en pie —movimiento que produjo la precipitada desaparición del hijo de la mujer en la habitación contigua— le volvió a agradecer su amabilidad y abandonó la casa, observando que durante todo el tiempo que estuvo en ella, la mujer no había soltado ni un solo momento el amuleto protector.

No le quedaba nada por hacer sino abandonar la región de Dunwich, cosa que hizo con gusto a pesar de que sus averiguaciones no le habían dado gran resultado, y que lo único que le compensaba en algo sus molestias fue el retrato de su antepasado. Pero el hecho era que su excursión a la región de Dunwich le había dejado una inexplicable inquietud, unida a una especie de intolerable repulsión que parecía originada en algo más profundo que la manifiesta decadencia y degeneración que existía en aquella comarca. No podía explicárselo. La gente de Dunwich era en sí curiosamente repelente, de eso no cabía duda; formaba como una raza aparte, con todos los estigmas de las repetidas uniones consanguíneas y varias curiosas variaciones fisiológicas, como las orejas extrañamente planas, tan pegadas al cráneo que parecían casi completamente adheridas a él, los ojos pálidos y saltones y las bocas grandes, con labios blandos sin forma determinada. Pero no era sólo la gente de Dunwich ni la comarca de Dunwich lo que le afectaba tan desagradablemente; era algo más, algo inherente a la misma atmósfera de la región, algo increíblemente antiguo y pernicioso, algo que sugería terribles blasfemias y horrores increíbles. El temor, el terror y el horror parecían transformarse en entidades tangibles en aquel valle oculto; la lujuria, la crueldad y la desesperación parecían ser una parte inevitable de la vida en la comarca de Dunwich; la violencia, el vicio y la perversión parecían pertenecer a las costumbres de allí, y, por encima de todo, parecía flotar en el aire una especie de locura que afectaba a toda la gente de la región, sin reparar en la edad o estado, una locura del medio

ambiente que era infinitamente más terrible porque llevaba en sí la inferencia de la elección propia. Pero había algo más en la repulsión de Dewart: no se podía librar del desagrado que le había producido el obvio temor que todos los habitantes habían demostrado hacia él. Por más que se repetía que aquel temor lo hubiesen demostrado ante cualquier desconocido, sabía que no era cierto. Estaba plenamente convencido que le habían temido a causa de su gran parecido con Alijah Billington. Más aún, recordaba la turbadora reflexión hecha por Seth a su compañero, diciéndole que « él» había « vuelto» , con tal seriedad, que era evidente que ambos viejos creían firmemente que Alijah Billington podía volver y volvería al país que había abandonado para ir a morir de muerte natural a Inglaterra hacía más de un siglo.

Siguió avanzando por la carretera sin percatarse de la oscuridad que invadía cada vez más los valles y colinas. Sus pensamientos estaban ocupados con miles de posibilidades, y se abrían ante él cien tos de caminos para sus investigaciones. Una extraña fuerza parecía impulsarle a que abandonara su búsqueda. Era como si algo le urgiera a que no continuara tratando de descubrir por qué Alijah Billington había sido tan temido, no sólo por los ignorantes y degenerados descendientes de aquella gente de Dunwich contemporánea suya, sino por los hombres blancos, educados o no, entre los que había vivido.

***

Al día siguiente, Dewart fue llamado a Boston por su primo, Stephen Bates, a quien había consignado el último envío de sus pertenencias desde Inglaterra; por lo tanto permaneció durante dos días en aquella ciudad, arreglando la transferencia de tales pertenencias a la casa de Aylesbury Pike, más allá de Arkham; y el tercero se ocupó en abrir los cajones, desembalando todas sus cosas y colocándolas en su lugar. Entre los papeles recién llegados se encontraba la serie de recomendaciones que le habían sido dejadas por su madre y que provenían del viejo Alijah Billington. Como resultado de sus recientes investigaciones, Dewart estaba ahora doblemente ansioso por volver a examinar ese papel; por lo tanto empezó a buscarlo afanosamente, recordando que cuando su madre se lo dio se hallaba metido dentro de un gran sobre sellado de papel manila, con el nombre de la señora de puño y letra de su padre. Después de casi una hora de búsqueda entre sus numerosos papeles, dio con el recordado sobre, e inmediatamente rompió el sello que su madre había puesto después de leerle las instrucciones unos quince días antes de su muerte, acaecida hacía varios años. Como primera observación advirtió que el papel no debía de ser el mismo originariamente escrito por Alijah, sino que debía de tratarse de una copia, hecha posiblemente por Laban al final de su vida, y por lo tanto el documento datería de poco menos que un siglo. Pero la firma llevaba nombre de Alijah, y Dewart estaba convencido que Laban no había cambiado la más mínima cosa aquel documento.

Llevó un bote de café al estudio, y mientras tomaba la aromática bebida, comenzó a leer las instrucciones del papel que tenía delante. El documento no llevaba fecha, pero estaba escrito con mano firme y letra clara, lo que hacía cómoda su lectura.

Respecto a la propiedad americana situada en el estado de Massachusetts, conjuro a todos los que vengan después de mí a que conserven dicha propiedad en la familia por razones que más vale no se sepan. A pesar de que considero poco probable que nadie regrese a las costas de América, si alguien así lo hiciere, ruego a quien vaya a aquella propiedad que observe ciertas reglas, el sentido de las cuales se encontrará dentro de los libros que han quedado en la casa conocida por el nombre de Casa Billington, situada en los Bosques Billington. Dichas reglas son las siguientes:

- No debe permitir que el agua cese de correr en derredor de la isla de la torre, ni molestar a la torre en ninguna forma, ni impetrar a las piedras.

- No debe abrir la puerta que conduce a tiempos y lugares extraños ni invitar a Aquel que acecha en la entrada, ni llamarlo a las colinas.

- No debe molestar a las ranas y sapos, particularmente a los escuerzos de los pantanos existentes entre la torre y la casa, ni a las luciérnagas ni a los pájaros conocidos por el nombre de chotacabras, por temor a que él abandone sus cerrojos y sus guardias.

- No debe tocar la ventana ni intentar modificarla en modo alguno.

- No debe vender o disponer de la propiedad sin insertar una cláusula que impida que la isla y la torre sean molestadas, ni modificada la ventana, a menos de ser destruida totalmente.

La firma, copiada íntegramente, decía: Alijah Phineas Billington. A la luz de lo que había descubierto, por fragmentario que fuese, este breve papel adquiría gran interés. Dewart no lograba comprender por qué la torre preocupaba tanto a su tatarabuelo, y por qué se interesaba tanto por los habitantes del pantano y por aquella ventana, que sin duda era la del gabinete de estudio.

Elevando curiosamente su vista hacia la ventana, Dewart se preguntó qué tendría aquella ventana que mereciera tanto cuidado. Sin duda, el dibujo era interesante; representaba un dibujo de círculos concéntricos con rayos que partían en todas direcciones, y el vidrio multicolor que rodeaba el trozo central le tornaba especialmente luminoso en ese momento, al caer la tarde, cuando el sol le daba de lleno. Al mirarla, tuvo la sensación de que el emplomado de los círculos se movía, giraba, y que los rayos se contorsionaban, y como si de entre todas aquellas emplomaduras que reunían las distintas partes de vidrios multicolores se formara un retrato… Dewart cerró inmediatamente los ojos y sacudió la cabeza; luego aventuró otra mirada hacia la ventana. Tomaba la inequívoca apariencia de una cabeza grotesca y deforme. Dewart se quedó mirándola como fascinado. Discernía perfectamente ojos, o mejor dicho las órbitas, la boca y la elevada frente en forma cónica…, pero ahí terminaba todo parecido humano, pues en lugar de cabello aquella cabeza parecía tener tentáculos. Por más que Dewart parpadeó, esta vez la visión grotesca siguió igual. Primero el sol, luego la luna —pensó Dewart— y en pocos minutos se convenció de que su tatarabuelo había hecho diseñar adrede aquella ventana a fin de producir semejantes efectos.

Pero esta explicación no le satisfizo. Acercó una silla junto a una hilera de estantes debajo de la ventana, subió sobre la silla y luego sobre la parte superior de una fuerte estantería, quedando en esa forma al nivel de la ventana, la cual tenía intención de examinar vidrio por vidrio. Pero apenas estuvo en aquella posición, cuando le pareció que toda la ventana cobraba vida, como si la luz de la luna dorase en ella alguna brujería maligna.

La ilusión cesó con tanta rapidez como había comenzado, pero Dewart quedó algo turbado. El vidrio central de la ventana era incoloro, transparente, y Dewart se puso a mirar a través de él. Pudo ver, por encima del pantano, la torre iluminada por la luz de la luna, elevándose por entre la masa sombría de árboles, y se hizo la reflexión de que necesitaba hacerse examinar la vista, pues tenía la ilusión que algo oscuro revoloteaba alrededor del techo cónico de la torre. Dewart sacudió la cabeza. Sin duda debían de ser efectos de la luz de la luna, o tal vez fuesen vapores del pantano que se elevaban más allá de la casa y que desde esa altura tomaban aspectos que no le eran familiares.

No obstante, se sentía turbado. Bajó de encima del mueble y se dirigió hasta la puerta del estudio, desde donde echó otra mirada a la ventana, que ahora apenas estaba iluminada. Lanzó un suspiro de alivio al comprobar su normalidad. Sin duda, la serie de acontecimientos de la tarde le habían dado alguna razón para sentirse trastornado, sin contar que las inexplicables instrucciones de su tatarabuelo le habían puesto en un estado de ánimo propicio a interpretar erróneamente las cosas.

Salió a pasear, tal como lo había planeado; pero debido a la oscuridad que reinaba, pues la luna se había ocultado, no entró en los bosques, yendo en cambio hacia la carretera de Aylesbury Pike. Tal era su nerviosismo, que constantemente tenía la impresión de ser seguido, y de vez en cuando miraba furtivamente tras de sí y entre los árboles, en busca del fulgor de los ojos de algún animal que delatara así la presencia. Pero no vio nada. Por encima de su cabeza las estrellas brillaban con creciente resplandor, ahora que la luna había desaparecido.

Al llegar a la carretera de Aylesbury Pike, la vista y el ruido de los automóviles que pasaban por el camino real le resultaron tranquilizadores. Se dijo que estaba demasiado solo, que uno de esos días debía invitar a su primo Stephen Bates a que fuera a pasar una quincena con él. Mientras se hallaba allí, advirtió en el horizonte, en dirección a Dunwich, un leve resplandor anaranjado, y hasta creyó oír ruidos que bien hubieran podido ser gritos de terror. Supuso que alguna de las casuchas de Dunwich se habría incendiado y se quedó mirando hasta que el fulgor menguó y desapareció. Después emprendió el regreso a su casa, siguiendo el mismo camino que habla tomado a la ida.

Durante la noche se despertó con el pleno convencimiento de que le estaban mirando, pero calificando su sensación de absurda, logró volver a conciliar el sueño. Durmió intranquilo, y cuando se despertó se encontraba tan fatigado como si no hubiese dormido nada en absoluto, como si hubiera estado andando toda la noche. Su ropa, que al acostarse había colocado cuidadosamente sobre una silla, estaba en el más completo desorden, aunque no recordaba haberse levantado de noche ni haberla desarreglado.

A pesar de la falta de electricidad en su casa, Dewart tenía una pequeña radio a batería que utilizaba de tarde en tarde, rara vez para escuchar programas musicales, sino más bien para las transmisiones de noticias, especialmente por la mañana, momento en que se retransmitían las noticias del Imperio Británico. Dicha retransmisión era precedida por unas breves noticias locales, radiadas por la estación de Boston, y aquella mañana, cuando Dewart abrió la radio para escuchar las noticias de Londres, estaban aún emitiendo las noticias locales. Llegó hasta él el final de un párrafo concerniente a un crimen, evidentemente, y lo escuchó distraído y con cierta impaciencia.

«…y el cuerpo ha sido descubierto hace escasamente una hora. Aún no se le ha identificado, pero parece tratarse de algún campesino. Todavía no se efectuó la autopsia, pero el cadáver está tan destrozado y despedazado que diríase que las olas lo han golpeado contra las rocas durante mucho tiempo. Empero, como el cuerpo ha sido encontrado en tierra y lejos de la línea de las olas y no estaba mojado, se presume que se trata de un crimen de tierra adentro. Parece como si el cuerpo hubiese sido arrojado desde los aires por algún avión o algo parecido. Uno de los médicos que le examinó ha señalado ciertas similitudes con una serie de crímenes cometidos hace más de un siglo en esta región».

Esta era al parecer la última noticia local, pues en seguida un locutor anunció la retransmisión desde Londres. La noticia de ese crimen local afectó singularmente a Dewart. Por lo general no era de naturaleza impresionable, aunque la criminología le atraía bastante, pero tenía el molesto convencimiento de que aquel crimen estaba destinado a tener sus imitaciones, a la manera de los crímenes de Jack el Destripador de Londres o los asesinatos de Troppmann. Apenas si escuchó las noticias emitidas desde Londres. Estaba muy ocupado con sus pensamientos y llegó a la conclusión de que se había tornado sumamente sensible a los acontecimientos y a la atmósfera que le rodeaba, desde que se había radicado en América, y sentía curiosidad por averiguar qué era lo que le había hecho perder su antigua indiferencia y frialdad.

Esa mañana se había propuesto volver a leer una vez más las instrucciones de su antepasado. Por lo tanto, después de desayunar, tomó el sobre manila y se puso manos a la obra, decidido a encontrar algún sentido en aquellas frases. Estudió una por una las instrucciones, reflexionando largo rato sobre cada una de ellas. No podía « permitir que el agua cese de correr» , pero el agua ya no corría alrededor de la isla, y de ello parecía hacer mucho tiempo; en cuanto a molestar a la torre, suponía que al quitar la piedra colocada en el techo ya la habría « molestado» en parte. Pero ¿qué diablos quería decir Alijah al conminarle a « que no impetrara a las piedras» ? ¿Qué piedras? Dewart no podía recordar otras piedras que las que le habían recordado las druídicas de Stonehenge. Si esas eran las piedras a que se refería Alijah, ¿cómo suponía que alguien las « impetrara» , como si tuviesen inteligencia? No podía concebir eso; tal vez su primo Stephen Bates pudiera aclararle el punto. Cuando viniera le enseñaría el documento. Prosiguió. ¿A qué « puerta» se refería su tatarabuelo? A decir verdad, toda aquella frase era un rompecabezas « No debe abrir la puerta que conduce a tiempos y lugares extraños ni invitar a Aquel que acecha en la entrada, ni llamarlo para que salga de las colinas» . ¿Podía haber algo más inexplicable que eso? Otra cosa que le llamó la atención fue el tiempo presente utilizado por Alijah. ¿Habría querido significar que él, Dewart, o quien leyera esas instrucciones, no tenía que tratar de descubrir nada de los tiempos pasados? Era una posibilidad, pero si uno aceptaba, debía considerar que Alijah debió de querer decir algo completamente distinto con su « lugar extraño» .

En cuanto a la frase « Aquel que acecha en la entrada» , tenía algo de realmente siniestro y escalofriante. ¿Qué entrada? ¿Quién era ese « Aquel» ? Y por último, ¿qué podía querer significar Alijah conminando a su heredero a que « no llamara a las colinas» ? A Dewart le pareció verse, él u otro, de pie en medio de las colinas llamando… Aquello resultaba en verdad ridículo. Eso también se lo enseñaría a Stephen.

Siguió con la tercera frase: No tenía deseo alguno de molestar a las ranas y sapos, las luciérnagas ni las chotacabras, por lo tanto no se presentaría ningún conflicto con las instrucciones de ese párrafo. Pero… « por temor a que él abandone sus cerrojos y sus guardias» . ¡Santo Dios! ¿Podía haber algo más absurdo, más carente de sentido? ¿Qué cerrojos? ¿Qué guardias? Era indudable que su antepasado escribía en enigmas. ¿Quería entonces que su heredero buscase la explicación de esos enigmas? Y si era así, ¿en qué forma? ¿Desobedeciendo sus instrucciones y aguardando a que algo ocurriera? No le parecía probable.

Dejó de nuevo el papel, sintiéndose profundamente desconcertado y disgustado. Por más que buscara, no le era posible llegar a ninguna conclusión satisfactoria, excepto la de que el viejo Alijah debía de haber estado mezclado en alguna actividad que no era mirada con buenos ojos por los pobladores de la región. Dewart pensó que debía tratarse de algún contrabando, acaso utilizando el río Miskatonic y su tributario, que corría junto a la torre.

Durante el resto del día, Dewart se ocupó en arreglar las últimas cosas desembaladas el día anterior. Entre los papeles de su madre, que jamás había tocado, encontró un sobre que decía: « Cartas de Bishop a A. P. B.» El nombre de « Bishop» le trajo en seguida a la memoria el recuerdo de la vieja con quien había tenido una entrevista en Dunwich.

Abrió el sobre y sacó de él cartas que parecían tenar muchas décadas. Las cartas estaban numeradas del uno al cuatro por mano distinta de la que las había escrito. El papel era grueso y fuerte, y la escritura excesivamente fina, lo que dificultaba su lectura. Observó cada carta por turno a fin de establecer el año en que habían sido escritas, pero ninguna lo tenía. Entonces se sentó para leerlas en orden según su numeración. Estaban escritas en un inglés anticuado.

Nueva Dunnich, 27 de abril.

Estimado amigo:

Con referencia a los cuerpos de los cuales hemos hablado, le diré que anoche vi uno Grande, que tenía la apariencia tal como pensábamos, con alas de oscura sustancia y con algo semejante a serpientes que salía de Su cuerpo, pero que estaban adheridas a él. Le llamé a las Colinas, y le contuve en el Círculo, pero con gran dificultad, a tal punto que parecía que el Círculo no fuese bastante potente para contenerle por mucho tiempo. Intenté conversar con Él, pero sin

conseguirlo muy satisfactoriamente, aunque por lo que farfulló entendí que venía de Kadath, del Frío Oeste, que queda cerca de esa Meseta de Leng que se menciona en el Libro. Varias personas vieron el fuego sobre la Colina y hablaron de él, y entre ellas se encuentra un tal Wilbur Corey, que con seguridad querrá molestar, pues se tiene a sí mismo en alto concepto y es de naturaleza curiosa. ¡Pobre de él si va a la Colina cuando yo esté allí! Pero sin duda no irá. Estoy ansioso por aprender más de esas cosas, de las cuales usted, Señor, es el Gran Maestro, Rich B., cuyo nombre estará por siempre grabado sobre las piedras de Yogge-Sothothe y todos los Grandes Ancianos. Me alegro de que esté usted de nuevo a nuestro alcance, y espero ir a verle en cuanto mi caballo mejore, pues por nada montaría otro. He oído un día de esta semana, durante la noche, grandes gritos y chillidos provenientes de sus Bosques, y pensé que con seguridad estaba usted de regreso en la Casa. Iré en breve a visitarle, si es que usted se digna recibirme, y mientras tanto, Señor, me repito su muy seguro servidor,

Jonathan B.

Después de la primera carta, Dewart leyó inmediatamente la segunda.

Nueva Dunnich, 17 de mayo.

Honorable amigo:

Su nota me llegó bien. Lamento que mis pobres esfuerzos hayan acarreado dificultades, tanto para usted como para nosotros y todos aquellos que le sirven a Él, a Quien No Se Debe Nombrar, y a los Grandes Ancianos, pero lo que ocurrió fue esto: Ese curioso estúpido de Wilbur Corey me

sorprendió en las Piedras cuando me encontraba en medio de mis Oficios, y comenzó a chillar diciendo que yo era un Brujo y que él me delataría, cosa que me molestó sobremanera, y por lo tanto solté sobre él Aquello que yo había mantenido sujeto, y quedó despedazado y cubierto de sangre, y fue llevado de mi presencia hacia el lugar de donde Aquello viene; no sé hasta qué límites le habrán llevado, pero sé que jamás se le volverá a ver por estas partes del mundo en estado capaz de decir lo que vio u oyó. Confieso que el espectáculo me sobrecogió de espanto, tanto más cuanto no estoy muy seguro de cómo Esos de Afuera nos miran, y pienso a menudo que sólo están medianamente satisfechos de que nosotros abramos esta salida. Por otra parte, temo seriamente; que Otros estén listos para Salir, pues cierto día, habiendo alterado levemente las palabras del Libro, vi por breve tiempo en el lugar acostumbrado Algo en verdad horrible, una Cosa grande que cambiaba constantemente de Forma y que impresionaba espantosamente. La Cosa estaba acompañada por Otras Menores que tocaban instrumentos parecidos a flautas, muy extraños, y que yo no había oído nunca. Todo aquello me hizo desistir, lleno de confusión, de mis Oficios, causando el desvanecimiento de la Aparición. Lo que esto pudo haber sido, no lo sé, ni hay palabra alguna en el Libro que diga que le haga aparecer, al menos que se trate de algún gran Demonio de Yru o de más allá de Nhhngr, que queda en las lejanías, cerca de Kadath, en el Frío Oeste. Le ruego me haga saber su opinión sobre este asunto, y me dé usted su consejo, pues no quisiera ser destruido yo también. Esperando verle pronto, me repito, señor, su muy obediente servidor por el Signo de Kish,

Jonathan B.

Evidentemente transcurrió un lapso considerable de tiempo entre esa carta y la tercera, pues, a pesar de que la tercera carecía de fecha, las referencias de tiempo indicaban el transcurso de por lo menos medio año.

Nueva Dunnich.

Honorable Hermano:

Voy a informarle de lo que vi anoche sobre la nieve: Eran grandes pisadas, o más bien, en lugar de «pisadas», debería decir «marcas», pues parecían marcas dejadas por una garra de tamaño monstruoso cuyo ancho era mayor de un pie y cuyo largo alcanzaba a dos, y tenían la apariencia de haber sido como arrastradas. Quien trajo la noticia fue Olney Bowen, que estuvo cazando pavos en los bosques. Nadie le creyó, excepto yo, pero simulé no interesarme, aunque le escuché con toda atención. En cuanto pude me dirigí al lugar indicado por él, y al advertir las primeras «marcas» tuve la certeza de que encontraría otras más en la espesura de los bosques. Las busqué y las encontré, tal como había pensado, y junto a las Piedras eran mucho más numerosas. Pero no vi nada viviente por los alrededores, y al estudiar las marcas llegué a la conclusión de que habían sido dejadas por «cosas aladas». Seguí estudiando el terreno junto a las piedras y encontré el rastro de pisadas de un muchacho y las marcas que le seguían. Por las pisadas me pareció que el muchacho corría, lo que me turbó y alarmó sobremanera; motivos tenía para ello, pues a la orilla del bosque vi sobre la nieve su fusil, y algunas plumas que habían pertenecido a un pavo, y un gorro, cosas que me sirvieron para identificar a esa persona como a Jedediah Tyndal, muchacho de catorce años. Al hacer averiguaciones esta mañana, me enteré que, tal como lo temía, había desaparecido. Tras mucho reflexionar llegué a la conclusión de que alguna Abertura debió de haber quedado abierta y que «Algo» salió por ella,

pero no sé lo que puede ser, y le conjuro a usted a que si encuentra en el Libro las palabras que puedan mandarlo otra vez Adentro, las pronuncie... Aunque mucho temo que no sea «una» Cosa sino «varias» las que han salido, dado el gran número de marcas. No creo que nadie las haya visto, y yo tampoco Las vi; por lo tanto no sé sí se trata de Sirvientes de N. o de Yogge-Sothothe o de Otro. Le ruego encarecidamente se dé prisa, por temor a que esas Cosas hagan mayores daños, pues aparentemente son Bebedoras de Sangre, como las otras, y nadie puede decir cuándo van a salir de nuevo en busca de su alimento.

Yogge-Sothothe Neblod Zin,

Jonathan B.

La cuarta carta era en ciertos aspectos la más aterradora. Las tres primeras habían causado a Dewart una especie de asombro horrorizado; pero la cuarta le sugería un espanto pasmoso, no por las palabras en sí, sino por sus implicaciones.

Nueva Dunnich, 7 de abril.

Honorable y Querido Amigo:

Mientras estaba por dormirme anoche, oí a Aquello que vino a mi ventana, llamándome por mi nombre y prometió venir en mi busca; como soy valiente, avancé en la oscuridad hasta la ventana y miré afuera. No viendo nada, la abrí, e inmediatamente llegó hasta mí un olor pútrido de lo más horrendo, que me hizo retroceder. Entonces Algo entró por la ventana y me tocó el rostro. Era de una substancia gelatinosa y su contacto resultaba repulsivo, faltando poco para que mis sentidos me abandonaran. Permanecí aturdido no sé cuánto tiempo, hasta que por fin encontré valor para

ir a cerrar la ventana y volví a meterme en la cama. Pero apenas estuve acostado, que la Casa comenzó a temblar, y comprendí qué era Aquello que andaba caminando cerca de la casa, y una vez más oí pronunciar mi nombre, llamándome, pero esta vez yo no contesté, preguntándome, aterrado, lo que habría hecho. Primero fueron esas criaturas aladas de N. que salieron por la abertura dejada por el mal uso de las palabras Árabes, y ahora esta Cosa Grande que no sé lo que puede ser, a menos que se trate del Caminante del Viento, que es conocido por varios nombres, tales como Windeego, Ythaka o Loegar, y a quien jamás he visto. Me encuentro profundamente turbado, por temor a que, cuando vaya a impetrar a las piedras y llamarlo a las Colinas, no aparezca N. ni C., sino este otro que pronuncia mi Nombre con acentos que no pertenecen a esta Tierra. Si esto llegara a ocurrir, le imploro vaya usted de noche y cierre el portal por temor a que salgan otros que no deben andar entre los hombres, pues la malignidad de los Grandes Ancianos es demasiado grande para seres como nosotros, ya que hasta los Dioses Antiguos no los han podido destruir, sino sólo aprisionar en esos espacios y profundidades a los cuales llegan las piedras en tiempo de las Estrellas y la Luna. Creo encontrarme en Peligro Mortal, puesto que he oído pronunciar mi Nombre en la Noche por una Cosa que no es de esta Tierra, y mucho temo que mi hora haya llegado. No leí su carta con el cuidado suficiente, e interpreté mal sus palabras siguientes: «No llames a Ninguno que no pueda ser vuelto a meter dentro; por lo cual quiero significar Ninguno que pueda a su vez llamar algo contra ti, y contra el cual tus más poderosos artificios no tendrían efecto. Llama siempre a los Menores, por temor a que los Mayores no deseen contestar, y tengan mayor poder que tú». Pero si me he equivocado, le ruego encarecidamente lo remedie usted a tiempo. Su muy obediente servidor al servicio de N.,

Jonathan B.

Dewart permaneció mucho rato contemplando aquellas cartas. Le resultaba ahora claro que su tatarabuelo había estado mezclado en asuntos demoníacos, en los cuales había iniciado a Jonathan Bishop de Dunwich, pero sin informar adecuadamente a su secuaz. La naturaleza del asunto escapaba al entendimiento de Dewart, pero mucho temía que tuviese algo que ver con brujerías y nigromancia. Pero las sugerencias inherentes a aquellas cartas eran a la vez tan terribles y tan increíbles, que estaba casi dispuesto a creer que formaban parte de un engaño muy bien urdido. Sólo había un medio de saberlo, aunque bastante aburrido. La biblioteca de la Universidad de Miskatonic, en Arkham, estaría aún abierta y podía consultar allí la colección de periódicos locales a fin de descubrir, si era posible, el nombre de cualquier persona que hubiese desaparecido o muerto en forma extraña durante el periodo de los años 1790 a 1815, que sin duda correspondería a la fecha en que aquellos acontecimientos se habían desarrollado.

No tenía ningún deseo de ir, primero porque aún no había terminado de poner en orden sus papeles, y luego porque la tarea de buscar entre las viejas colecciones de periódicos era en verdad engorrosa. Pero no había otra forma de enterarse de lo que deseaba, y por lo tanto partió para la biblioteca con la esperanza de que terminaría su labor antes de la hora de la cena. Era ya tarde cuando terminó de consultar los periódicos.

Halló lo que buscaba en los periódicos del año 1807, pero encontró mucho más de lo que quería. Lleno de horror hizo una lista detallada de todo lo que había averiguado, y en cuanto llegó de regreso a su casa del bosque, se sentó en el estudio para tratar de asimilar y analizar los hechos que había descubierto.

Estaba primero la desaparición de Wilbur Corey. Luego seguía la del muchacho Jedediah Tyndal. Después de eso venían cuatro o cinco desapariciones más, separadas entre sí por cierto lapso de tiempo y por último la desaparición del propio Jonathan Bishop. Pero los descubrimientos de Dewart no terminaban con esa serie de desapariciones. Aun antes de que Bishop desapareciera, Corey y Tyndal habían reaparecido, uno de ellos cerca de Nueva Plymouth y el otro en la región de Kingspot. El cuerpo de Corey había sido encontrado desgarrado y despedazado, pero el de Tyndal apenas si tenía marca alguna; ambos estaban muertos, *pero muertos desde hacía poco tiempo*. Sin embargo, sus restos no habían sido encontrados hasta después de varios meses de su desaparición. Estos hallazgos prestaban una horrenda consistencia a las cartas de Bishop. Con todo, a pesar de aquellos informes adicionados, los acontecimientos acaecidos distaban mucho de resultar claros, y su significado permanecía tan oscuro como siempre.

Dewart pensaba incesantemente en su primo Stephen Bates. Bates era un erudito y una verdadera autoridad respecto a la historia primitiva del Massachusetts. Más aún, había profundizado muchos puntos hasta entonces confusos, y era muy posible que pudiera ser de alguna ayuda a Dewart. Por otra parte, Dewart tenía la impresión de que debía obrar con cautela, y proseguir sus investigaciones tan secretamente como le fuese posible, sin despertar la curiosidad de nadie. En cuanto tuvo conciencia de este convencimiento, se preguntó por qué había llegado a él, puesto que en realidad no existía razón alguna para el secreto; pero era como

si una fuerza superior a su voluntad se lo impusiera.

Guardó las anotaciones de los hechos encontrados en los periódicos, junto con las cartas de Bishop, y se fue a la cama muy perplejo, buscando continuamente en su cerebro una explicación para los acontecimientos que acababa de descubrir.

Tal vez fuese su gran preocupación por las cosas ocurridas un siglo antes lo que motivó el sueño que tuvo esa noche. Jamás había soñado nada parecido. Soñó con grandes pájaros que luchaban y despedazaban a la gente, pájaros horribles, con cierta grotesca semejanza con seres humanos; soñó con bestias monstruosas, viéndose a sí mismo en los papales más grotescos. En sus sueños era a veces un acólito, otras un sacerdote, ataviado con extrañas vestiduras; caminaba de la casa al Bosque, contorneando el pantano de los escuerzos y las luciérnagas, hasta llegar a la torre. Brillaban luces tanto en la torre como en la ventana del estudio, encendiéndose y apagándose como si fuesen señales. Le pareció luego que llegaba al círculo de las piedras druísticas y que de pie junto a la sombra de la torre miraba a la abertura que él mismo había hecho, y que clamaba al cielo en una odiosa contorsión de palabras latinas. Que recitaba por tres veces cierta fórmula, mientras efectuaba determinados dibujos sobre la arena, y que de pronto, con gran ruido, aparecía un ser horrible, de repelente aspecto, que se introducía en la torre por la abertura del techo y volvía a salir por la puerta, empujándolo a él. Dewart, a un lado y hablándole en tono de mando, exigiéndole el sacrificio, al oír lo cual Dewart se había precipitado al círculo de piedras, enviando a visitante hacia Dunwich, en cuya dirección partió, perdiéndose su horrible imagen entre los árboles. Soñó que había permanecido allí, acechando en la sombra de la torre, y que sus oídos no habían tardado en percibir algo que le pareció un sonido deleitable: gritos y chillidos en la noche. Aguardó junto a la torre hasta que la cosa volviera a aparecer, trayendo entre sus tentáculos el sacrificio, y desapareciendo por donde había aparecido dentro de la torre. Todo había quedado entonces en perfecta quietud, y él había regresado por el mismo camino a su casa y se había vuelto a acostar.

Como si sus extravagantes sueños le hubiesen agotado, Dewart se quedó dormido hasta más tarde que de costumbre a la mañana siguiente. Cuando se despertó y advirtió que era tan tarde, saltó de la cama; pero apenas hubo puesto los pies en el suelo, se dejó caer de nuevo sobre el lecho, tanto era lo que le dolían los pies. Como no acostumbraba a sufrir de los pies, se inclinó curiosamente para examinarlos, y descubrió que tenía las plantas bastante lastimadas y algo hinchadas, y los tobillos desgarrados y lacerados, como si hubiese andado por entre zarzas y espinas. Quedó asombrado, y, sin embargo, tenía la impresión de que no debía estarlo tanto. Pero estaba muy perplejo cuando volvió a ponerse de pie, y comprobó que el dolor, aunque le afectaba, no era tan intolerable.

Con cierta dificultad logró ponerse los calcetines y los zapatos, y una vez así protegido, advirtió que podía andar sin que le resultara tan molesto. Pero ¿cómo había ocurrido aquello? Inmediatamente pensó que debía de haber estado caminando en sueños. Eso en sí era sorprendente, pues rara vez, antes, se habla manifestado en él semejante tendencia. Además debía de haber estado caminando por el bosque, que esa era la única explicación a sus rasguños y lastimaduras. Lentamente comenzó a recordar su sueño; en un principio no lo recordó con claridad, pero sí recordaba haberse encontrado junto a la torre. Por lo tanto terminó de vestirse y salió afuera, decidido a descubrir, en lo posible, si había en algún lado rastro de su expedición nocturna.

En un principio no encontró ninguna. Fue sólo al llegar a la torre cuando vio en la arena, cerca del círculo de piedras, la impresión del pie descalzo de un hombre, que sin duda debía de ser el suyo. Siguió el rastro, aunque era leve, hasta el interior de la torre, y allí, para ver mejor, encendió una cerilla.

A su débil luz vio algo más.

Encendió otra cerilla y volvió a mirar, mientras sus pensamientos se turnaban caóticos debido a la súbita alarma que se había apoderado de él. Lo que vio allí fue una salpicadura contra el primer peldaño de piedra de la escalera, parte sobre el escalón y parte sobre el piso arenoso, una salpicadura roja, brillante, que antes de tocarla con el dedo comprendió que… ¡era sangre!

Dewart se quedó mirándola atónito, sin reparar en las pisadas de pies descalzos a su alrededor ni fijarse en que la cerilla se consumía y le quemaría los dedos. Cuando la cerilla le tocó la carne la tiró. Quiso encender otra, pero no se atrevió. Abandonó tembloroso la torre y tuvo que apoyarse contra su muro exterior para no caer. Trató de poner un poco de orden en sus pensamientos. Era evidente que había estado profundizando demasiado en el pasado y que sus facultades imaginativas estaban estimuladas en forma malsana. La torre, después de todo, estaba abierta; era muy posible que un conejo o algún animal semejante se hubiera refugiado allí y que alguna comadreja lo hubiera atacado y le hubiese dado muerte; era posible que una lechuza hubiese penetrado por la abertura del techo y capturado a una rata u otro animal semejante, aunque tenía que admitir que la salpicadura de sangre parecía algo grande para que resultara satisfactoria cualquiera de aquellas dos posibilidades, y, además, no existía ningún rastro de plumas o pelos, cosas que sin duda debieran encontrarse junto a la escena de semejante batalla.

Después de un rato entró de nuevo resueltamente en la torre y encendió otra cerilla. Deseaba buscar algún indicio que corroborara su teoría. No había nada. Ningún rastro de lucha que hubiera podido delatar una de esas tragedias comunes de la naturaleza. Sin embargo, tampoco había rastros de nada más. Sólo estaba aquella salpicadura de lo que parecía ser sangre en un lugar donde no debía encontrarse tal cosa. Dewart trató de mirarla con calma, sin relacionarla instantáneamente con aquel odioso sueño de la noche anterior, como lo había hecho en el momento en que la advirtiera por primera vez. Era innegable que aquella salpicadura parecía ser producida por sangre caída de cierta altura, y que hubiera caído al pasar. Dewart se sintió disgustado al tener que admitir esto, pues habiéndolo admitido, no le quedaba otro recurso que admitir también que no sabía cómo explicar ni eso ni su sueño.

Volvió a salir afuera, y se alejó de la torre, pasando junto al pantano e internándose en el bosque para llegar a la casa. Miró su ropa de cama y vio sobre las sábanas las marcas oscuras de la sangre de sus tobillos. Casi deseó haberse lastimado lo suficiente como para explicar la sangre en la torre, pero por buena voluntad que tuviese, no le era posible explicar así aquella mancha. Cambió la ropa de la cama y luego, muy prosaicamente, comenzó a preparar el café. Seguía pensativo, pero sobre todo porque se veía obligado a reconocer, por primera vez, que había dos tendencias en él, diametralmente opuestas, como si su ser tuviese dos naturalezas, dos personalidades. Pensó que era tiempo de que su primo Stephen Bates o cualquier otra persona viniera a quebrar su soledad, aunque sólo fuese temporalmente Pero apenas había llegado a esa determinación, comenzó a combatirla con ardor tan extraordinario que le asombró por ser tan en absoluto contraria a su naturaleza.

Finalmente decidió seguir con la clasificación de sus papeles, pero absteniéndose de leer nada

que pudiera estimular su imaginación y producirse otra pesadilla como la de la noche anterior, y al caer la tarde había recobrado su alegría de vivir, volviéndose a sentir tranquilo y satisfecho. A fin de terminar de relajar sus nervios, encendió la radio, con intención de escuchar un poco de música, pero en cambio captó un programa de noticias. Escuchó con cierta desgana las noticias internacionales que daban cuenta de las dificultades francesas del Sarre, del hambre que amenazaba a extensas zonas de Rusia y China, y de otras calamidades por el estilo. Luego el locutor continuó con las noticias locales, informando que el gobernador de Massachusetts estaba enfermo y que noticias telefónicas de Arkham informaban…

Dewart tendió el oído, prestando atención.

«Aún no nos ha sido posible obtener confirmación, pero parece ser que se ha producido una desaparición en Arkham. Un vecino de Dunwich informó que Jason Osborne, granjero de edad mediana que vivía en esa región, ha desaparecido durante la última noche. Según se dice, los vecinos oyeron grandes ruidos que no han podido explicar. El señor Osborne no era hombre pudiente y vivía solo, por lo tanto hay que descartar la posibilidad de un secuestro».

La coincidencia de aquella desaparición turbó a Ambrose Dewart llenándolo de tal pavor que, saltando literalmente de la butaca en que estaba, se precipitó a cerrar la radio. Luego, casi instintivamente, se sentó a escribir una carta desesperada a Stephen Bates, explicándole que necesitaba de su compañía e implorándole viniera costara lo que costase. En cuanto terminó de escribirla, salió para echarla al correo, pero a cada paso que daba para acercarse a la Oficina de Correos, sentía impulsos de retener aquella carta, de reflexionar su situación, de no darse prisa.

Necesitó hacer un gran esfuerzo tanto tísico como mental para llegar hasta Arkham y depositar aquella carta en el buzón, y por lo tanto fuera ya de su alcance.

II

MANUSCRITO DE STEPHEN BATES

Movido por la urgencia de la llamada de mi primo Ambrose Dewart, llegué a la vieja Casa de Billington antes de transcurrida una semana tras haber recibido su carta. Desde el instante de mi llegada ocurrieron una serie de acontecimientos que, comenzando del modo más prosaico, culminaron en las circunstancias que me determinaron a escribir esta singular narración a fin de que se añada a esas fragmentarias y variadas notas escritas de puño y letra de Ambrose.

He dicho que los acontecimientos comenzaron de modo prosaico, pero esto no es del todo exacto. Debo decir también que eran prosaicos en comparación a lo que ocurrió luego en la vecindad de la casa de los Bosques de Billington. Por episódicos y desligados que parecían estos acontecimientos, en realidad eran todos partes esenciales de un mismo esquema, sin consideración de tiempo, espacio y lugar, según debía yo descubrir. Todo fue, por desgracia, muy confuso desde el comienzo, Pero, desde el principio, advertí en mi primo cierta evidencia de esquizofrenia primaria, o lo que entonces creí que era esquizofrenia, aunque más tarde llegué a temer algo completamente distinto y mucho más terrible.

Este aspecto de dualidad en la persona de Ambrose hizo mis propias investigaciones mucho más difíciles, pues a veces podía contar con su cooperación amistosa y otras debía luchar contra una hostilidad velada y astuta. Esto quedó de manifiesto desde el principio; el hombre que me había escrito aquella carta desesperada era un hombre que pedía y necesitaba sinceramente de mi ayuda para la explicación de un problema en el cual se encontraba envuelto inexplicablemente; pero el hombre qué fue a mi encuentro en Arkham, en contestación a mi telegrama anunciando mi llegada, era frío, cauteloso y retraído; insistió en la escasa necesidad que tenía de ayuda, y trató, desde el primer momento de mi visita, de que esta no excediera de una quincena, o menos si era posible. Fue muy cortés y hasta afable, pero había en él una reticencia curiosa, que no concordaba con el tono de los apresurados garabatos que me había enviado.

—Cuando recibí tu telegrama comprendí que mi segunda carta no había llegado a tus manos —me dijo al saludarme en la estación de Arkham.

—Si me enviaste otra, no la recibí.

Se encogió de hombros, observando únicamente que había escrito para tranquilizarme después de su primera carta. Y con este comienzo quiso sugerirme que había resuelto sus dificultades sin mi asistencia, aunque se sentía feliz por mi llegada, si bien la urgencia de su carta ya no era el factor principal.

Instintivamente, así como psíquicamente también, no pude escapar a la impresión de que

cuanto decía no era del todo verdad. Tenía la impresión de que posiblemente él creyese en lo que me estaba diciendo, pero de esto no podía estar del todo seguro. Dije sólo que me alegraba de que su problema urgente, a cuya instigación me había escrito, ya no le pareciera tan imperativo. Esto pareció satisfacerle, se tranquilizó un poco, y comenzó a charlar haciendo algunas observaciones respecto a la naturaleza de la región de Aylesbury Pike, observaciones que me sorprendieron porque no creí que hubiera estado bastante en Massachusetts como para haber aprendido tantas cosas acerca de la historia inmediata y pasada de la región en que vivía, región que tenía la particularidad de ser mucho más antigua que muchas otras de las comarcas habitadas de Nueva Inglaterra, y en la cual se interesaban los estudiosos, y que incluían los ahora semidesiertos valles de Dunwich, centro de desolación, degeneración y decadencia, y la ciudad maldita de Innsmouth, junto al mar, lugar donde, según la tradición, siempre ocurrían extraños crímenes, desapariciones inexplicables y otros horrores, y manifestaciones de degeneración, y donde solían practicarse cultos malignos y sacrílegos, cosas que son olvidadas mucho más fácilmente que investigadas, por temor a lo que pudiera descubrirse en una investigación acerca de asuntos que vale mucho más permanezcan ocultos para siempre.

Así llegamos por fin a la casa, y la encontré tan bien conservada como la última vez que la vi hacía unas dos décadas; a decir verdad tan bien conservada como siempre recordaba lo había estado, y mi madre antes que yo. Era una casa en la cual no se notaban los estragos del tiempo, a pesar de ser tan antigua y haber estado tanto tiempo abandonada. Por otra parte, Ambrose la había restaurado y vuelto a amueblar en parte, aunque exteriormente no había hecho otra cosa que hacerle dar una mano de pintura. Se erguía con su antigua dignidad, con sus cuatro pilares cuadrados en el frente y su gran puerta central, que encuadraba magníficamente en sus hermosas líneas arquitectónicas. El interior era tan hermoso como el exterior, y Ambrose se había permitido apenas algunos cambios que brindaban comodidad, pero que no quebraban la armonía del conjunto.

Observé en todos lados la evidencia de la preocupación de mi primo por asuntos que ni siquiera me había mencionado en su visita a Boston algún tiempo antes, investigaciones geológicas la mayoría de ellas. Esto era particularmente evidente por los papeles amarillentos en el estudio, y los antiguos libracos que había sacado de los estantes para consultarlos.

Cuando entramos en el estudio, noté el segundo de aquellos hechos que más tarde debían pesar tanto en mis descubrimientos. Vi que Ambrose echaba una mirada involuntaria, y con cierta mezcla de aprensión y expectativa, a la ventana de vidrios emplomados situada en lo alto de uno de los muros del estudio; cuando desvió su vista de ella, advertí otra vez esa mezcla de dos cosas opuestas: alivio y decepción. Era extraordinario, y resultaba casi misterioso. No dije nada, sin embargo, pensando que llegaría el momento, ya fuese ese mismo día o en los siguientes, en que Ambrose volvería a encontrarse en el estado en que se hallaba cuando se había sentido impulsado a escribirme.

Ese momento llegó más pronto de lo que había pensado.

Pasamos aquella velada charlando sobre trivialidades, y noté que Ambrose se hallaba muy fatigado, y que le costaba trabajo mantenerse despierto. Alegando cansancio a mi vez, le relevé de sus deberes de anfitrión, retirándome a mi dormitorio. Pero estaba muy lejos de sentirme cansado, por lo tanto no me acosté, sino que me senté en una cómoda butaca a fin de leer un rato. Sólo cuando el tedio de la insípida novela que había llevado me venció, apagué la lámpara, y esto

lo hice más pronto de lo que había pensado hacerlo, pues me resultaba muy difícil acostumbrarme a la iluminación un tanto primitiva con la cual mi primo se veía obligado a conformarse. Debía de ser, aproximadamente, alrededor de medianoche. Me desvestí en la oscuridad, que no era muy intensa, pues la luz de la luna iluminaba un rincón de mi habitación y su resplandor alumbraba tenuemente todo mi cuarto.

Estaba a medio desvestir, cuando me sobresalté al oír un grito. Sabía que mi primo y yo estábamos solos en la casa; sabía que no esperaba a nadie. Comprendí inmediatamente que, no siendo yo quien había gritado, o bien era mi primo o no lo era; y si no lo era, entonces ese grito había sido lanzado por un intruso. Sin vacilar, abandoné mi cuarto y corrí al vestíbulo. Vi una figura de blanco que bajaba las escaleras, y me precipité detrás de ella.

En ese momento volvió a oírse el grito, y lo oí claramente; era un grito extraño, sin sentido, fuerte, parecido a esto: « ¡Ia! Shub-Niggurath. ¡Ia! ¡Nyarlathotep!» . Y reconocí en seguida la voz y el grito; era mi primo Ambrose, y no cabía la menor duda de que estaba caminando dormido. Le tomé suave pero firmemente del brazo con intención de conducirlo de nuevo a su cama, pero él se resistió con inesperada energía. Le solté, y le seguí; pero cuando advertí que tenía intenciones de salir afuera en medio de la noche, de nuevo le tomé del brazo tratando de hacerle volver. Una vez más se resistió con gran fuerza, tan grande que me sorprendí no se hubiera despertado, pues yo me opuse a él, hasta que finalmente, tras grandes esfuerzos, logré hacerle volver y guiándole le obligué a subir las escaleras y entrar en su dormitorio, donde se metió en cama con bastante docilidad.

Yo estaba a la vez divertido y algo preocupado. Permanecí un momento sentado junto a su cama, que se hallaba en la habitación que ocupó el poco querido Alijah, nuestro tatarabuelo, pensando que podría volver a despertarse. Como me hallaba sentado frente a la ventana, podía mirar afuera, cosa que hacía de vez en cuando, teniendo la más curiosa impresión de que de rato en rato, y a intervalos irregulares, aparecía un resplandor, como de una luz oculta, que brillaba desde el techo cónico de la vieja torre de piedra que se hallaba en línea recta con aquel muro de la casa. No pude, sin embargo, convencerme de que aquello no era debido a alguna propiedad de las piedras bajo la luz de la luna, aunque observé el fenómeno durante un buen rato.

Finalmente salí del dormitorio de mi primo. Me hallaba aún completamente desvelado, pues esta pequeña aventura de Ambrose me había desvelado aún más. Dejé entreabierta la puerta de mi dormitorio, que comunicaba con el de Ambrose, por si este volvía a caminar en sueños. Pero no volvió a ocurrir; en cambio, comenzó a farfullar dormido, y yo tendí el oído. Lo que decía carecía de sentido para mí. Me sentí impulsado a anotar sus palabras y fui a situarme a la luz de la luna a fin de no tener que encender ninguna lámpara. Mucho de lo que decía era incoherente y no podían distinguirse las palabras, pero de vez en cuando pronunciaba frases lúcidas, lúcidas hasta cierto punto, quiero decir que parecían ser frases, por altisonante y forzada que fuese la voz de mi primo en sueños. En resumen pronunció siete de esas frases, y cada una de ellas tras un intervalo de tal vez cinco minutos, durante los cuales farfullaba cosas incoherentes mientras se removía inquieto sobre su cama. Las anoté lo mejor que me fue posible, haciendo después las correcciones necesarias para darles cierto sentido. Estas fueron, pues, las frases que mi primo Ambrose murmuró durante su sueño:

«A fin de que se eleve Yog-Sothoth deberás aguardar al sol en la quinta casa, estando Saturno en trino; luego deberás trazar el pentagrama del fuego, diciendo tres veces el noveno verso, repitiendo el cual la víspera de Todos los Santos hace que la Cosa salga al Espacio, más allá de la Entrada de la cual Yog-Sothoth es el Guardián».

«Él tiene todo conocimiento; él sabe de dónde vienen los Ancianos de las pasadas eternidades, y él sabe dónde volverán a salir de Nuevo».

«Pasado, presente, futuro… Todo es uno en él».

«El acusado Billington afirmaba que no causaba ni provocaba ruido alguno; entonces se oyeron grandes risas y carcajadas, las cuales, afortunadamente para él, sólo fueron percibidas por él».

«¡Ah, ah, el olor! ¡El olor! ¡Aï, Aï! Nyarlathotep».

«No está muerto lo que yace eternamente, y con extrañas eternidades hasta la muerte podría morir».

«En su casa en R'lyeh —en su gran casa en R'lyeh— yace él…, no muerto, sino durmiendo…».

Esta extraña jerigonza fue seguida por un profundo silencio, y tras un rato oí la respiración regular de mi primo, que me hizo comprender que por fin había caído en un sueño tranquilo y natural.

Mis primeras horas en la casa. Billington estuvieron, por lo tanto, llenas de una variedad de impresiones contradictorias. Estas debían continuar. Apenas había yo dejado a un lado las notas que acababa de transcribir, y me había metido en cama, dejando siempre la puerta de comunicación abierta, y había comenzado a dormir, cuando me desperté sobresaltado al oír golpear una puerta y advertí a Ambrose de pie junto a mi cama, una mano tendida hacia mí como para despertarme.

—¡Ambrose! —exclamé—. ¿Qué ocurre?

Estaba temblando, y dijo con voz también temblorosa:

—¿Oyes?

—¿Si oigo qué? —inquirí.

—¡Escucha!

Obedecí.

—¿Qué es lo que oyes?

—El viento entre los árboles.

Dejó oír una amarga carcajada.

—« El viento susurra con Sus voces, y la tierra murmura con Su sentido» . ¡El viento! ¡Te parece que es sólo el viento!

—Sólo el viento —repliqué con firmeza—. ¿Has tenido una pesadilla, Ambrose?

—¡No! ¡No…! —repuso con voz angustiada—. Esta noche no… Estaba comenzando, pero luego se detuvo; algo la detuvo… lo cual me llenó de alegría.

Ya sabía qué era lo que la había detenido, pero nada dije.

Se sentó en la cama y apoyó afectuosamente una mano sobre mi hombro.

—Stephen, me alegro de que estés aquí. Pero si por si acaso te dijera cosas que no estuviesen de acuerdo con esa alegría que siento, te ruego no les prestes atención. A veces me parece que no soy yo mismo.

—Has estado trabajando demasiado.

—Tal vez —elevó su cabeza, y a la pálida claridad de la luna advertí cuán fatigado estaba su rostro; estaba escuchando de nuevo—. No, no —dijo—. No es el viento en los árboles, no es siquiera el viento entre las estrellas, es algo más lejos aún… algo de Afuera, Stephen. ¿No lo oyes?

—No oigo nada —contesté con suavidad— y tal vez si pudieras dormir tú tampoco oirías nada.

—El sueño no tiene importancia —dijo enigmáticamente y hablando en un susurro como si temiera que pudiera oírnos alguna tercera persona—. El sueño es peor.

Salí de la cama, me acerqué a la ventana, la abrí y le dije:

—Ven a escuchar, entonces.

Se acercó a mi lado, reclinándose contra el marco de la ventana.

—El viento entre los árboles… nada más.

Suspiró.

—Te lo contaré mañana… si puedo.

—Cuéntamelo cuando quieras. Pero ¿por qué no ahora, si es que te sientes con deseos de hacerlo?

—¿Ahora? —miró por encima de su hombro con expresión aterrada—. ¿Ahora? —repitió roncamente, y luego—: ¿Qué fue lo que Alijah hizo en la torre? ¿Cómo suplicaba a las piedras? ¿Qué llamó de las colinas o del cielo? No sé cuál de los dos. ¿Y qué era lo que estaba acechando y en qué entrada?

Al finalizar esta extraña serie de preguntas, me miró inquisitivo a los ojos en la semioscuridad, y meneando su cabeza dijo:

—Tú no lo sabes. Nadie lo sabe. Pero algo está ocurriendo aquí, y ante Dios temo haberlo traído aquí por algún medio que ignoro.

Y así diciendo, se volvió bruscamente, y, con un breve: « Buenas noches, Stephen» , se retiró

a su habitación cerrando la puerta tras de sí.

Durante unos minutos permanecí como paralizado de asombro ante la ventana abierta. ¿Sería en verdad sólo el viento aquel ruido que llegaba del bosque? ¿O era algo más? El extraño comportamiento de mi primo me dejó turbado, dispuesto para dudar de mis propios sentidos. Y de pronto, mientras me hallaba allí, sintiendo el fresco del viento contra mi cuerpo, tuve conciencia, con una creciente opresión, con un sentimiento de desesperación, de la presencia de algo horrendo, de algo espantosamente maligno que rondaba por los bosques que circundaban la casa, de algo pegajoso y penetrante, de lo más repugnante que pueda haber en los abismos más profundos del alma humana.

Y aquello no era puramente imaginario; era una cosa tangible, pues sentía yo el fresco del aire llegando por la ventana abierta, como *contraste* a eso. La aprensión al daño, al terror, a la repugnancia se adueñó, como una nube, de la habitación; sentí que caía sobre mí cual niebla invisible. Me alejé de la ventana y entré en el vestíbulo; allí era lo mismo; bajé las escaleras en la oscuridad; nada cambió… En todos lados en aquella vieja casa se « sentía» algo maligno y terrible, y eso era, con toda seguridad, lo que había afectado a mi primo. Tuve necesidad de toda mi energía para no dejarme dominar por aquella opresión y desesperación que sentía, y repeler aquel temor que se infiltraba en mi ser y que parecía provenir del ambiente. Era una lucha contra algo invisible que poseía una fuerza doble de la un adversario físico, y al regresar a mi dormitorio me percaté de que vacilaba en dormirme, temeroso de que durante mi sueño pudiera ser presa fácil de aquella insidiosa penetración que pugnaba por infectar todo lo que estaba a su alcance como ya había infectado aquella casa antigua y a su nuevo morador, mi primo Ambrose.

Permanecí, por tanto, en un estado de sueño alerta, dormitando un poco, pero descansando. Después de tal vez una hora, la sensación de malignidad y espantoso terror que parecía estar al acecho desapareció tan repentinamente como había venido, pero ya no tenía yo deseos de dormir, sintiéndome bastante descansado, y me levanté con el alba, vistiéndome y yendo abajo. Ambrose aún no había bajado, y esto me permitió examinar algunos de los papeles que se hallaban en el estudio.

Los había de varias clases, pero ninguno era de índole personal. Eran, al parecer, copia de noticias aparecidas en los periódicos, referentes a acontecimientos curiosos, particularmente ciertos asuntos relacionados con Alijah Billington; había también un relato muy detallado acerca de algo que había ocurrido muchos años antes a cierta persona llamada « Richard Billingham o Bollinham» , e identificada por nota de puño y letra de mi primo como « R. Billington» ; había recortes de periódicos recientes, relativos a dos desapariciones en los alrededores de Dunwich, de las cuales ya había yo leído algo en los periódicos de Boston antes de mi llegada a Arkham. No tuve tiempo más que de echar un rápido vistazo a esta extraordinaria colección antes de oír moverse a mi primo; entonces dejé los papeles y me quedé allí aguardándolo.

Tenía mis razones para aguardarle allí, pues deseaba observar la reacción de Ambrose ante la ventana de vidrios coloreados. Tal como yo esperaba, lanzó una mirada involuntaria por encima de su hombro al avanzar por la habitación. No me fue posible, sin embargo, determinar si aquella mañana Ambrose era el hombre que me había recibido en Arkham o aquel otro, más parecido a mi primo, que me había hablado en mi dormitorio la noche pasada.

—Veo que ya estás levantado, Stephen. Prepararé el café y las tostadas en seguida. Por ahí debe de haber un periódico de estos días. El correo rural es bastante irregular por aquí, ¿sabes?, y yo no voy a menudo a la ciudad…, y no se puede pagar a un muchacho para que venga tan lejos… aun en el supuesto de que uno acepte…

Se interrumpió bruscamente.

—¿Acepte…?—pregunté.

—Llegar hasta aquí, dada la fama de que gozan la casa y los bosques.

—¡Ah sí, lo comprendo!

—¿Sabes algo sobre eso?

—He oído algunas cosas.

Se quedó mirándome un momento y me pareció que luchaba contra el deseo ardiente de decirme lo que temía, y que alguna razón oculta, que yo no comprendía aún, se lo impedía.

Sin pronunciar una sola palabra más, se volvió y abandonó la habitación.

Yo no sentía por el momento ningún interés ni en el periódico de «esos días» ni en los documentos y papeles a mi alcance, sino que dirigí toda mi atención a la ventana de vidrios coloreados. Por alguna razón mi primo temía y se complacía en dicha ventana, o mejor dicho, una parte de él la temía, mientras la otra parecía gozar con ella. No era irrazonable pensar que la parte de mi primo Ambrose que temía la ventana era aquella cuyo aspecto había yo visto en mi dormitorio la noche anterior, y que la otra era la que le impelía, durante su sueño, a las extravagancias que yo había observado. Estudié la ventana desde diversos ángulos. El dibujo, desde luego, que era de círculos concéntricos y rayas, con vidrios coloreados de suaves tonos pastel y unidos por emplomaduras, con un vidrio blanco y transparente en el centro, era completamente único. Nada igual o parecido existía, según mi conocimiento, en ninguna de las vidrieras de las catedrales europeas o americanas, ni en lo referente al dibujo ni al colorido, pues los colores parecían fundirse unos con otros, a pesar de existir varios tonos de azul, amarillo, verde y celeste, muy tenue en la parte exterior del círculo y muy oscuro, casi negro junto al «ojo» central de vidrio incoloro. Era como si el color hubiese sido quitado del oscuro centro y esfumado sus bordes, tan maravillosamente se fusionaban todos los tonos. Cuando se fijaba con atención la vista, todos aquellos círculos parecían girar, lo que producía la más extraña de las sensaciones.

Pero esto no podía ser lo que había perturbado a mi primo. Ambrose, sin duda, habría razonado tan rápidamente como yo, llegando a la conclusión de que era una ilusión óptica y nada más. Seguí mirando la vidriera, diciéndome que se había necesitado mucho ingenio y habilidad para concebirla y realizarla, y de pronto se apoderó de mí una extraña inquietud. Me había parecido ver formarse, entre aquellos vidrios y emplomaduras, la figura de una cabeza.

Comprendí inmediatamente que aquello no podía ser debido a un juego de luces, ya que la ventana daba al Oeste y se encontraba a esas horas en la sombra, con toda la casa entre ella y el sol, y no había nada afuera, según pude cerciorarme rápidamente subiendo sobre un armario y mirando a través del círculo transparente, que reflejase su luz sobre ella. Fijé mis ojos sobre la ventana con estudiado propósito, pero nada vi de extraño, siéndome imposible descubrir nada concreto; pero era indudable que había algo sugestivo en aquella ventana, y resolví examinarla de cerca.

En eso llamó mi primo desde la cocina, diciendo que el desayuno estaba listo, y abandoné la

ventana, sabiendo que tendría mucho tiempo para completar cualquier investigación que quisiera hacer, ya que no tenía intenciones de regresar a Boston hasta descubrir lo que agitaba a Ambrose en tal grado, que ahora que me hallaba yo aquí no quería o no podía confesarlo.

—He visto que has estado reuniendo algunas historias respecto a Alijah Billington —dije con toda intención al sentarme a la mesa.

Mi primo asintió con la cabeza.

—Ya conoces mis investigaciones genealógicas y de anticuario. ¿Puedes contribuir en algo?

—¿En lo referente a nuestra familia?

—Sí.

—Mucho me temo que no. Tal vez esos papeles me sugieran algo. ¿Te molestaría que les echase un vistazo?

Vaciló. Era evidente que le molestaba, pero también era evidente que no deseaba negarme el permiso de mirar algo que ya había yo visto, aunque él no sabía lo que había leído o no.

—¡Ah!, puedes mirarlos, si te place —respondió encogiéndose de hombros—. Yo no he sacado gran cosa en claro de ellos. —Tomó unos sorbos de café mientras me observaba pensativo—. A decir verdad, Stephen, me encuentro tan enredado en este asunto, que no le encuentro ni pies ni cabeza… Y, sin embargo, tengo la sensación de que, sin saberlo, están ocurriendo aquí unas cosas extrañas y terribles, cosas que podrían ser evitadas si uno supiera cómo.

—¿Qué cosas?

—No sé.

—Hablas enigmáticamente, Ambrose.

—¡Sí! —repuso casi gritando—. ¡Todo es un enigma…, es una maraña de enigmas, y no puedo encontrar ni el principio ni el fin! Creí que comenzaba con Alijah, pero ya no lo creo. En cuanto a cómo terminará, tampoco lo sé.

—¿Por eso me llamaste? —inquirí encantado de tener ante mí al primo que me había hablado en mi dormitorio durante la noche.

Asintió con la cabeza.

—Entonces vale más que sepa todo lo que hiciste.

Se olvidó de su desayuno y comenzó a hablar. Sus palabras salían como a borbotones, contándome todo lo que había ocurrido desde su llegada; pero no me habló de sus sospechas, y así me lo hizo notar, diciéndome que estas no cabían en un relato puramente de hechos. Resumió, o mejor dicho puntualizó los hechos de que se había enterado mediante los papeles, hablándome del diario de Laban, los relatos de los periódicos referentes a las dificultades que tuvo Alijah con la gente de Arkham hacía más de un siglo, los escritos del Rev. Ward Phillips, etcétera, etcétera; y terminó diciendo que yo debía leer todas aquellas cosas, a fin de informarme tan bien como él lo había dicho, un enigma; pero lo mismo que él, yo también sentía que había descubierto partes de un gigantesco rompecabezas y que cada parte encajaba en él, por poco relacionadas que parecieran en un principio entre sí. Y con cada hecho nuevo que me contaba, más me convencía, de que mi primo Ambrose parecía estar atrapado en una especie de maldita trampa. Traté de calmarlo algo, y le persuadí de que terminara su desayuno y que dejara de emplear todas sus horas en aquel asunto, por temor a que se convirtiese en una obsesión irresistible.

E inmediatamente después del desayuno me sumí en la tarea de leer todo lo que Ambrose

había encontrado o anotado, en el orden en que él mismo lo había descubierto. Me llevó bastante más de una hora leer los varios papeles y documentos que mi primo había colocado ante mí, y otro tanto para asimilar lo que había leído. Era en verdad una «maraña de enigmas», como había dicho Ambrose, pero era posible sacar ciertas conclusiones generales de los hechos curiosos y aparentemente dispersos presentados en los escritos y notas.

El primer hecho que se mostraba claramente era que Alijah Billington (¿y tal vez Richard Billington antes de él?, o mejor dicho, ¿Richard Billington y Alijah después de él?), se había dedicado a alguna clase de asunto secreto cuya naturaleza no podía determinarse mediante los documentos a nuestro alcance. Existía la posibilidad de que se tratara de algo malvado, pernicioso; pero al admitir esto, era necesario tomar en cuenta la superstición de los testigos toscos, la calumnia de los chismes y la repetición de rumores y leyendas que podían haber exagerado, fuera de toda proporción, el acontecimiento más trivial. Los rumores y las leyendas decían que Alijah Billington era poco o nada querido y muy temido, especialmente debido a ciertos «ruidos» oídos en sus bosques durante la noche y que él se negaba a aclarar. Por otra parte, el Rev. Ward Phillips, el crítico John Druven y posiblemente la tercera persona de aquel trío que fuera a visitar a Alijah Billington, Deliverance Westripp, no eran personas toscas. Por lo menos dos de ellas creían firmemente que el asunto en el cual se hallaba envuelto Alijah Billington era de naturaleza maligna.

Pero ¿cuáles eran las pruebas contra Alijah para confirmar tal cosa? Eran muy vagas y se podían resumir en pocas palabras: había «ruidos» inexplicables, parecidos a «gritos» o «gemidos» de «algún animal» en los bosques alrededor de la Casa Billington El principal acusador de Billington, John Draven, desapareció en circunstancias parecidas a otras desapariciones de la región y su cuerpo apareció también como los de los demás. Es decir, hubo varias desapariciones de personas cuyos cuerpos habían aparecido después de mucho tiempo, y todo indicaba que sus muertes se habían producido poco ante de ser descubierto el cuerpo. Jamás se había dado explicación alguna de dónde estuvieron durante las semanas y a veces los meses transcurridos entre su desaparición y aparición. Druven había dejado una nota sugiriendo que Alijah había «puesto algo» en la comida que ofreció a los tres hombres que le fueron a visitar, no sólo para perjudicar sus memorias, sino para obligar a Druven a que regresara a él, o por lo menos para incapacitarlo o desobedecer las órdenes que pudieran llegarle. Esto, por supuesto, sugería que el trío *había visto algo*. Pero no era una prueba legalmente admisible.

Eso por lo que respectaba al caso de Alijah Billington en la época de su vida. Pero además una correlación de hechos, sugerencias e insinuaciones, pasadas y presentes, presentaban un cuadro muy distinto del formado por las ardientes protestas y un poco insolente desafío de Alijah Billington referente a su inocencia y tendentes a contrarrestar las imputaciones de Druven y otros. Aunque no existía nada definitivo que pudiera acusar a Alijah, las implicaciones de los hechos eran asombrosas, por no decir aterradoras. Los aspectos en correlación, sin tomar en cuenta el período de tiempo transcurrido entre los primeros y los más recientes, dejaban a uno cierta inquietud y malestar creciente, pues sugerían cosas realmente odiosas.

El primero de tales hechos se encontraba en las propias palabras de Alijah Billington cuando escribió para atacar la crítica de John Druven referente al libro del Rev. Ward Phillips: *Prodigios Taumatúrgicos en el Canaán de Nueva Inglaterra*, «… hay cosas en la vida que vale más dejarlas

tranquilas y alejadas del público en general» . Sin duda Alijah Billington sabía lo que escribía, tal como le replicara el Rev. Ward Phillips. Y si así era, entonces las anotaciones ocasionales en el diario del niño Laban adquirían gran significación. De este diario era posible deducir que algo ocurría en efecto en los bosques, con la intervención de Alijah Billington. No era concebible que fuera contrabando, había pensado mi primo Ambrose, pues era absurdo que el contrabando fuese acompañado de « ruidos» , tales como los descritos tanto en los periódicos de Arkham como en el diario del muchacho. No; era algo mucho más increíble, y existía un sugestivo y aterrador paralelo entre una de las anotaciones del niño y algo que yo había oído no hacía ni veinticuatro horas. El muchacho había escrito que encontró a su compañero indio, Quamis, de rodillas, « diciendo algo en voz alta en su idioma que yo no entendía…, pero que se parecía a *Narlato* o *Narlotep*» . Durante el transcurso de la noche anterior, me había yo despertado por la voz de mi primo que gritaba en sueños: « *Aï Nyarlathotep*» . No tenía la menor duda que las palabras pronunciadas por el indio y las pronunciadas por mi primo eran las mismas.

La actitud del indio sugería una adoración, pero había que admitir que los aborígenes suelen adorar cualquier cosa que no logran entender; esto es igualmente cierto para los indios americanos como para los negros africanos, que, en muchos lugares, se habían puesto a adorar un fonógrafo por escapar aquella máquina a su limitado entendimiento.

Otra cosa más se me ocurrió, pensando en el diario de Laban. Me parecía que las páginas arrancadas correspondían al período en que los tres investigadores habían visitado a Alijah Billington. Si así era, ¿habría el muchacho anotado algo que hubiera podido ayudar a descubrir lo que allí ocurría? ¿Y lo habría descubierto su padre y destruido las páginas del cuaderno del niño? Lo más lógico hubiera sido que Alijah destruyera todo el cuaderno, sin embargo. Si en realidad se hallaba mezclado en algunas prácticas malas en los bosques, lo que su hijo había escrito era condenable. Sin embargo, los episodios más efectivos habían ocurrido después de las páginas suprimidas. Tal vez Alijah hubiese destruido las páginas peligrosas, pensando que lo que su hijo había escrito anteriormente no podía en ningún momento servir como evidencia, y devuelto el cuaderno al niño intimándole a que no escribiera más acerca de aquellos asuntos. Eso era lo que me parecía más probable, y explicaba el hecho de que el libro hubiese subsistido para ser encontrado por mi primo Ambrose, ya que las partes más notables no fueron escritas hasta después de que su padre había arrancado las páginas que no le agradaban.

Pero el más turbador de aquellos hechos en correlación se hallaba en la citación del curioso documento titulado: *De las Brujerías Dañinas llevadas a cabo en Nueva Inglaterra por Demonios sin Forma Humana*: « Se dice que cierto Richard *Billington*, instruido en parte por Libros Malos y en parte un antiguo Mago de los *indios* salvajes…, colocó en los bosques un gran Círculo de Piedras, dentro del cual decía sus Oraciones al Diablo, Lugar de Dagon Maldito, y cantaba ciertos Ritos de Magia abominados por las Escrituras Sagradas… demostró gran Temor por Algo que él había llamado del Cielo de la Noche. Hubo ese año siete asesinatos en los bosques cercanos a las Piedras de *Richard Billington*…» . Este pasaje era horriblemente sugestivo por dos razones evidentes. La época en que Richard Billington vivió quedaba casi dos siglos atrás. Pero a pesar del tiempo, había acontecimientos paralelos entre esa época y la época en que había vivido Alijah Billington, y también entre la época de Alijah Billington y el presente. Hubo un « círculo de piedras» en tiempos de Alijah; y también hubo asesinatos misteriosos. Existía aún un círculo

de piedras y una vez más había comenzado lo que parecía una serie de asesinatos. No me parecía posible que tales paralelos pudieran ser simples coincidencias. Pero si se negaba la coincidencia, ¿adónde nos llevaba?

Ahí estaban la serie de instrucciones dejadas por Alijah Billington que conjuraba a Ambrose Dewart y a cualquiera de sus herederos a « no llamarlo a las Colinas» . Para trazar el paralelo estaba « esa Cosa que había llamado del Cielo de la Noche» tan temida por Richard Billington. Si no debíamos admitir la coincidencia, esto era muy sugestivo. Pero había una clave: por incomprensibles que fuesen las instrucciones dejadas por Alijah, señalaba que « el sentido» de tales instrucciones « se encontrará dentro de los libros que han quedado en la casa conocida por el nombre de Casa Billington, situada en los bosques de Billington» ; es decir, que se hallaba aquí entre estos muros, posiblemente en este mismo estudio.

El problema exigía grandes esfuerzos de mi credulidad. Al aceptar el hecho de que Alijah Billington había estado mezclado en algo que deseaba que nadie se enterase, excepto el indio Quamis, era posible admitir que de alguna forma había hecho desaparecer a John Druven. En ese caso, sus prácticas debían de ser ilegales; por otra parte, la forma en que Druven había encontrado la muerte era como para despertar conjeturas, no sólo acerca de Alijah, sino acerca de los métodos que había empleado, ya que su desaparición y muerte tenían completa similitud con los asesinatos producidos en la región de Dunwich. La progresión lógica, si se aceptaba el hecho fundamental de que Alijah había logrado deshacerse de Druven, era que también había tenido algo que ver con los otros crímenes, ya que todos obedecían a un mismo patrón.

Pero si seguíamos por este camino nos encontrábamos obligados a admitir cada vez más cosas, y nuestras concesiones, cada vez mayores, no tardaban en aturdirnos en tal forma que si no deseábamos enloquecer, nos veíamos en la necesidad de desechar todo lo que habíamos creído previamente para comenzar de nuevo.

Si Richard Billington había en verdad llamado alguna « Cosa» del cielo durante la noche, ¿qué era esa cosa? La ciencia no conocía ninguna cosa semejante, a menos que se aceptase que algo semejante a los extintos pterodáctilos hubiese existido todavía hace apenas dos siglos. Pero esto parecía aún menos probable que otras explicaciones; la ciencia no hablaba de ninguna otra « cosa» voladora. Pero cierto es que nadie había escrito que la « cosa» volara. ¿Cómo entonces había venido del cielo si no volaba?

Sacudí la cabeza cada vez más confundido, y mi primo, que entraba en ese momento, sonrió algo forzadamente, diciéndome:

—¿Es demasiado complejo para ti también, Stephen?

—En efecto. Pero las instrucciones de Alijah indican que la clave se encuentra en los libros aquí existentes. ¿Los consultaste?

—¿En qué libros, Stephen? No tenemos una sola pista que podamos seguir. No es posible leerlos todos.

—No concuerdo contigo. Tenemos varias pistas. Nyarlathotep o Narlatop, se escriba como se escriba. Yoh-Sotot o Yog-Sothoth… Esas palabras se encuentran en el diario de Laban, en las palabras pronunciadas por la señora Bishop, en las cartas de Jonathan Bishop, y hay también otras referencias en esas cartas que podríamos tratar de encontrar en esos viejos libros.

Volví mi atención una vez más a las cartas de Bishop, a las cuales Ambrose había añadido sus notas referentes a lo que encontró en los periódicos de Arkham concernientes a las muertes de

esas personas de quienes había escrito Jonathan Bishop. Existía un paralelo perturbador en eso también, que no tuve el valor de señalar a Ambrose, ya que parecía muy afectado y angustiado; pero no podía dejar de advertir que lo mismo que las personas entrometidas que habían espiado a Jonathan Bishop habían desaparecido y sus cuerpos vueltos a aparecer más tarde, lo mismo ocurrió a John Druven, que se había entrometido en los asuntos de Alijah Billington. Por otra parte, se pensara lo que se pensase sobre la improbabilidad de esos acontecimientos resultaba innegable que las personas a quienes Jonathan Bishop hizo referencia habían desaparecido realmente, puesto que ello se hallaba consignado en los periódicos y quien lo deseara podía leerlo.

—Aun así —dijo mi primo Ambrose cuando volví a levantar la vista—, no sabríamos por dónde empezar. Todos esos libros son antiguos y muchos ellos de difícil lectura. Algunos, creo, son manuscritos encuadernados.

—No importa. Tenemos mucho tiempo. No necesitamos hacerlo hoy.

Pareció aliviado al oír esto, y estaba por proseguir la conversación cuando se oyó que alguien llamaba a la gran puerta exterior, y él fue a atender la llamada. Tendí el oído: le oí que hacía pasar a alguien y me apresuré a esconder los papeles y documentos que había estado leyendo. Pero no hizo pasar al estudio a sus visitantes, pues eran dos, y, después de media hora, les acompañó de nuevo hasta la puerta y regresó al estudio, una vez que se hubieron retirado.

—Eran dos oficiales de la policía del condado —manifestó—. Están haciendo averiguaciones respecto a las muertes que han ocurrido cerca de Dunwich; las desapariciones, mejor dicho. Es algo espantoso, lo comprendo, y si todos van a ser encontrados como el primero, será algo que nadie en estas regiones olvidará jamás.

Observé que Dunwich era una comarca notoriamente decadente.

—Pero ¿para qué venían a verte a ti, Ambrose?

—Parece que algunos habitantes de Dunwich dijeron haber oído ruidos (unos gritos, me dijo), y como no estamos muy lejos del lugar donde desapareció Osborne, pensaron que yo también habla podido oír algo.

—Pero no oíste nada, ¿verdad?

—No, nada.

La siniestra similitud del pasado y el presente no pareció ocurrírsele, o si se le ocurrió no lo dejó ver. No me pareció conveniente llamarle la atención sobre el punto y cambié de tema. Le dije que había puesto a un lado los papeles y le sugerí fuéramos a pasear un poco antes del almuerzo, pensando que el aire fresco le haría bien. Aceptó con bastante premura.

Salimos, pues. Un vientecillo bastante fuerte se había levantado de pronto, y ya presagiaba el invierno que no tardaría en llegar; las hojas caían en abundancia de los añosos árboles, y mirando a aquellos especímenes recordé con cierto malestar la reverencia que los antiguos druidas tenían por los árboles. Pero esta fue una impresión pasajera ocasionada sin duda por mi preocupación por el círculo de piedras en la vecindad de la torre redonda, pues si había propuesto aquel « paseo» era porque deseaba, si era posible, llegar hasta la torre en compañía de mi primo.

Con toda premeditación, elegí un camino tortuoso, evitando el área pantanosa situada entre la torre y la casa a fin de llegar a la torre por el Sur, siguiendo el lecho seco del antiguo tributario del Miskatonic. Mi primo comentaba de vez en cuando la ancianidad de los árboles y observaba repetida mente que en ningún sitio se veían huellas de hacha o sierra. No lograba discernir si la

nota en su voz era de orgullo o de extrañeza. Observé a mi vez que los añosos robles tenían cierta relación con los árboles druídicos, y él me miró con expresión escrutadora. ¿Qué sabía yo de los druidas?, me preguntó. Le contesté que sabía comparativamente poco. Luego quiso saber si pensaba que pudiera haber alguna relación básica entre muchas religiones antiguas, o creencias religiosas, y las druídicas. No se me había ocurrido pensar nunca en eso, y así se lo dije. Todos los mitos, por supuesto, eran fundamentalmente similares, todos tenían algo que ver con el temor y la curiosidad que despertaba lo desconocido, y en nuestra naturaleza todos llevábamos algo de mitólogos; pero debía hacerse una diferencia entre la mera creencia en los mitos y las creencias religiosas, lo mismo que se hacía una diferencia entré las supersticiones y leyendas, y los credos y principios éticos y morales. A todo esto no me contestó rada.

Caminamos un tiempo en silencio y luego ocurrió un incidente curiosísimo. Sucedió al llegar al lecho seco del tributario del Miskatonic.

—¡Ah! —dijo con voz algo ronca y muy distinta de su tono habitual—. Hemos llegado al Misquamacus.

—¿El qué? —inquirí, mirándole asombrado.

Me miró a su vez con expresión extraña y luego tartamudeó:

—¿Q… ué? ¿Q… ué dije, Stephen?

—No oí bien; ¿cómo llamaste a ese río?

Sacudió la cabeza.

—No tengo la menor idea de cómo se llama.

—Sin embargo, acabas de nombrarlo.

—¿Sí? Es imposible. Jamás he sabido su nombre.

Parecía realmente sorprendido y algo iracundo, viendo lo cual no insistí. Dije que tal vez no había oído bien, o que mi imaginación me habría jugado una mala pasada. No obstante, estaba seguro de que había nombrado el río que en su tiempo había corrido allí; y el nombre que le había dado se parecía mucho, si no era igual, al nombre del « antiguo mago» de los Wampanaugs, ese viejo « sabio» del que se aseguraba había finalmente vencido y encerrado a la « Cosa» que tanto molestaba a Richard Billington.

El incidente me afectó muy desagradablemente. Ya sospechaba yo que las dificultades en que se encontraba envuelto mi primo eran de una naturaleza mucho más grave de la que él y hasta yo pudiéramos suponer. La índole de esta revelación en apariencia casual, aumentó esa aprensión, convirtiéndola en un profundo convencimiento. Pero no debía tardar en tener una confirmación aún más notable de mis sospechas.

Sin cruzar más palabras entre nosotros, seguimos caminando por el lecho seco del tributario y luego, saliendo del bosque, llegamos al lugar en que se hallaba emplazada la torre sobre una isla de guijarros y arena, con su círculo de piedras que sobresalía en torno suyo. Mi primo había hablado de aquellas piedras como « druídicas» , pero al primer vistazo advertí que no parecían serlo, pues no tenían ninguna de las características de diseño tan manifiestos en los restos de Stonehenge, por ejemplo. Sin embargo, aquel círculo de piedras, ahora bastante deteriorado, sin duda por la acción de los años, llevaba el inconfundible signo de haber sido hecho por la mano del hombre, y parecía colocado allí más bien con el fin de circundar la torre que con otro propósito cualquiera.

Ahora bien; yo había visto y estudiado aquella torre bastante a menudo antes, pero en cuanto

entré en el círculo de piedras rotas tuve la impresión de que aquella era mi primera visita al lugar. Esto se debía en parte a mis lecturas de los documentos y notas recopilados por Ambrose, pero en parte causado también por cierto cambio en la atmósfera. Inmediatamente tuve conciencia de esto. Hasta entonces la torre me había impresionado como una reliquia antigua de tiempos pasados, pero ahora tenía el convencimiento de que era algo que no pertenecía al tiempo, y se me figuraba que era terriblemente maligna y perniciosa, y hasta me parecía percibir en aquel odioso ambiente un asqueroso olor a putrefacción.

No obstante, avancé hacia ella y decidí examinarla como si fuese enteramente nueva para mí. (Y lo era, dada la impresión que ahora me producía). Conocía muy bien el aspecto de las piedras, pero deseaba examinarlas desde el interior, así como también estudiar los dibujos grabados en los peldaños de la escalera de piedra y los que figuraban en aquel gran bloque más nuevo que mi primo había quitado del techo. Advertí inmediatamente que dibujo de las escaleras era, en miniatura, el mismo dibujo que el de la ventana coloreada en el estudio de la casa de mi primo. Por otra parte, el dibujo de la piedra quitada de su lugar era curiosamente opuesto, como una estrella es opuesta a un círculo, por ejemplo. Iba yo a hacer una observación acerca de la semejanza del dibujo referido, cuando mi primo apareció en la entrada, y algo en su voz me previno que más valía callarme.

—¿Encontraste algo?

No era sólo el tono diferente de su voz, sino la hostilidad que parecía emanar de toda su persona. Adiviné instantáneamente que mi primo era una vez más el hombre que había ido a buscarme a la estación de Arkham, y que de modo tan claro me había hecho comprender que deseaba regresara cuanto antes a Boston. No pude evitar el pensamiento que se presentó en seguida a mi mente: « ¿Hasta qué punto la proximidad de la torre influía en su carácter?» . Pero nada dije, ni de lo que pensé ni de lo que acababa de descubrir, limitándome a observar que la torre parecía ser muy antigua y los dibujos muy primitivos, pero « carentes de significado» , y, a pesar de que sus ojos permanecieron fijos en mí durante un buen rato con expresión sombría, pareció satisfecho y se retiró diciendo ásperamente que era hora de que regresáramos a la casa, pues pronto sería la hora del almuerzo y tenía que preparar la comida.

En seguida accedí a su deseo y emprendimos el camino de regreso, durante el cual comencé a charlar alegremente sobre sus talentos culinarios, sugiriéndole que debería conseguir los servicios de un buen cocinero, a fin de aliviarse de una tarea que, por agradable que fuese durante un tiempo, terminaría sin duda por resultarle deprimente y molesta, diciéndole finalmente, al llegar a la casa, que deberíamos ir a almorzar a Arkham, donde había buenos restaurantes.

Asintió complacido, cosa que me extrañó algo, y poco después nos hallábamos en la carretera de Aylesbury Pike, rumbo a aquella antigua ciudad, donde tenía yo esperanzas de aprovechar la primera ocasión que se me presentara de dejar a mi primo e ir a echar un vistazo a la biblioteca de la Universidad de Miskatonic, a fin de cerciorarme, si era posible, de hasta qué punto eran ciertas las notas referentes a las actividades de Alijah Billington tomadas por mi primo en los periódicos locales.

Esa oportunidad se presentó más pronto de lo que esperaba, pues apenas habíamos terminado de almorzar, Ambrose recordó que tenía que efectuar ciertas diligencias. Me invitó a que le acompañara, pero yo me negué, diciendo que deseaba detenerme en la Universidad, a fin de

saludar al doctor Armitage Harper, a quien había conocido el año anterior durante una reunión científica realizada en Boston, y, asegurándome de que Ambrose estaría ocupado por una hora, convine con él encontrarnos en la calle del Colegio, junto a la plaza, al cabo de una hora.

El doctor Harper tenía su oficina en el segundo piso del edificio que ocupaba la biblioteca, y recibía a todos los bibliófilos y expertos en historia de Massachusetts, tema sobre el cual era una verdadera autoridad. Era un caballero distinguidísimo que llevaba muy bien sus sesenta y pico de años. A pesar de haberme hablado sólo una o dos veces en su vida, la última de las cuales hacía casi un año, se acordó perfectamente de mí, tras una brevísima vacilación, y pareció muy satisfecho de yerme.

—¿Qué le trae a Arkham, señor Bates? —me preguntó, reclinándose contra el respaldo de su sillón.

Le conteste que estaba visitando a mi primo Ambrose Dewart, pero, como advertí que aquel nombre no le decía nada, añadí que mi primo era el heredero de la propiedad Billington y que en relación con esa visita me tomaba la libertad de consultarle.

—Billington es un nombre muy antiguo de la región —contestó un tanto secamente el doctor Harper.

Contesté que, en efecto, así me constaba, pero que nadie parecía dispuesto a hablar de él, y que temía mucho que la memoria que había dejado no fuera del todo respetable.

—Los Billington eran de origen noble, según tengo entendido. Su escudo de armas debe de encontrarse en algún lugar en las carpetas.

Sin duda, eran de origen noble, eso también lo sabía yo. Y pregunté al doctor Harper qué era lo que podía decirme acerca de Richard o Alijah Billington.

El anciano sonrió entornando sus ojillos escrutadores.

—Tenemos algunas referencias sobre Richard en ciertos libros y, dicho sea de paso, no son muy favorables. En cuanto a Alijah, todo lo que se sabe de él se encuentra en las crónicas periodísticas de su época.

Esto no me resultaba muy satisfactorio, y mi expresión así debió de reflejarlo.

—Pero todo eso sin duda ya lo sabe usted —comentó.

Le contesté que, en efecto, estaba enterado de todo lo que se había escrito acerca de aquellas dos personas, añadiendo que había quedado impresionado por la similitud entre los acontecimientos acaecidos en el tiempo de Richard y en el de Alijah. Ambos parecían haber estado mezclados en prácticas que, si bien no se había probado que fueran ilegales, por lo menos resultaban altamente sospechosas.

El doctor Harper se puso serio. Permaneció callado unos momentos, y su silencio indicaba a las claras que se debatía entre el deseo de hablar y el de permanecer callado. Pero, por fin, comenzó a hablar, aunque midiendo sus palabras. Sí, conocía las leyendas acerca de los Billington y los bosques de Billington; eran, a decir verdad, una parte bastante esencial de la historia de Massachusetts y que recordaba bastante los tiempos de los sortilegios. Aparentemente, las leyendas tenían cierta base en que fundarse, aunque era imposible decir, dado el tiempo transcurrido, qué grado de verdad había en aquellas leyendas grotescas que nos llegaban desde pasados años. Era, sin embargo, un hecho que Richard Billington había sido considerado en su tiempo como hechicero y brujo, y que Alijah Billington se había ganado la fama de entregarse a oscuras experiencias en sus bosques durante la noche. No era, pues, de extrañar que las leyendas

se hubiesen acumulado acerca de sus personas y sus actividades, que tomaran algunos aspectos aterradores, grotescos e increíbles, y que resultara difícil ahora saber el grado de veracidad que había en ellas.

Era indudable, admitió sin embargo, que ambos Billington se ocupaban en « algo» misterioso, pero resultaba difícil, a distancia de un siglo y más, decir si aquello estaba o no relacionado con brujerías; podía también estar o no relacionado con ciertos ritos de que él, Harper, había tenido indicios existían en los lejanos bosques de la comarca; en las regiones de Dunwich y de Innsmouth, por ejemplo, ritos que pertenecían, por su naturaleza, a una raza extremadamente antigua y extraña, pues nada en ellos sugería que fueran originarias del hombre, a menos que se los relacionase en cierto modo con los ritos druídicos, que adoran seres invisibles en los árboles y cosas por el estilo.

Le pregunté si quería dar a entender que los Billington habían adorado dríades o alguna figura mitológica similar, a lo que contestó que no, que no era en las dríades en lo que estaba pensando. Que había ciertas supervivencias extrañas y horribles de religiones o cultos mucho más antiguos que todo lo conocido por el hombre. Estas eran tan insignificantes, comparativamente hablando, que los hombres de ciencia e investigadores, por lo general no se ocupaban de ellas, y eran dejadas para ser investigadas por estudiosos de menor importancia.

¿Entonces opinaba él que mis antepasados habían practicado algún tipo primitivo de religión?

Hasta cierto punto, sí. Añadió que, de acuerdo con los documentos, hasta era probable que los ritos practicados por Richard y Alijah Billington indujeran sacrificios humanos, pero que jamás había llegado a probarse nada. Pero tanto Richard como Alijah habían desaparecido. Richard, nadie sabía dónde, y Alijah partió a Inglaterra, donde había muerto. Todas las leyendas de la supervivencia de Richard eran tonterías, afirmó; tales cuentos surgían con extremada facilidad y eran luego diseminados por las personas crédulas. Richard sobrevivía, y Alijah también, pero por su descendencia, es decir, por Ambrose Dewart, y, se entiende, por mí. Todo lo demás eran relatos creados por imaginaciones exaltadas. Sin embargo, concedió, había otra clase de supervivencia, algo conocido como « residuo psíquico» , es decir, que el mal permanece como flotando donde el mal ha florecido.

—¿O el bien? —inquirí.

—Digamos mejor la « fuerza» —contestó sonriendo de nuevo—. Es muy posible que una fuerza o una violencia de alguna clase « flote» en el ambiente de la casa Billington. Vamos, señor Bates… tal vez usted mismo la haya sentido.

—Así es.

Se sorprendió, y no agradablemente, según pude juzgar. Se sobresaltó un poco, y una vez más trató de esbozar una débil sonrisa.

—En ese caso, no necesito decirle nada a ese respecto.

—Al contrario, continúe usted; mucho desearía conocer su opinión sobre ese asunto. He sentido una malignidad penetrante, en aquella vieja casona, y no sé cómo explicármela.

—Entonces parecería que el daño ha sido hecho allí; tal vez ese daño haya dado pie a las historias que más tarde se refirieron de Richard y Alijah Billington. ¿De qué naturaleza es esa sensación?

No me fue fácil explicársela, pues resultaba poco menos que imposible traducir en palabras la sensación de miedo y horror que había experimentado. No obstante, el doctor Harper me

escuchó gravemente, sin interrumpirme, y al final de mi breve relato permaneció varios minutos pensativo.

—¿Y cómo reacciona el señor Dewart ante todo eso? —preguntó finalmente.

—Eso, más que nada, es lo que me trae aquí.

Y le referí, con cierta cautela, la doble personalidad que parecía poseer mi primo, omitiendo todos los detalles posibles, a fin de no llegar tarde a mi cita con Ambrose.

El doctor Harper me escuchaba con creciente atención, y una vez que hube terminado volvió a permanecer sumido en sus pensamientos durante un buen rato antes de aventurar la opinión de que, evidentemente, la casa y el bosque surtían un « efecto pernicioso» en mi primo, y que sería tal vez oportuno que se alejara de aquella casa durante algún tiempo.

—Digamos durante el invierno, para que ese alejamiento le fortalezca contra las malas influencias. ¿Dónde podría ir?

Contesté vivamente que podía venir a Boston a mi casa, pero admití que yo había abrigado la esperanza de aprovechar la oportunidad para estudiar algunos de aquellos viejos libros de la biblioteca de mi primo en la Casa Billington… los antiguos libros de los Billington. Tal vez, sin embargo mi primo consintiera en que nos lleváramos algunos con nosotros. Pero mucho temía que Ambrose no aceptara pasar el invierno en Boston, a menos que se lo propusiera en el momento adecuado. Así se lo dije al doctor Harper, quien en seguida insistió en la necesidad de que convenciera a Ambrose, diciéndole que, por su propio bien, debía cambiar momentáneamente de residencia, sobre todo en vista de los acontecimientos de Dunwich, que no presagiaban nada bueno para la vecindad y sus residentes.

Me despedí del doctor Harper y salí a la calle, aguardando a Ambrose bajo el pálido sol otoñal, Mi primo llegó pocos minutos después de la hora fijada. Estaba malhumorado e irritable, según pude notar y no hizo el menor esfuerzo por entablar conversación hasta que nos hallamos bastante distantes de la ciudad; sólo entonces me preguntó brevemente si había visto al doctor Harper. Le contesté que sí, pero, por supuesto, sin darle detalles de nuestra conversación, pues se hubiera sentido ofendido… y tal vez algo más. Seguimos, pues, callados, y así llegamos a la casa del bosque.

La tarde estaba ya bastante avanzada y mi primo fue inmediatamente a la cocina para ocuparse de la cena, mientras yo me quedaba en el estudio. No sabía por dónde empezar para seleccionar los libros que esperaba persuadir a Ambrose lleváramos a Boston en el caso de que consintiera en que pasáramos allí juntos el invierno. Miraba en unos y en otros, en busca de alguna mención de aquellas palabras clave que habían sido repetidas tanto en los papeles como en los documentos y que suponía podían darnos una pista que nos llevara a la solución del problema a que estaba enfrentado mi primo. Muchos de los libros resultaron ser estudios genealógicos e históricos, relacionados con la región y las familias que en ella habitaban, que sólo podían interesar a un estudioso en genealogía, y que estaban llenos de curiosas ilustraciones y árboles genealógicos. Había otros, muy gastados algunos de los cuales yo no comprendía, y había algunos en inglés muy antiguo y otros en latín; cuatro de ellos eran transcripciones manuscritas, aparentemente incompletas, aunque encuadernadas. En este último grupo era donde esperaba encontrar lo que buscaba.

Pensé, en un principio, que o bien Richard o Alijah Billington habían hecho aquellas laboriosas transcripciones; pero tras breve examen advertí que no era así, pues a menudo la ortografía era

demasiado mala para que aquello hubiese sido escrito por personas educadas, como lo eran los dos Billington, según tenía entendido. Además, había anotaciones posteriores, escritas por otra mano, que casi con toda seguridad era la de Alijah Billington. No había nada que demostrara que ninguno de aquellos libros manuscritos hubiesen pertenecido a Richard Billington; pero bien podían haber sido suyos, ya que la mayoría eran antiquísimos, y si bien no aparecía fecha alguna en ningún lado, parecía muy probable que la mayor parte de los manuscritos eran anteriores a Alijah Billington.

Elegí uno de dichos volúmenes manuscritos, libro que no era ni grueso ni pesado, y comencé a examinarlo cuidadosamente. No llevaba título alguno sobre su cubierta, que era de un cuero muy suave y de una textura que sugería piel humana, pero en una de las páginas interiores se leía esta leyenda: *Al Azif - El libro de los Árabes*. Lo hojeé rápidamente y advertí que estaba compuesto por traducciones fragmentarias de otro texto o textos, uno de los cuales, por lo menos, estaba en latín y otro en griego. Además, había notas al margen que indicaban sin duda el origen de las copias, como: « Museo Británico» , « Biblioteca Nacional de Francia» , « Universidad de Buenos Aires» , « San Marcos, Lima» . Las diversas transcripciones habían sido hechas por manos distintas, lo que indicaba que muchas eran las personas que se habían dedicado a recopilar todo aquello. Todo esto sugería que alguien, acaso el propio Alijah, había estado terriblemente ansioso por obtener las partes esenciales de aquel libro, y había, con seguridad, pagado a varias personas para que sacaran copia de él en los lugares donde existía el libro original. Era evidente, sin embargo, que el libro distaba mucho de estar completo, y que quien lo había mandado encuadernar trató de poner en orden las páginas que debieron de llegarle desde todos los rincones de la tierra.

Mientras estaba examinando sus páginas de nuevo, con algo más de calma, tropecé, por vez primera, con uno de los nombres asociados a los disturbios del Bosque. Era una página de papel finísimo, y la letra era pequeña y de difícil lectura. Me acerqué a la luz y comencé a leer:

> «Nunca debe pensarse que el hombre es o bien el más viejo o el último de los Amos de la Tierra; no, ni que la mayor parte de la vida y la substancia marchan solas. Los Ancianos eran, los Ancianos serán. No en los espacios conocidos por nosotros, sino "entre ellos". Ellos caminan tranquilos y prístinos, sin ocuparse de las dimensiones, e invisibles para nosotros. Yog-Sothoth conoce la entrada, pues Yog-Sothoth es la entrada. Yog-Sothoth es la llave y el guardián de la entrada. Pasado, presente, futuro; lo que ha sido, lo que es, lo que será, todo es uno en Yog-Sothoth. Él sabe dónde los Ancianos salían antes, y dónde saldrán en los tiempos venideros, hasta que el Cielo sea completo. Él sabe

por qué nadie puede detenerlos cuando Ellos caminan. A veces los hombres pueden conocerlos por su olor, que es extraño al Olfato, nauseabundo, y como el de una criatura de mucha edad; pero Su semblanza no puede ser conocida por ningún hombre, excepto en rarísimos casos en que Ellos engendran entre la humanidad seres horrendos. De esos Vástagos existen diversas clases, que difieren grandemente entre sí y también del hombre. Caminan sin ser vistos. Caminan en lugares solitarios donde las Palabras han sido pronunciadas y los Ritos clamados durante Sus Estaciones, que están en la Sangre y difieren de las estaciones del hombre. El viento gime con Sus voces; la Tierra murmura con Su sentido. Inclinan los bosques, elevan las Olas, aplastan las Ciudades; pero, ni los bosques ni los océanos, ni las ciudades advierten la mano que les golpea. Kadath en el Frío Oeste los conoce y ¿qué sabe el hombre de Kadath? El desierto de hielo del Sur y las Islas del Océano tienen piedras en las que se hallan grabados Sus sellos; pero ¿quién ha visto las ciudades heladas o la torre cerrada con guirnaldas de algas y lapas? El Gran Cthulhu es Su primo, sin embargo, apenas si Los puede ver tenuemente. Ellos serán conocidos por la raza del hombre como Algo hediondo. Sus manos están siempre sobre el cuello de los hombres, desde el principio del Tiempo, y, sin embargo, no los ve. Yog-Sothoth es la llave de la entrada donde las esferas se encuentran. El hombre reina ahora donde en un tiempo Ellos reinaron. Ellos no tardarán en volver a reinar donde reina ahora el hombre. Después del verano viene el invierno, después del invierno el verano. Aguardan, pacientes y poderosos, Ellos volverán a reinar y cuando Ellos vengan nadie Les disputará Su reino y todos serán Sus súbditos. Aquellos que conocen la entrada se verán obligados a abrirla para que ellos pasen, y tendrán que servirlos a Ellos, como Ellos deseen; pero aquellos que abran sin saberlo sólo conocerán un breve tiempo después».

Seguía un espacio en blanco y luego comenzaba otra página. Pero esta estaba escrita por otra mano y provenía de otra fuente. Parecía ser de origen mucho más antiguo que la que acababa de leer, pues no sólo el papel era más amarillento, sino que la lectura y la forma de escribir eran casi arcaicas.

«Fue hecho entonces como había sido prometido, que Él sería llevado por Aquellos a Quienes Él Había Desafiado y arrojado en las mayores profundidades del Mar y colocado dentro de la Torre cerrada que se dice se yergue entre las grandes ruinas que se encuentran en la Ciudad Hundida (R'Lyeh) y encerrado dentro de ella por el Signo Mayor, y en castigo por sus protestas contra quienes le aprisionaron, Ellos se echaron por segunda vez sobre él y le impusieron la semblanza de la Muerte, pero Le dejaron soñando en ese lugar bajo las grandes aguas, y regresaron a ese lugar de donde habían venido, es decir, de Glyn-Vho, junto a las estrellas, y miraron sobre la Tierra, desde el tiempo en que caen las hojas hasta el tiempo en que se recogen las cosechas. Y allí Él yacerá soñando para siempre, en Su Casa en R'lyeh, hacia la cual en seguida se dirigieron todas Sus hordas para luchar contra toda clase de obstáculos, y decidieron aguardar Su despertar, ya que se hallaban imposibilitados de tocar el Signo Mayor y temerosos de su gran poder, sabiendo que el Cielo había regresado y que Él sería libertado y podría volver a besar la Tierra otra vez y convertirla en Su Reino y volver a desafiar de nuevo a los Dioses Mayores. Y a sus hermanos les ocurrió lo mismo, es decir, que Ellos fueron tomados por Aquellos a Quienes Ellos Desafiaron y arrojados al destierro, Aquel a Quien No Debe Nombrarse fue enviado al espacio de Afuera, más allá de las Estrellas y con los demás también, hasta que la Tierra se vio libre de ellos, y Aquellos que vinieron con aspecto de Torres de Fuego regresaron de donde Ellos habían venido, y no fueron vistos más, y en toda la Tierra hubo Paz».

Volví resueltamente la página siguiente, que era de tamaño algo más reducido, y en papel biblia, y tan mal escrita que resultaba dificilísimo descifrarla. Decía así:

«Respecto a los Ancianos, se ha escrito que aguardan a la Entrada, y que la Entrada está en todas partes y en todos Tiempos, pues Ellos no conocen ni Tiempo ni lugar, sino que son todo tiempo y se hallan en todo Lugar, sin que se les vea, y muchos de entre Ellos pueden asumir diversas Formas y Figuras, y las Entradas para ellos se encuentran en todas partes, pero la principal que les fue abierta fue la de Irem, en la Ciudad de los Pilares, la ciudad bajo el desierto; pero donde los hombres colocan Piedras y dicen tres veces las Palabras Prohibidas, la Entrada se abrirá, y Aquellos que salen de ahí, por la entrada, son los Dhols, los Abominables, los Semi-Dioses, los Tchotcho. Los Profundos, los Nocturnos, los Shoggoth, y los Voormis; los Shantaks, que guardan Kadath en el Frío Oeste, y en la Planicie de Leng. Todos ellos son igualmente los Hijos de los Dioses Mayores, pero la Gran Raza de Yith y los Grandes Ancianos, no habiéndose puesto de acuerdo, se separaron, dejando a los Ancianos en posesión de la Tierra mientras que la Gran Raza regresó de Yith e instalóse en el Tiempo, Lugar aún desconocido por aquellos que andan hoy por la Tierra, y allí aguardan hasta que vuelvan otra vez los Vientos y las Voces que les empujan allí, ante Aquel que Camina sobre los Vientos entre la Tierra y el espacio que se encuentra entre las Estrellas».

Aquí había un intervalo, como si hubieran borrado cuidadosamente lo que había sido escrito. Un corto párrafo terminaba el extracto:

«Luego Ellos regresarán, y al producirse este Gran Regreso, el Gran Cthulhu quedará libre de R'lyeh debajo del Mar, y

Aquel a Quien No debe Nombrarse vendrá de Su Ciudad llamada Carcosa, junto al Lago de Hali, y Shub-Niggurath aparecerá y multiplicará su Odiosidad, y Nyarlathotep llevará la noticia a todos los Grandes Ancianos y Sus Hordas, Cthugra colocará Su Mano sobre todo lo que se oponga y Destruirá a los ciegos idiotas, y los dañinos Azatroth se erguirán del medio del Mundo donde todo es Caos y Destrucción, donde Él ha blasfemado al centro de Todas las Cosas, lo que quiere decir al Infinito, y Yog-Sothoth, que es Todo-en-Uno y Uno-en-Todo, traerá sus globos, e Ithaqua se despertará de Nuevo, y de las negras cavernas de la Tierra saldrá Tsathoggua y juntos se posesionarán de la Tierra y de todas las cosas que en ella viven, y se prepararán para luchar con los Dioses Mayores cuando el Amo de los Grandes Abismos se entere de su regreso, y vendrá con Sus Hermanos para dispersar todo lo Maligno».

La tarde llegaba a su fin y a pesar de que me embargaba el firme convencimiento de que entre aquellas antiguas páginas se encontraba la clave de misterio, aun cuando yo no entendía con claridad lo que allí se decía, la luz que disminuía y las actividades de mi primo en la cocina me obligaron a abandonar la lectura por el momento. Dejé a un lado el libro; mi perplejidad era grande ante las alusiones siniestras y terribles, referentes a algo aparentemente primordial y completamente fuera de mi alcance. Estaba convencido de que esta recopilación de fragmentos había sido comenzada por aquel Richard Billington que había sido « destruido por la Cosa que había llamado del Cielo» y proseguida bajo la dirección de Alijah, pero ¿con qué fin? ¿Sería para aumentar sus conocimientos sobre cosas que parecían prohibidas a la humanidad? El hecho de que los Billington hubieran sabido cómo interpretar convenientemente lo que leían y cómo utilizar aquel conocimiento era terrible en sí, especialmente si se consideraba a la luz de los acontecimientos que se habían producido durante sus existencias.

Al ponerme de pie y volverme para ir a la cocina, mis ojos buscaron involuntariamente la ventana coloreada, y sufrí un sobresalto profundo y aterrador, pues los últimos destellos del sol poniente daban sobre aquellos vidrios, en forma tal que delineaban una indescriptible y odiosa caricatura de rostro inhumano, de un ser enorme y grotesco, cuyos rasgos estaban horriblemente contorsionados, y con ojos —si es que eran ojos— hundidos en enormes y profundas órbitas, que carecía de nariz, pero que sin embargo parecía tener dos enormes ventanas, con una cabeza calva y lustrosa, cuya parte inferior se terminaba en una maraña de tentáculos que se retorcían; y al mismo tiempo que yo miraba pasmado de horror aquella aparición, tuve conciencia, una vez más, de una abrumadora malignidad, que parecía envolverme por todos lados, presionándome

como si algo fluyente de los muros y las ventanas cayera sobre mí, ansioso por destruir toda la vida a su alcance, y al mismo tiempo percibí un olor carnal, malsano, en el cual parecían resumirse todos los olores nauseabundos y asquerosos.

Turbado como estaba, resistí, sin embargo, el impulso de cerrar mis ojos y huir, y seguí mirando a la ventana, seguro de que era víctima de una alucinación, sin duda originada por lo que acababa de leer. La odiosa imagen poco a poco disminuyó de intensidad y terminó por desvanecerse, quedando la ventana con su habitual apariencia, y el horrible olor dejó de llegar a mi olfato. Pero lo que luego ocurrió fue, en cierto modo, aún más aterrador.

No contento con haberme probado a mí mismo que había sido víctima de una ilusión óptica, que anteriormente había asustado a mi primo Ambrose, subí una vez más sobre la parte superior de la biblioteca colocada debajo de la ventana y miré a través del vidrio central, en dirección a la torre que confiadamente pensaba ver irguiéndose entre los árboles, a la pálida luz del sol poniente. Pero cuál no fue mi horror al ver, en lugar del panorama familiar, uno completamente diferente, y completamente distinto a lo que hasta entonces había visto en mi vida. Casi me caí del mueble donde estaba subido, pero aferrándome a él seguí mirando hacia afuera, a aquella escena que nada tenía de terrenal y a aquel cielo que se hallaba cubierto de extrañas y desconcertantes constelaciones, las cuales ninguna conocía, excepto una, muy cercana, que tenía cierta semejanza con la de Hiades, como si ese grupo se hubiese acercado a la Tierra miles y miles de años luz. Y algo se movía allí, en el cielo extraño, y también sobre la tierra, algo con el parecido de enormes seres amorfos, que venían con rapidez hacia mí con intenciones manifiestamente malignas: octópodos grotescos, seres horribles, que volaban mediante enormes alas apergaminadas y oscuras, y que arrastraban una especie de miembros que terminaban en garras.

Con la cabeza dándome vueltas, bajé a duras penas del mueble, pero en seguida, al verme rodeado prosaicamente por el ambiente del estudio, reaccioné; volví a subir y una vez más apliqué mis ojos a ese círculo de vidrio transparente, y vi lo que había esperado ver en un principio, es decir, la torre y los árboles iluminados por el sol poniente. Bajé de allí, lleno de perplejidad y muy pensativo. Podía muy bien atribuir la aparición de la horrenda cabeza a una alucinación, pero ¿cómo explicar lo que había visto a través del vidrio? Comprendí inmediatamente que no podía decir a Ambrose lo que acababa de ver, pues él me creería con toda facilidad y su propio estado quedaría agravado. Si realmente había visto lo que estaba seguro de haber visto, ¿qué lugar, que rincón del universo era tan terriblemente espantoso?

Permanecí unos momentos debajo de la ventana, mirándola de vez en cuando, esperando casi volver a ver aquella horrible metamorfosis, pero nada ocurrió. Finalmente salí de mi contemplación al oír la voz de mi primo que me llamaba para cenar, y contestándole que iba, abandoné el estudio, no sin una última mirada temerosa por encima de mi hombro hacia la ventana, y fui a la cocina, donde Ambrose me aguardaba ante la cena que había preparado.

—¿Encontraste alguna cosa en esos libros? —inquirió.

Algo en su voz me pareció extraño; le eché una mirada y vi que su expresión era, si no hostil, poco amistosa, y adiviné que más convenía no contestar con franqueza a su pregunta. Pero le contesté, sin apartarme de la verdad por cierto, que había leído de aquí y allá, y no podía comprender nada de lo que había leído.

Esto pareció satisfacerle; sin embargo, era evidente que el conflicto interior del cual él mismo

tenía conciencia estaba en pleno desarrollo. Nada más añadí, y él nada me preguntó, y comimos en silencio.

Como ambos estábamos fatigados, nos retiramos temprano esa noche. Yo había resuelto abordar el tema de la venida de Ambrose a Boston para pasar el invierno conmigo, en cuanto se presentara la oportunidad, y vi, por la ligera nieve que había comenzado a caer, que no debía tardar en hacerlo. Sin embargo, no podía hablarle del asunto sin estar seguro de que mi primo no desecharía con ira tal sugerencia, es decir, que debía aguardar a que su hostilidad hacia mi desapareciera.

Reinaba completa tranquilidad, oyéndose sólo el golpear de los copos de nieve contra los vidrios de las ventanas, y no tardé en quedarme dormido. Pero en medio de la noche me despertó lo que creí era el golpe de una puerta al cerrarse. Me incorporé en mi cama y tendí el oído, pero no oí nada más, y pensando que mi primo pudiera haber salido afuera otra vez, me levanté quedamente y atravesé el vestíbulo, dirigiéndome hacia su habitación. Probé el picaporte de su puerta y la encontré abierta, entrando silenciosamente; pero mis precauciones estaban de más, ya que Ambrose había salido. Mi primer impulso fue seguirle, pero esto me pareció imprudente ya que en la nieve él podría ver mis pisadas. Pensé entonces que a la mañana siguiente lo mismo podría seguir yo las suyas, ya que había cesado de nevar. Encendí una cerilla y consulté mi reloj: eran las dos de la mañana.

Estaba por regresar a mi propio dormitorio cuando percibí un ruido… un ruido por demás asombroso: ¡música! Escuché y oí una música como de flautas que acompañaba a una especie de cántico de voz humana. Esto provenía, según me pareció, del Oeste, y abrí un poco la ventana de mi primo, a fin de poder determinar con certeza de dónde provenía, volviendo luego a cerrarla. Más que nunca me sentía impulsado a seguir a mi primo y descubrir lo que hacía, consciente o en sueños, pero la prudencia me detuvo, la prudencia y el recuerdo de lo que había ocurrido a otros entrometidos que en tiempos pasados habían seguido a alguien en los bosques.

Regresé a mi dormitorio y me quedé despierto aguardando el regreso de Ambrose, temiendo que algo pudiera haberle ocurrido. Pero en poco menos de dos horas estuvo de regreso; oí cerrarse la puerta, menos fuertemente esta vez y luego los pasos de mi primo por las escaleras. Entró en su dormitorio, cerrando la puerta detrás de él, después de lo cual volvió a reinar de nuevo el silencio, excepto por algún que otro grito de lechuza de vez en cuando.

A la mañana siguiente me levanté antes que Ambrose. Salí por la puerta del frente, ya que yo había visto que él había partido por la de atrás la noche anterior, y entré en los bosques, donde me puse a buscar sus huellas que, tal como lo había sospechado, llevaban a la Torre de piedra en la antigua isla. Seguí sus huellas con bastante facilidad. Había caído poco más o menos una pulgada de nieve, y sus pisadas estaban perfectamente marcadas. Como ya he dicho, llevaban hasta la torre, y entraban en ella. Allí, gracias a la nieve que había entrado por la abertura que Ambrose había practicado en el techo, era posible ver que sus pisadas no sólo llevaban dentro de la torre, sino que subían por la escalera de piedra hasta la pequeña plataforma superior. Seguí el mismo camino sin vacilar, y no tardé en encontrarme de pie donde Ambrose se había encontrado, y mirando hacia la casa cuya silueta se des tacaba contra el sol levante. Habiendo descubierto la casa, bajé mis ojos en busca de algo que pudiera indicarme lo que mi primo había estado haciendo en la torre, y, al hacerlo, vi unas señales en verdad muy turbadoras sobre la nieve, más allá de la torre. Me quedé mirándolas durante unos momentos, incapaz de determinar lo que

eran, y luego, temiendo lo que pudiera encontrar, descendí las escaleras, dejé la torre y avancé hasta ellas.

Había tres tipos distintos de marcas, y cada una estaba llena de sugestivo horror. Primero había una gran huella en la nieve de aproximadamente cuatro metros de largo por ocho de ancho, que sugería la idea de que alguna criatura elefantina se hubiese detenido allí. Como el aire estaba bastante frío y no se había producido deshielo, pude examinar los bordes de esta depresión y asegurarme de que, fuese lo que fuere lo que se asentó allí, era de una piel suave. El segundo tipo de marca parecía hecho por garras, y sus dimensiones eran aproximadamente de un metro de ancho y sugerían haber sido dejadas por algo que tuviese membranas entre los dedos o garras; y la tercera era una marca siniestra de algo arrastrado sobre la nieve, a ambos lados de las marcas de garras, como si grandes alas hubiesen batido allí. Me quedé un buen rato mirando aquellas marcas con creciente estupefacción, hasta que emprendí el regreso tomando un camino distinto del que había venido, a fin de no dejar nuevas huellas junto a las de Ambrose. Deseaba regresar antes de que mi primo notara mi ausencia y entrara en sospechas.

Ambrose estaba levantado, tal como había pensado que estaría, y sentí alivio al advertir que una vez más era una persona normal. Se hallaba sumamente fatigado, y algo disgustado, diciendo que me había echado de menos, que estaba cansado, cosa que no podía comprender puesto que había dormido profundamente toda la noche, y que sentía como cierta opresión. Además me dijo que, al advertir que yo no estaba, había salido en mi busca, y descubierto que durante la noche habíamos tenido una visita, que llegó a la puerta trasera y se marchó, sin duda, al no poder despertarnos. Comprendí inmediatamente que había visto sus propias huellas sin reconocerlas, por lo que pensé que no habría estado despierto durante su incursión nocturna a la torre.

Le expliqué que había ido a dar un paseo, pues esa era mi costumbre en la ciudad.

—No sé lo que me ocurre —se quejó—. No tengo ánimo siquiera para preparar el desayuno.

—Deja que yo lo prepare —le sugerí, poniendo en seguida manos a la obra.

Consintió con bastante facilidad, y se sentó frotándose la frente con la palma de su mano.

—Me parece haber olvidado algo. ¿Teníamos pensado hacer algo en particular hoy?

—No. Lo que ocurre es que estás fatigado, y nada más.

Pensé que el momento era oportuno para proponerle su visita a mi casa de Boston para el invierno. Por otra parte, yo mismo estaba ansioso de alejarme de allí, teniendo la plena y horrible seguridad de que existía un real peligro para ambos.

—¿No has pensado, Ambrose, que necesitas un cambio de ambiente?

—¡Si apenas acabo de instalarme aquí! —protestó.

—No; me refiero a un cambio momentáneo. ¿Por qué no pasas este invierno en Boston conmigo? Luego, si lo deseas, volveré contigo aquí para la primavera. Si quieres puedes seguir estudiando en el Widener, allí hay conferencias y conciertos, y lo que es más, gente con quien conversar, cosa que te hace falta… a ti lo mismo que a cualquier persona.

Quedó perplejo, pero no se opuso rotundamente a la idea, y tuve la intuición que era una cuestión de tiempo y que terminaría por aceptar. Demostré mi júbilo por la perspectiva, pero guardando cierta cautela, pues sabía que debía tratar de ganar terreno antes de que reapareciera su hostilidad y se opusiera a la idea. Por lo tanto, durante toda la mañana seguí hablando del proyecto, sin olvidar de sugerirle que podríamos llevar con nosotros algunos de los libracos de los Billington para estudiarlos durante el invierno, y finalmente, poco después del almuerzo, consintió

en ir a pasar el invierno en Boston, y una vez decidido se sintió deseoso de partir, y como si su deseo fuese dictado por un sentido de propia seguridad, al anochecer ya hablamos emprendido el camino rumbo a mi casa.

***

A finales de marzo regresamos de Boston, Ambrose con un ansia curiosa y yo con aprensión, aunque debo admitir que excepto unas pocas noches intranquilas al principio, Ambrose se había encontrado bien durante los meses invernales, y nada en su conducta o conversación me había hecho dudar de que no se hubiese repuesto por completo de la opresión que le moviera en un principio a llamarme a su lado. Diré que Ambrose demostró ser muy sociable y gozó de gran popularidad, y que fui yo quien, perdido en aquellos extraños y viejos libros de la biblioteca de Alijah Billington, carecí de las condiciones necesarias para actuar en sociedad. Durante todo el invierno estudié cuidadosamente los libros; había muchos pasajes más, similares a aquellos que he transcrito, así como numerosas referencias a los nombres-clave que había yo llegado a conocer. También había pasajes aparentemente contradictorios, pero en ningún lado existía un informe claro y conciso de un credo básico lo suficientemente explícito como para ser aceptado, ni nada que pudiera explicar a qué se referían aquellas alusiones monstruosas y siniestras deducciones.

Al acercarse la primavera, sin embargo, mi primo se había tornado un tanto inquieto, expresando más de una vez su deseo de regresar a la casa de los Bosques Billington, que, según señalaba, era, después de todo, su « hogar» . Esto contrastaba con su indiferencia en cuanto a ciertos aspectos de los volúmenes manuscritos que yo había intentado discutir con él de vez en cuando durante el invierno. Sólo dos cosas anormales ocurrieron durante el invierno en la vecindad de los Bosques Billington, y de estas se ocuparon a su debido tiempo los periódicos de Boston. Fueron el hallazgo de dos víctimas de aquellas desapariciones ocurridas en la región de Dunwich, descubrimientos que se efectuaron en distintas épocas, uno entre Navidad y Año Nuevo y el otro a principios de febrero. Lo mismo que antes, ambos cuerpos parecían haber caído desde cierta altura, encontrándose destrozados y desgarrados, pero, reconocibles, y en cada caso habían transcurrido varios meses entre la época de la desaparición y la del descubrimiento. Los periódicos se extrañaban que no se hubiera descubierto ninguna petición de rescate, y aseguraban que ninguna de las víctimas tenía razón alguna para abandonar su hogar, y no fue posible encontrar rastro de ellos durante el lapso de tiempo transcurrido tras su desaparición. Uno había sido encontrado en una isla del Miskatonic, y el otro junto a la desembocadura del mismo río. Advertí con qué fascinación mi primo seguía las investigaciones de aquellos dos casos. Leía y releía los relatos periodísticos, como quien piensa que debería conocer el significado oculto de lo leído, pero que no logra, sin embargo, entenderlo del todo.

Esto me había alarmado un poco, por eso al acercarse la primavera y ver que mi primo daba muestras de creciente ansiedad para regresar a la casa que había abandonado, a fin de acompañarme a Boston, volví a sentirme lleno de aprensión, aprensión que se vio prontamente justificada, pues casi en seguida de nuestro regreso, mi primo comenzó a portarse en forma completamente opuesta a su conducta durante su permanencia en mi casa en la ciudad.

Llegamos a la casa del Bosque Billington después de la puesta del sol, una tarde de finales de marzo, tarde suave y agradable, cuyo ambiente estaba saturado de aromas de flores y hierbas. Apenas habíamos terminado de deshacer nuestras maletas, cuando mi primo llegó desde su dormitorio dando muestras de gran agitación. Hubiera pasado a mi lado sin detenerse si yo no le hubiese sujetado por el brazo.

—¿Qué ocurre, Ambrose? —pregunté.

Me lanzó una mirada hostil, pero me contestó con bastante cortesía.

—Las ranas… ¿las oyes? Escúchalas croar —y librando su brazo, añadió—: Me voy afuera a escucharlas… Me están dando la bienvenida.

Supongo que subconscientemente había yo advertido el coro de ranas desde nuestra llegada, pero la reacción de Ambrose resultaba alarmante, y me dejó en extremo angustiado. Adivinando que mi compañía no sería bien venida, no seguí a mi primo; en cambio me dirigí a su habitación y me senté junto a una de sus ventanas que estaba abierta, recordando que era en aquella misma ventana donde Laban había estado sentado un siglo antes, preguntándose lo que harían su padre y el indio Quamis. El estrépito de las ranas era realmente ensordecedor y retumbaba en mis oídos y en la habitación; salía de aquel extraño pantano que se extendía en medio de los bosques, entre la torre de piedra y la casa. Pero mientras me hallaba escuchando aquel clamor ensordecedor, recordé con angustia que en aquellos antiguos documentos manuscritos que había leído se decía que existía un parentesco o relación primordial entre los anfibios terrestres y los « Seres Malignos» y que aquellos entraban en « actividad» en presencia de sus parientes « fuesen estos visibles o no, pues ellos los sienten y dan la alarma» .

Escuché por lo tanto aquel espantoso coro con profunda turbación. Durante todo el invierno me había sentido bastante tranquilo respecto a la conducta de mi primo, que realmente se había normalizado por completo; pero ahora parecía que su cambio había sido instantáneo, y mucho temía que estuviese peor que antes. Y temía eso porque se había producido sin lucha ni desesperación manifiesta. En verdad, Ambrose había parecido complacerse al oír las ranas, y esto me recordó con terrible alarma aquella imprecación en las curiosas « instrucciones» dejadas por Alijah Billington: « *No debe molestar a las ranas ni sapos, particularmente a los escuerzos de los pantanos existentes entre la Torre y la casa, ni a las luciérnagas, ni a los pájaros conocidos por el nombre de chotacabras, por temor a que él abandone sus cerrojos y sus guardias*» . Lo que esta imprecación sugería no era nada agradable mirase como se mirase; si las ranas y las luciérnagas y las chotacabras eran « sus» —de Ambrose, presumiblemente— « cerrojos y guardias» , entonces, ¿qué significaba este clamor? ¿Sería para avisar a Ambrose de que « algo» invisible se hallaba cerca, o de que había algún intruso por allí? Un intruso que sólo podía ser yo…

Me alejé de la ventana y salí resueltamente de la habitación, bajando a la planta baja, y salí afuera, doné se hallaba mi primo de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, su cabeza ligeramente echada para atrás y una extraña luz en los ojos. Iba resuelto a desafiar su placer, pero al verle, mi determinación flaqueó y desapareció, y permanecí a su lado sin decir nada hasta que su prolongado silencio me turbó y le pregunté si disfrutaba de aquel coro en la tarde perfumada.

Sin volverse siquiera me contestó enigmáticamente:

—Las chotacabras no tardarán en cantar también, y las luciérnagas brillarán, y entonces habrá llegado el momento.

—¿De qué?

No me contestó, y yo me alejé. Al hacerlo advertí que algo se movía en la oscuridad que comenzaba a intensificarse junto a la casa. Obedeciendo a un impulso corrí vivamente hacia aquella dirección, y al volver una esquina de la casa, vi a un individuo en extremo andrajoso que desaparecía entre la maleza junto al camino. Le perseguí sin perder un momento, y no tardé en alcanzarlo, cogiéndolo por un brazo, a fin de detener su huida. Era un muchacho joven de tal vez unos veinte años, que trataba desesperadamente de libertarse.

—¡Déjeme partir! —casi sollozó—… ¡No hice nada!

—¿Qué estabas haciendo? —le pregunté con severidad.

—Sólo quería ver si Él estaba de regreso. Y le vi. Decían que había vuelto.

—¿Quién?

—¿No oye acaso? Las ranas…

Yo estaba turbado, e involuntariamente le apretaba cada vez más fuerte el brazo, hasta que el joven se puso a gritar de dolor. Aflojando un poco mi mano, le pregunté su nombre prometiéndole libertarlo.

—¡Pero no se lo diga a él! —rogó.

—No se lo diré.

—Soy Lem Whately.

Le solté, y se precipitó en seguida fuera de mi alcance, creyendo, evidentemente, que yo seguiría persiguiéndole. Pero, viendo que no me movía, vaciló, a unos veinte metros de distancia, se volvió, y regresó precipitadamente, sin hacer ruido. Me cogió por la solapa de mi chaqueta y en voz baja me dijo:

—Usted no parece ser uno de *ellos*… Es mejor que salga, de aquí antes de que ocurra algo.

Y luego se alejó de nuevo, desapareciendo esta vez bajo la maleza y entre las tinieblas del bosque. Detrás de mí el clamor de las ranas seguía en proporciones ensordecedoras, y me sentí satisfecho de que mi habitación estuviera orientada hacia el Oriente, es decir, al otro lado, del pantano. Aun así, el coro aquel se oiría bastante. Pero las palabras de Lem Whately retumbaban en mis oídos tan fuerte como aquel clamor, lo que despertaba una sensación de un terror absurdo dentro de mí, terror que siempre está en acecho cuando un hombre se enfrenta con lo desconocido, y está intrincadamente ligado al deseo de huida ante lo inexplicable. Conseguí, después de algunos minutos, aquietar ese terror, y también el impulso de atender la súplica de Lem Whately, y me volví hacia la casa, dando vueltas y más vueltas en mi mente al problema de la gente de Dunwich, pues este nuevo episodio, añadido a todo lo demás, servía para convencerme de que alguna otra clave para explicar lo que estaba ocurriendo aquí podría encontrarse entre aquella gente, y, si podía conseguir que mi primo me prestase su auto, sería interesante proseguir las investigaciones en aquella región.

Ambrose aún seguía donde le había dejado; no parecía haber notado mi ausencia, por lo tanto decidí no molestarlo más y entré en la casa, donde no tardó en reunirse conmigo.

—¿No te parece que es un poco temprano para que las ranas croen en esa forma? —pregunté.

—Aquí no —contestó secamente, como queriendo poner punto final al asunto.

Yo no tenía deseo alguno de continuarlo, pues sentía como si mi primo se convirtiese ante mis propios ojos en un ser cada vez más extraño, cuya hostilidad se despertaba con extremada facilidad, y que podía en cualquier momento despedirme de su casa. Con gusto me hubiera yo alejado de ella, pero mi deber me imponía permanecer a su lado todo el tiempo que fuera posible.

Aquella velada pasó en medio de un silencio molesto, y aproveché la primera oportunidad para retirarme a mi dormitorio. El instinto me advertía que valía más que a aquellas horas no me pusiera a estudiar los viejos libros de la biblioteca, por lo tanto tomé el periódico del día anterior que había comprado en Arkham, y me instalé en mi cuarto para leerlo. Pero no fue una elección muy acertada, ya que el periódico contenía un comentario anónimo, en la página editorial, en un espacio consagrado a cartas de los lectores, donde se decía que una mujer anciana en Dunwich había sido despertada varias veces durante la noche por la voz de Jason Osborne. Ahora bien, Osborne era una de las víctimas desaparecidas cuyos cuerpos habían sido encontrados durante el invierno; había desaparecido poco antes de mi llegada a casa de Ambrose la primera vez; y la autopsia demostró que Osborne fue sometido a grandes cambios de temperatura donde había estado; pero que, aparte de eso y el extraño desgarramiento de su carne, nada se había descubierto que pudiera indicar la causa de su muerte.

La carta anónima no había sido escrita por una persona de gran educación, y aseguraba que el cuento de la anciana había sido «acallado» porque «parecía increíble», y proseguía algún tiempo describiendo cómo la anciana se había levantado y contestado y buscado en vano la procedencia de la voz que había oído con tanta claridad, decidiendo, finalmente, que venía de algún lado «junto a ella, o del espacio, o tal vez del mismo cielo».

Esta lectura me fascinó por varias razones. En primer lugar era curiosamente paralela a la conclusión a menudo repetida de que no sólo el cuerpo de Osborne, sino los que le habían precedido, parecían «haber sido dejados caer de cierta altura»; en segundo lugar, implicaba una vez más a Dunwich en el problema; y finalmente añadía una especie de indirecta corroboración a toda la estructura del asunto desde las conjuraciones de Alijah Billington y las siniestras referencias a algo que había sido «llamado del cielo» hasta los acontecimientos de fecha reciente. Pero al mismo tiempo que me impresionaba como algo de valor en el laberinto en que andaba yo, tenía la impresión también de una creciente sensación de malignidad, como si hasta los muros me observasen, y que la casa toda aguardara cualquier movimiento mío para echárseme encima. Además, noté que lo que acababa de leer turbaba mi tranquilidad, impidiéndome conciliar el sueño, y permanecí largas horas escuchando el clamor de las ranas, los movimientos inquietos dé mi primo en su habitación, aguzando el oído para escuchar algo y oyendo —¿sería en sueños o despierto?— ruido como de grandes pasos de algo que caminaba debajo la tierra y en los cielos.

Las ranas croaron toda la noche, y se aquietaron al amanecer, cuando sólo siguieron turbando la tranquilidad alguna que otra vez aislada. Cuando por fin me levanté y vestí, me hallaba aún fatigado, pero siempre estaba firmemente decidido a visitar Dunwich en cuanto pudiera hacerlo.

Por lo tanto, inmediatamente después del desayuno rogué a mi primo me prestara su auto alegando tener necesidad de ir a Arkham. Consintió en seguida, y, pensé con una sensación de alivio que se ponía alegre, alegría que se acentuó cuando le dije un tanto vacilante que era posible

que estuviera ausente el día entero. Me acompañó hasta el auto insistiendo en que permaneciera en Arkham todo el tiempo que quisiese, y que utilizara su auto cuanto me fuera necesario.

A pesar de la impulsividad de mi decisión, tenía mí objetivo inicial bien determinado. Y era aquella misma anciana señora Bishop cuya conversación, curiosamente indirecta, mi primo me había resumido en una de nuestras primeras charlas, y que en sus palabras incoherentes había hablado de Nyarlathotep y Yog-Sothoth. Por lo que Ambrose había anotado sobre el dorso de un sobre entre los papeles que me había permitido ver, me pareció que encontraría su casucha sin dificultad y sin necesidad de detenerme para preguntar mi camino. Además, ya que, con el relato de mi primo, aquella mujer era supersticiosa y astuta, la abordaría tan indirecta mente como me fuese posible en un esfuerzo para sonsacarle algo que tal vez se negara a decir en otra forma.

Encontré el lugar con tanta facilidad como había esperado. La casucha baja, pintada de blanco con su alero inclinado, y junto al arroyo, correspondía perfectamente a la descripción que de ella me hizo mi primo; además, el nombre de Bishop estaba groseramente grabado sobre la puerta, lo que desvaneció cualquier duda que pudiera abrigar. Sin vacilar llamé a la puerta.

—¡Adelante! —me contestó desde dentro una voz cascada.

Entré, encontrándome, tal como le había ocurrido a mi primo, en una habitación oscura. Conseguí, sin embargo, localizar bastante pronto a la anciana, y vi que sobre sus faldas tenía un gato negro de regular tamaño.

—Siéntate, extranjero.

Obedecí a su invitación, y sin dar mi nombre le pregunté:

—Señora Bishop, ¿oyó usted las ranas en los Bosques Billington?

Sin vacilar contestó:

—¡Ay sí, las oí! ¡Y sé que los están llamando a Ellos que están Afuera!

—Usted sabe lo que eso significa, señora Bishop.

—¡Ay, y también lo sabes tú, según advierto por tu tono! ¡Ay, el Amo está de regreso! Yo sabía que iba a venir cuando la casa fue vuelta a abrir. El Amo estaba aguardando, y aguardó mucho tiempo. Ahora ha regresado, y las Cosas también han regresado, quebrando y despedazando, y haciendo sólo Dios sabe cuántas cosas más. Yo soy una vieja, extranjero, y no me queda mucho tiempo de vida, pero espero no morir en esa forma. ¿Quién te ha mandado venir y hacerme estas preguntas, extranjero? ¿Eres tú uno de ellos?

—¿Tengo acaso las marcas? —pregunté.

—No, eso no. Pero ellos pueden venir en cualquier forma, ya sabes eso —su voz comenzó a sacudirse por la risa y de pronto volvió a serenarse—. El Amo vino con ese mismo vehículo… ¡tú vienes de casa del Amo!

—De casa del Amo, pero no de su parte —contesté vivamente.

La vieja pareció vacilar.

—¡Yo no hice ningún daño! No fui yo quien escribió esa carta. Fue Lem Whately, que estuvo escuchando conversaciones que no debía.

—¿Cuándo oyó usted a Jason Osborne?

—Diez noches después que se lo llevaron, y luego doce noches más tarde, y la última vez cuatro noches antes de que le encontraran… Le oí con toda claridad, como si estuviese ahí, donde estás tú extranjero, y demasiado bien conocía la voz de Osborne como para no reconocerla al

oírla.

—¿Y qué dijo?

—La primera vez era como un canto…, y pronunciaba palabras que jamás he oído, palabras extrañas. La última vez se parecía a una plegaria. Y la vez del medio eran palabras de ese idioma que Ellos emplean, y que no es para los mortales.

—¿Y dónde estaba él?

—Afuera. Estaba Afuera con Ellos, antes de que Ellos estuviesen listos para comerlo.

—Pero no fue comido, señora Bishop. Se le encontró.

—¡Ay! —rio—. ¡No es siempre carne lo que Ellos quieren, sino el espíritu, o lo que sea que hace que un hombre piense y razone!

—La fuerza de la vida…

—Llámalo como quieras, extranjero. Eso es lo que Ellos quieren, los demonios. ¡Ay!, encontraron a Jason Osborne… todo desgarrado dicen, pero estaba muerto, ¿verdad? Estaba muerto y Ellos se habían satisfecho con él, y le habían llevado con Ellos donde iban…

—¿Y dónde es eso, señora Bishop?

—Aquí y allí, extranjero. Están aquí todo el tiempo, alrededor nuestro, pero no los podemos ver… pero Ellos nos escuchan a lo mejor, y Ellos aguardan en la puerta a que el Amo les llame como los llamó antes. ¡Ay, regresó!, regresó después de doscientos años, tal como había dicho mi abuelo que regresaría, y Los libertó de nuevo, y Ellos están volando, arrastrándose y nadando por doquier. Ellos saben dónde están las puertas, y reconocen la voz del Amo, pero él aún no está seguro de Ellos, a menos que sepa todos los signos y los encantamientos de los cerrojos. Pero él los sabe, el Amo los sabe. El conocimiento le viene de lejos.

—¿De Alijah?

—¿Alijah? —rio siniestramente la mujer—. ¡Alijah sabía más que un hombre mortal! Nadie puede decir lo que sabía. Él podía llamarlo y hablarle y Él jamás se apoderó de Alijah. Alijah Le encerró y partió. Alijah le encerró… y encerró también al Amo allí afuera, cuando el Amo estaba listo para regresar después de tantos años. No son muchos los que lo saben, pero Misquamacus lo sabía. El Amo andaba por la tierra y nadie le conocía, pues su rostro se cambiaba en muchos otros. ¡Ay! Su rostro se asemejaba ya al de Whately, al de Doten, al de Giles o al de Corey, y se sentaba entre los Whately, entre los Doten, los Giles y los Corey y todos creían que era uno de ellos… Comía y dormía entre ellos y conversaba con ellos, pero tan grande era él en su poderío que aquellos de quienes se posesiona se debilitaban y se morían, incapaces de contenerle. Sólo Alijah dominó al Amo, le dominó más de cien años. —Volvió a dejar oír su horrible risa, y tras un momento, serenándose de nuevo, prosiguió—: Sé todo eso, extranjero, lo sé. Pero nada puedo… Los oigo hablar allí Afuera, oigo lo que dicen, y si bien no puedo comprender las palabras sé lo que dicen. Yo nací con el momento, y puedo oírlos a Ellos allí Afuera.

A esta altura de la entrevista ya había yo podido comprender el punto de vista de mi primo. Era evidente que aquella mujer poseía un cúmulo de conocimientos secretos, y noté en su actitud aquella especie de superioridad casi desdeñosa de la que Ambrose me había hablado. Estaba convencido de que poseía conocimientos ocultos y prohibidos, y lamentaba no poseer la clave principal que me permitiera comprender el verdadero significado de sus palabras.

—Ellos aguardan para regresar de nuevo e invadir la Tierra toda… Aguardan por doquier…

dentro de la tierra, debajo del agua lo mismo que Afuera y el Amo los está ayudando.

—¿Vio usted alguna vez al Amo? —no pude menos de preguntar.

—Jamás puse mis ojos en él. Pero sí en la forma que tomó. Ninguno de nosotros ignora que ha vuelto. Conocemos todos los signos. Ellos se apoderaron de Jason Osborne, ¿verdad? Ellos vinieron para apoderarse de Lew Whately, ¿verdad? ¡Y Ellos volverán! —añadió sombríamente.

—Señora Bishop… ¿quién era Jonathan Bishop?

Volvió a dejar oír su risita carente de alegría.

—¡Vaya con la pregunta! ¡Mi abuelo! Llegó a conocer ciertos secretos y creyó que los conocía todos… y comenzó a llamarlo… y Lo envió tras quienes le espiaban… Pero él no era tan sabio como el Amo, y algo se apoderó de él como se había apoderado de los otros. Y se dice que el Amo nada hizo por ayudarle, alegando que era débil y que no tenía derecho de impetrar las piedras o llamar a las Colinas y atraer aquellas endemoniadas Cosas sobre nosotros, haciendo que el odio reinara en Dunwich… y que los Corey y los Tyndal odiaran a los Bishop…

Todo lo que la vieja decía tenía horrible significación. Las cartas de Bishop a Alijah Billington daban fe de lo que ella decía ahora. Por otra parte, los periódicos atestiguaban la desaparición y el posterior hallazgo de Wilbur Corey y Jedediah Tyndal, pero no hacían la más leve sugerencia de que estos dramas tuvieran alguna relación con Jonathan Bishop. Pero las cartas de Bishop, que sin duda nadie había visto en su época, excepto Alijah, relacionaban aquellos hechos con él, y ahora la anciana ante mí admitía con toda calma que los Corey y los Tyndal odiaban a los Bishop, corroborando así la participación de su abuelo en aquellas dos desapariciones enigmáticas. Me sentía considerablemente turbado, y tenía plena convicción de que si hubiera tenido los conocimientos adecuados, hubiera sacado muchas más conclusiones de las palabras que pronunciaba aquella vieja. Además, tenía la intuición de algo que se percibía en su risa odiosa y que parecía hasta tener una consistencia casi tangible dentro de aquella habitación… Que aquella mujer poseía un conocimiento que parecía provenir de los tiempos idos y que abarcaba los tiempos futuros, algo horrible, malvado, que acechaba en las tinieblas en espera del momento de caer sobre todo lo viviente.

—¿Usted conoció a su abuelo?

—No. Pero sé lo que decían de él… Lo he sabido desde siempre. Era listo, sí, pero no lo suficiente, y, según dicen, un conocimiento incompleto es peligroso. Fue al círculo de piedras y Lo llamó. Y El vino y vino Algo más también, y se lo llevaron a él… Y luego, el Amo les hizo volver a salir a Aquello y a los Demás… Allí, Afuera, pasando por entre el círculo. —Volvió a reír—. ¿No sabes lo que corre, allí arriba, más allá de la Colina, extranjero?

Abrí mi boca a fin de aventurarme con uno de aquellos nombres-clave que habían aparecido en los viejos libros tan frecuentemente; pero ella me hizo callar, muy alarmada.

—¡No pronuncies sus nombres, extranjero! Si Ellos están escuchando, tal vez se acerquen más al oírte y te seguirán… A menos que tengas el Signo.

—¿Qué signo?

—El Signo de protección.

Recordé que mi primo me había dicho que los dos individuos a quienes se había dirigido en su incursión a Dunwich le habían preguntado si tenía el Signo. Sin duda se trataría del mismo « signo» , aunque aparentemente había alguna discrepancia. Lo pregunté a la anciana.

—Ellos se referían a otro Signo. Son unos tontos, no saben lo que eso significa; no les importa

lo que pueda ocurrir: ellos creen que se enriquecerán y serán todopoderosos, pero el Signo no es lo que ellos creen que es. AAquellos de Afuera no les importa hacer rica a la gente; lo que les importa es volver, volver para matarnos… para matarnos cuando estén listos. Pero Ellos no tendrán poder alguno sobre quienes lleven Su Signo, a menos que sean tan poderosos como el Amo. Entonces uno pertenece a Ellos, eso lo sé. Oí gritar a Jason Osborne la noche en que se lo llevaron, y Sally Sawyer, que atiende la casa de mi primo Seth, oyó un ruido como de tablas arrancadas cuando la Cosa entró en la casucha de Osborne a buscarlo, y lo mismo ocurrió con Lew Whately. La señora Frye ha visto las huellas, dice; huellas más grandes que las de un elefante… y al lado otras extrañas, como si hubiesen sido dejadas por alas… Pero todos se rieron de ella, diciéndole que había estado soñando, y cuando los llevó allí para enseñárselas… no quedaba ninguna…

Confieso que se me había puesto la carne de gallina y que un frío sudor me inundaba el cuerpo. La mujer hablaba con tal intensidad que ni siquiera parecía percatarse de mi presencia; evidentemente, todo lo que ella había oído, unido a lo que había aprendido por sí misma, la hacían hablar interminablemente sobre aquellos horribles y misteriosos acontecimientos de la región.

—Y lo peor de todo es que no se les ve para nada, pero se sabe cuándo están cerca por el olor, el olor más asqueroso que uno pueda concebir… ¡Como algo que saliera directamente del infierno!

A pesar de que oía y comprendía sus palabras, en realidad ya no escuchaba con atención. Algunas de las cosas que había dicho comenzaban a tomar forma, y una forma tan sugestiva que me helaba de espanto. Aquella mujer parecía reverenciar al « Amo» y se había referido a él como si tuviera más de doscientos años de existencia: Ahora bien, no podía referirse a Alijah Billington; por lo tanto, era a Richard Billington, o mejor dicho a esa persona sobre quien escribiera el Rev. Ward Phillips y a quien amaba « cierto Richard Bellingham o Bollinham» .

—¿Por qué otro nombre conoce usted al Amo? —pregunté.

La mujer se tornó en seguida desconfiada.

—Nadie conoce Su nombre, extranjero. Puedes llamarlo Alijah si así lo deseas, o puedes llamarle Richard, o puedes darle otro nombre si te place. ElAmo vivió aquí algún tiempo y luego partió para vivir Afuera. Regresó de nuevo, y volvió a partir Afuera otra vez. Y ahora ha vuelto a venir. Yo soy una vieja, extranjero, y toda mi vida he oído hablar del Amo, y he estado aguardándole todos los años de mi vida, pues sabía que algún día regresaría. El no tiene nombre, no tiene lugar, viene y se va, sin preocuparse del tiempo.

—Debe de ser muy anciano.

—¿Anciano? —rio la mujer—. ¡Es más anciano que yo… más anciano que esta casa, más anciano que tú… y que los tres juntos! Un año es un suspiro para él, y diez, el tictac de un reloj.

Hablaba en enigmas que no podía penetrar. Pero una cosa parecía clara: el rastro que conducía a Alijah Billington y sus actividades llevadas más lejos en el pasado, tal vez aún más lejos que la época de Richard Billington. Entonces, ¿qué era lo que hacía Alijah en realidad? Y ¿por qué había partido tan precipitadamente de su tierra natal para regresar a Inglaterra, de donde vinieran sus antepasados tantas décadas antes? La primera suposición, me había parecido tan evidente que la había aceptado sin discusión, era que Alijah se había alejado, después de despedir al indio Quamis, a fin de evitar futuras complicaciones en las cosas fantásticas y terribles que ocurrían por los alrededores. Pero ahora esa suposición no me parecía tan acertada.

Si no se había alejado por ese motivo, ¿qué era lo que lo había hecho huir? No había nada que demostrara que las autoridades acusaran a Alijah, ni remotamente, de los dramas del vecindario, es decir, de las extrañas desapariciones y aún más extraños hallazgos.

La anciana permanecía callada. Oíase el tictac de un reloj en algún lado. El gato, que continua sobre las rodillas de la mujer, se incorporó y, arqueando su espinazo, saltó al suelo.

—¿Quién te ha enviado aquí, extranjero? —preguntó de pronto.

—Nadie me envió. Vine solo.

—Viniste con alguna razón. ¿Perteneces a los hombres del Sheriff?

Le aseguré que no.

—¿Y no llevas el Signo Mayor?

Nuevamente le contesté con la negativa.

—Ten cuidado por dónde caminas, ten cuidado con lo que hablas, de lo contrario, Ellos, los de Afuera, te verán y te oirán, O te verá el Amo, y al Amo no le agrada que se hagan preguntas o que se espíe demasiado, y cuando al Amo no le agrada algo, el Amo llama Aquello del Cielo o de las Colinas, sea lo que fuere.

No pude menos de pensar que, desde el principio de nuestra conversación, jamás había yo abrigado la menor duda acerca de la sinceridad de aquella mujer. Ella creía con toda sencillez lo que decía; tal vez no entendiera completamente ella misma las implicaciones de sus palabras, pero sí creía en alguna fuerza desconocida que se manifestaba en distintas formas, y que era maligna para la raza humana. A veces hablaba casi religiosamente, y yo me sorprendí un poco al enterarme, por otras preguntas mías, que era «congregacionalista», a pesar de que no iba muy a menudo a la iglesia, y que su creencia en Dios era firme, creencia que, evidentemente, no era incompatible con su temor de los seres extraterrenos que en sus pensamientos tenían una existencia tan vívida y terrible.

Cuando por fin me despedí de ella, estaba convencido de que tanto mi primo como yo estábamos nadando sin rumbo en aguas negras y profundas. La leve esquizofrenia que afectaba a mi primo cuando se hallaba en su casa y sus bosques complicaba aún más el asunto, y era evidente que debía volverme hacia otro lado en demanda de ayuda, o bien fracasar miserablemente en mi intento. Yo mismo me encontraba ahora en un estado mental como para que pudiera resultar juguete de alucinaciones. En verdad, me encontraba muy alerta, posiblemente debido a alguna esperanza instintiva de que algo ocurriría esa noche.

La velada comenzó como había comenzado la anterior, es decir, con el infernal coro de las ranas, que por momentos se tornaba ensordecedor. El sol apenas se había puesto y yo aún no me había retirado a mi habitación cuando comenzó aquel clamoroso coro. Mi primo aparentó no oírlo, y yo no hablé del asunto, no sabiendo cómo reaccionaría si proseguía con el tema que habíamos abordado la noche anterior. Pero, en el santuario de mi dormitorio, seguí oyendo el clamor, aunque un poco más apagado allí.

Sin embargo, estaba decidido a no permitir que mi imaginación divagara y, con premeditada deliberación, tomé un libro que siempre me acompañaba en mis viajes: *El viento entre los sauces*, de Kenneth Grahame, y comencé a leer de nuevo las aventuras de aquellos deliciosos personajes: el Topo, el Sapo y la Rata, disponiéndome a disfrutar como de costumbre con aquella lectura, y, en un tiempo relativamente corto, si se considera el ambiente que me rodeaba y los

incidentes acaecidos desde que llegué a la casa en contestación a la desesperada llamada de mi primo, me encontré perdido en medio de una agradable campiña inglesa, junto a aquel río eterno que corre a través del país de los inolvidables personajes de Grahame. Leí mucho rato, y a pesar de que ni un solo momento dejé de tener conciencia del croar de las ranas, seguí perdido en mi lectura. Cuando finalmente dejé mi libro, sería aproximadamente la medianoche, y la luna se había ya trasladado al occidente. Apagué la luz de mi cuarto, pues mis ojos se hallaban un poco fatigados, pero no sentí deseos de acostarme aún, y me quedé sentado, reflexionando una vez más en los enredos del problema Billington.

Mientras estaba tratando de encontrar alguna solución al problema, oí que la puerta del dormitorio de mi primo se abría y que este salía al vestíbulo, y desde allí podía ver parte del lugar por donde Ambrose tendría que pasar para llegar al lindero del bosque, que se encontraba entre la casa, el pantano y la torre. Le vi caminando y de nuevo sentí deseos de correr detrás de él. Pero me contuve por más de una razón: me embargaba algo bastante parecido al temor; no tenía yo ninguna seguridad de que mi primo estuviese caminando en sueños en ese momento como lo había hecho otras noches; era muy posible que se encontrara despierto, y sin duda alguna le disgustaría que yo siguiera sus pasos.

Permanecí un rato indeciso y luego decidí que podía asegurarme de si Ambrose se dirigía o no a la torre por el sencillo expediente de bajar al estudio, subir sobre la biblioteca y mirar por el círculo de vidrio transparente de la ventana coloreada desde la cual podría verse la torre a la luz de la luna, cerciorándome así si Ambrose aparecía o no por la abertura del techo. Cuando llegué a esta conclusión, Ambrose ya había tenido tiempo suficiente de llegar a la torre, por lo tanto, sin vacilar más, bajé en la oscuridad, ya que me había familiarizado bastante con la casa durante mi permanencia, y entré directamente al estudio.

Eché una mirada a la ventana y quedé algo sobrecogido, pues, a causa de la brillante luz de la luna, los vidrios coloreados y circulares parecían girar extrañamente, como si tuviesen vida propia. Pero me sobrepuse a aquella impresión y subí sobre la biblioteca, tal como lo había hecho antes, y apliqué mis ojos al círculo de vidrio del centro.

He descrito antes el efecto de extraña ilusión que había experimentado al mirar a través de ese vidrio en otra ocasión. El efecto, ahora, era también extraño, aunque a primera vista no tenía apariencia de ser ilusión, sino más bien de una indebida exageración, pues el panorama que se presentó a mis ojos era el que esperaba ver, pero lo vi bajo una luz que parecía ser más brillante que la de la luna, aunque de matiz similar, es decir, que todo estaba bañado por su resplandor blancuzco, que alteraba sutilmente las formas, los colores y las sombras, convirtiéndolo todo en algo singular y extraño; y en medio de ese panorama se erguía la torre, sólo que ahora parecía mucho más cercana de lo que me pareciera antes… como si se encontrara al borde mismo del bosque. Y, sin embargo, las proporciones y perspectivas eran exactas, de modo que tenía yo a un mismo tiempo la impresión de estar viendo la escena a través de una lente de aumento y la convicción de que todo estaba como debía estar.

Mi atención, sin embargo, no se centró en las perspectivas, ni siquiera hacia la luz que todo lo bañaba en forma tan insólita, sino en la torre en sí. A pesar de la hora (ya era pasada la medianoche), vi con toda claridad que mi primo estaba de pie sobre la pequeña plataforma en que terminaban las escaleras de piedra dentro de la torre. Se le veía la mitad del cuerpo, y cuando por primera vez mis ojos le vieron, se hallaba con los brazos extendidos al cielo, hacia el

oriente, donde a esa hora brillaban las estrellas y constelaciones de las noches de invierno, muy cercanas al horizonte: Aldebarán, de las Híades, parte de Orión, y algo más arriba, Sirio, Capela, Cástor y Pólux, así como el planeta Saturno. Veía a mi primo con mucho mayor claridad —de ello me percaté más tarde— de lo que hubiera debido verle, dada la distancia a que se hallaba y la hora que era, pero en ese momento eso no se me ocurrió, pues otras cosas, horribles y espantosas ocupaban mi atribulado espíritu.

¡Pues mi primo Ambrose no se hallaba solo!

Extendíanse sobre él como una excrecencia —ninguna otra palabra me parece apropiada— que parecía no tener principio ni fin sino que parecía estar en un estado de fusión y sin embargo, daba la inequívoca impresión de estar viva, una excrecencia que al mismo tiempo tenía cierto parecido con una serpiente, un murciélago y algún enorme monstruo amorfo que se hallaba aún en ese estado indefinido de los seres en los comienzos del mundo, cuando aún no habían cobrado su forma definitiva. No era esto lo único visible a mis ojos, pues todo alrededor de Ambrose, sobre el techo de la torre y en el aire, encima de ella, había cosas imposibles de describir. Sobre el techo, a cada lado de mi primo, hallábanse dos seres semejantes a sapos enormes que parecían cambiar de apariencia constantemente, y de los cuales emanaba —no podía distinguir por qué medios— un horrendo ulular, como un sonido de ranas que había llegado al paroxismo de la cacofonía. Y en el aire, alrededor de Ambrose, veíanse enormes criaturas viperinas con cabezas curiosamente contorsionadas y garras grotescas, cuyos miembros parecían estar unidos por grandes alas apergaminadas y oscuras, de dimensiones monstruosas. En verdad, aquel espectáculo era tan increíble que por un momento creí haber perdido el sentido, y que mi preocupación por los problemas de los Bosques Billington y los acontecimientos acaecidos en aquel lugar en épocas pasadas me habían afectado en tal forma que era lógico que esta alucinación se me hubiese presentado. Pero comencé a decirme que, puesto que podía razonar normalmente, las cosas que veía tenían una existencia completamente independiente de mi imaginación.

Además, había allí, junto a la torre, un constante flujo y reflujo; los seres alados con cierta semejanza a murciélagos se veían a veces y otras desaparecían como si el aire mismo se los tragase; los amorfos tocadores de flauta sobre el techo transformábanse ya en seres enormes y monstruosos, ya en cosas pequeñas y enanas, y la extensión en el espacio ante mi primo, que he descrito como una excrecencia, era tan odiosa en su fluidez que no podía quitarle los ojos de encima, convencido como estaba de que en cualquier momento esta ilusión y todo lo demás pasaría, y que la escena tornaría a ser el paisaje tranquilo, iluminado por la pálida luz de la luna, que yo había esperado ver. Al describir esa cosa como «fluida» sé que no doy una idea adecuada de ella y que me resultará difícil describir lo que ocurrió ante mis ojos horrorizados e incrédulos. Pues la *Cosa*, que primero me pareció como una extensión en el espacio, con su punto focal ante mi primo Ambrose, se transformó sucesivamente en una gran masa amorfa, que luego pareció cubrirse de escamas, como ciertas serpientes, con innumerables tentáculos que se extendían y contraían constantemente y cambiaban de forma. Una cosa horrible, oscura, con enormes y abiertos ojos rojos que no guardaban proporción con su cuerpo… una monstruosidad que parecía un pulpo por su cuerpo pequeño en relación a sus miles de tentáculos cientos de veces mayores que él, y cuyos extremos se perdían en la distancia, mientras que en su purpúreo

cuerpo se abría un ojo enorme, fijo en mi primo, y debajo del cual se abría una boca monstruosa de la cual salía una especie de terrible rugido, al oír el cual los tocadores de flauta y el coro de ranas del pantano aumentaron su música salvaje hasta llegar a un volumen insoportable. En eso la voz de mi primo emitió unos sonidos ululantes que llegaron a mis oídos como una horrible burla de algo inferior a lo humano, y me llenaron de tal terror como no había conocido jamás. Entre los horrendos sonidos que salían de su boca, pronunció uno de aquellos temidos nombres que tan a menudo había yo encontrado en los libros: *¡N'gai, n'gha'ghaa, y'hah-Yog-Sothot!* Esto provocó tan bestial tumulto, que pensé que el mundo entero le oiría, y me alejé un poco de la ventana sobrecogido de espanto y una vez más embargado por la sensación de malignidad que se precipitaba sobre mí. Me tambaleé y caí al suelo de rodillas.

Un instante permanecí en esa postura, mientras recobraba un poco el dominio sobre mis sentidos; luego me puse de pie, tembloroso, y escuché, temeroso de los sonidos que pudieran llegar hasta mí, pero nada oí, y ahora, profundamente turbado e incapaz de comprender lo que había ocurrido, volví a subir sobre la biblioteca a pesar del poderoso deseo que sentía de huir. Mis pensamientos eran caóticos; me parecía que había sido víctima de una increíble y pavorosa alucinación; sentía la imperiosa necesidad de mirar una vez más hacia la torre de piedra en el bosque. Así, violentado por dos fuerzas opuestas, una que me empujaba hacia adelante y la otra que me retenía, volví a ocupar una vez más mi posición anterior, y abrí lenta, y atemorizadamente mis ojos.

Vi la torre y el bosque iluminados por la luna, y vi la luna también, descendiendo hacia el Oeste, y ante una de las estrellas lo que parecía ser una temblorosa estela de niebla que desapareció…, pero de la escena anterior ¡nada, absolutamente nada! La torre se erguía desierta, y a pesar de que el coro de ranas seguía oyéndose en rítmica cadencia, todos los demás sonidos habían cesado; no había nada sobre la torre ni en derredor de ella, y de mi primo no se veía ni señales. Permanecí un momento con mi rostro pegado al vidrio, mirando incrédulo afuera; luego pensé que mi primo debía de estar ya de vuelta, y cerca tal vez de la casa, pues había perdido la noción del tiempo, y me retiré precipitadamente, con una última mirada rápida, furtiva y aprensiva hacia afuera.

Me dejé caer suavemente al suelo, y, saliendo del estudio, subí rápidamente las escaleras y entré en mi cuarto. Apenas había llegado allí que oí el ruido de la puerta de abajo y los pasos de mi primo que se acercaba. Pero tendiendo el oído advertí, asombrado, que eran pasos de más de una persona. Pasos lentos, arrastrados… y luego oí voces que murmuraban al pie de la escalera.

—¡Mucho tiempo! —dijo una voz gutural, pero que a pesar de ello reconocí como la de mi primo Ambrose.

—Sí, Amo.

—Me encuentras cambiado.

—No… excepto en tu rostro y vestimenta.

—¿Fuiste lejos?

—Hasta Mnar y Carcosa. ¿Y tú, Amo mío?

—Estuve en muchos lugares, y con muchos rostros. En el tiempo pasado y en el futuro. Habla quedamente, pues aquí hay peligro. Hay alguien de afuera, aunque de mi sangre, entre estos muros.

—¿Iré a dormir?

—¿Lo necesitas?

—No.

—Descansa entonces y aguarda. Por la mañana todo será como siempre.

—Sí, Amo mío. Cuando me necesites, me encontrarás en la alcoba junto a la cocina, como antes.

—Un momento. ¿Conoces tú el año, según lo miden los hombres?

—No, Amo. ¿Tardé mucho? ¿Dos años? ¿Diez?

Ambrose dejó oír una risita sofocada que me heló la sangre.

—¡Un suspiro de tiempo! ¡Más de veinte veces diez! Grandes cambios han sobrevenido, tales como los Ancianos los predijeron, y nos lo dejaron saber. Tú los verás.

—Buenas noches, Amo.

—Buenas noches, sí. ¡Cuánto tiempo transcurrido desde la última vez que me las deseaste aquí! Descansa bien, pues tenemos mucho trabajo que hacer para Ellos y para abrir el camino.

Se hizo el silencio y oí los pasos lentos de mi primo que subía la escalera. Le oí avanzar con toda calma, y lo normal de aquel sonido me pareció espantoso y tanto más terrible debido a su misma normalidad después de lo que había visto —si es que en verdad había visto algo— a través de la ventana del estudio, y después de la conversación que me había llegado del pie de la escalera —si es que realmente había oído aquel sugestivo diálogo, pues comenzaba a dudar de mis sentidos. Mi primo cruzó el vestíbulo y entró en su habitación, cerrando su puerta. Un momento más tarde oí crujir su cama y luego todo quedó tranquilo.

Mi impulso inicial fue la huida inmediata; pero al hacerlo despertaría las sospechas de mi primo sin satisfacer su hostilidad, y además sería imposible. Pero junto con el impulso me vino una reacción secundaria: el sentimiento de que estaba abandonando a Ambrose. Fuera lo que fuese lo que ocurriese, a mí sólo me quedaba hacer una cosa: ir cuanto antes a ver al doctor Harper de nuevo, y exponerle en orden cronológico todo lo que había ocurrido, reproduciendo o copiando, si era necesario, los documentos de la biblioteca de mi primo. A esta hora, ya muy pasada la medianoche, tenía poco valor para iniciar semejante trabajo; pero estaba persuadido que debía ser hecho. Antes de dejar la casa, debía arreglarme para preparar un informe que pudiera servir de guía para quien quisiera tratar de resolver el enigma de los Bosques Billington, y, sí, también de los extraños y horribles acontecimientos de Dunwich.

Esa noche no dormí.

A la mañana siguiente aguardé hasta que mi primo hubiera bajado, antes de abandonar mi dormitorio, y luego lo hice embargado de profundo temor por lo que pudiera ver. Mis temores, sin embargo, fueron infundados. Encontré a Ambrose muy ocupado preparando el desayuno. Parecía muy alegre, y, a decir verdad, su aspecto apaciguó mis temores. Estaba excesivamente voluble, y me dijo que esperaba que el coro del pantano no me hubiera mantenido despierto más de la cuenta.

Le aseguré que no.

Luego me dijo que las ranas habían croado inusitadamente fuerte, y que tal vez pudiera encontrarse algún medio para disminuir su número.

Por alguna razón, su sugerencia me alarmó instantáneamente. No pude menos de recordarle la recomendación de Alijah respecto a las ranas y sapos, a lo cual sonrió, a mi parecer algo

siniestramente, como si quisiera sugerir que sabía lo que Alijah había querido significar y que eso no le preocupaba. Esta reacción anormal me turbó aún más, aunque me pareció conveniente ocultar mis sentimientos.

Siguió diciéndome que estaría ocupado afuera la mayor parte del día, y que esperaba que no me molestaría su ausencia. Me explicó que había visto en los bosques unos trabajos que necesitaban ser hechos sin dilación.

Oculté mi satisfacción, pues su ausencia me brindaría la oportunidad de copiar los papeles que deseaba en el estudio; pero creí necesario preguntarle si podía serle de alguna utilidad en sus trabajos.

—Eres muy amable, Stephen —me dijo sonriendo—. Pero casi me olvidaba de decírtelo: tengo ayuda. He contratado a un hombre el otro día durante tu ausencia, y debo hablarte de él a fin de que no te alarmes. Tiene un modo extraño de hablar, y se viste en forma bastante peculiar. Se trata de un indio.

No pude ocultar mi asombro.

—Pareces sorprendido.

—Y lo estoy —contesté—. ¿Dónde encontraste un indio por estos lugares?

—Vino a ofrecerse, y lo tomé. Uno queda sorprendido de lo que puede descubrir en estas montañas —se puso de pie y comenzó a quitar los platos y tazas de la mesa, ya que habíamos terminado de desayunar, y, volviéndose hacia mí, añadió—: Por una curiosa coincidencia, se llama… Quamis.

III

RELATO DE WINFIELD PHILLIPS

Stephen Bates llegó a la oficina del doctor Séneca Lapham, en la Universidad de Miskatonic, poco después del mediodía del 7 de abril de 1924, enviado por el doctor Armitage Harper. Era un hombre de unos cuarenta y siete años, bien conservado y que apenas comenzaba a encanecer. A pesar de que se advertía que luchaba por mantenerse sereno, parecía profundamente turbado y agitado, y le catalogué entre los neuróticos e histéricos en potencia. Llevaba un abultado manuscrito, que estaba compuesto de un legajo escrito por su propia mano, en el que describía ciertas incidencias que le habían ocurrido a él, y un montón de documentos narrativos y cartas copiadas por él. Como el doctor Harper había telefoneado anunciando su venida, se le condujo directamente ante el doctor Lapham, que pareció muy interesado en él, lo que me hizo presumir que su manuscrito debía de referirse a ciertos aspectos de investigaciones antropológicas, tan caras a mi superior.

En cuanto llegó, fue invitado a referir su historia inmediatamente, sin preámbulos, cosa que hizo sin vacilar. Su relato resultó un poco incoherente para mí, y, según pude comprobar, tenía algo que ver con la supervivencia de cultos antiquísimos. Sin embargo, por la expresión del doctor Lapham, cuyo rostro se tomó grave y pensativo, sus ojos bajo su ceño fruncido, y sobre todo por la atención con que escuchaba, al punto de olvidarse por completo de la hora del almuerzo, advertí que él, por lo menos, daba gran importancia al relato de Bates, que, ahora que había comenzado a hablar, continuaba ininterrumpidamente y sólo se detuvo cuando recordó su manuscrito, el cual colocó delante del doctor Lapham, instándole a que lo leyera en seguida.

Con gran sorpresa mía, mi superior accedió inmediatamente, y en cuanto terminaba de leer una página me la pasaba. Seguíamos leyendo sin comentario alguno, y a medida que avanzaba yo en la lectura, mi asombro aumentaba y me sentía profundamente turbado, contribuyendo a esa turbación el temblor que advertí en las manos del doctor Lapham. Terminando antes que yo la lectura que le había llevado algo más de una hora, mi superior fijó su vista intensamente en nuestro visitante y le rogó que completara su relato.

Pero Bates le contestó que no tenía más que decir. Que todo lo había dicho. Era evidente, puesto que ahí estaban las copias, que había logrado copiar los documentos referentes al asunto, o por lo menos aquellos que había creído más interesantes.

—¿Y usted no fue molestado?

—En absoluto. Mi primo regresó cuando yo ya había terminado. Vi al indio. Estaba ataviado como, según nos han enseñado, vestían los Narragansetts. Mi primo me dijo que necesitaba de mi ayuda.

—¿Ah, sí? ¿Y qué fue lo que le pidió?

—Pues parece que ni él, ni el indio, ni ambos juntos podían mover aquella piedra con extraños grabados que mi primo había quitado del techo de la torre. Nunca me había parecido tan pesada como para que no pudiera moverla un hombre solo, y así lo dije. Mi primo, entonces, me desafió a que la levantara, explicándome que deseaba transportarla a otro lado, y enterrarla lejos de la torre. No tuve dificultad alguna en hacer lo que me pedía, sin necesidad de que él me prestara la menor ayuda.

—¿Así que él no le ayudó a moverla?

—No, ni el indio tampoco.

El doctor Lapham dio a nuestro visitante un lápiz y un papel.

—¿Quiere usted hacer un diagrama de los alrededores de la torre e indicar aproximadamente el lugar donde usted enterró la piedra?

Un poco perplejo, Bates obedeció. El doctor Lapham tomó gravemente el diagrama y lo colocó cuidadosamente con las últimas hojas del manuscrito que yo acababa de entregarle. Se inclinó luego sobre el respaldo de su sillón, y cruzó sus manos por encima de su vientre.

—¿No le pareció a usted extraño que su primo no se ofreciera a ayudarle?

—En absoluto. Habíamos hecho una apuesta. Yo la gané. No podía esperar que él me ayudara a ganarla, ¿no le parece?

—¿Eso es lo único que le pidió a usted?

—Sí.

—¿Vio usted algún rastro de lo que su primo había estado haciendo?

—¡Oh, sí! Él y el indio parecían haber estado limpiando los alrededores de la torre. Noté que las huellas de garras y alas arrastradas que yo había visto en aquella otra oportunidad habían sido alisadas y borradas por completo. Pregunté por ellas, pero mi primo sólo dijo con despreocupación que, sin duda, yo habría soñado haberlas visto.

—¿Continuaba entonces su primo advirtiendo el interés que usted mostraba por el misterio de los Bosques Billington?

—Sí, por supuesto.

—¿Me permite conservar este manuscrito suyo por el momento, señor Bates?

Este vaciló, pero terminó por acceder, si es que podía servir en alguna forma al doctor Lapham. Este le aseguró que le serviría, y también que no lo mostraría a nadie, cosa que le rogó encarecidamente Bates.

—¿Hay alguna cosa que debo hacer, doctor Lapham?—inquirió entonces.

—Sí, una, y muy importante.

—Estoy ansioso por llegar al fondo de este asunto, y, por supuesto, deseo hacer todo lo que pueda.

—Entonces, regrese a su casa.

—¿A Boston?

—Inmediatamente.

—Sin embargo, me parece que no está bien dejar a mi primo a merced de lo que hay allá en el Bosque, sea lo que sea —protestó Bates—. Por otra parte, Ambrose entraría en sospechas.

—Usted se contradice, señor Bates. No importa que entre o no en sospechas. Creo, por lo que usted me ha contado, que su primo está en condiciones de defenderse contra cualquier cosa que le amenace.

Bates sonrió levemente, y buscando algo en un bolsillo interior de su traje, sacó una carta que puso ante los ojos del doctor Lapham.

—Léala y luego dígame sí le parece que es capaz de resolver satisfactoriamente solo su problema.

El doctor Lapham leyó despacio la carta, la dobló y volvió a meterla dentro de su sobre.

—Usted mismo ha dicho que ha experimentado bastantes cambios, desde que escribió esta carta rogándole que usted fuera a verle.

Muestro visitante convino en que era cierto. Pero seguía poco dispuesto a regresar inmediatamente a su casa, diciendo que le parecía mejor volver a casa de su primo, y partir después de unos días, a fin de que su retirada no se pareciese demasiado a una huida.

—Yo creo mucho más conveniente que usted vuelva a Boston ahora mismo, pero si usted insiste en permanecer allí, le sugiero que acorte lo más posible su permanencia… digamos, por ejemplo, que no pase de tres días. Cuando regrese a Boston, le ruego que de paso a la estación se detenga aquí.

Nuestro visitante asintió, y poniéndose de pie se dispuso a despedirse de nosotros.

—Un momento, señor Bates —dijo el doctor Lapham.

Mi superior atravesó la habitación y acercándose a su caja fuerte la abrió, tomó algo de ella y regresó a su escritorio. Colocó lo que había tomado del estante de la caja sobre su escritorio, delante de Bates.

—¿Ha visto usted alguna vez algo similar a esto, señor Bates?

Este lo observó detenidamente: era un pequeño bajorrelieve de aproximadamente veinte centímetros de alto, que representaba una especie de monstruo octópodo con una cabeza cefalópoda adornada con largos y sinuosos tentáculos, y que tenía en la parte posterior un par de alas enormes y espantosas garras en sus extremidades inferiores. Bates lo miró con fascinado horror, mientras el doctor Lapham aguardaba pacientemente.

—Se parece… aunque no exactamente, a esos monstruos que vi, o que creí ver desde la ventana del estudio la otra noche —dijo por fin Bates.

—¿Pero jamás vio usted un bajorrelieve de esta naturaleza? —insistió el doctor Lapham.

—No, nunca.

—¿Ni dibujo alguno?

Bates sacudió la cabeza.

—Se parece a las cosas que volaban junto a la torre… Que pudieron haber dejado esas marcas… Pero también se parece algo a esa cosa con quien mi primo estaba hablando.

—¡Ah!… ¿Así que usted interpreta la escena en esa forma? ¿Le parece que estaba hablando?

—En realidad nunca he pensado seriamente que estuviera hablando, pues parece absurdo, pero… ¿qué otra cosa podían estar haciendo?

—No cabe duda de que parece como si se hubiesen estado comunicando entre sí.

Bates seguía con la mirada fija en el bajorrelieve, que, si mal no recuerdo, era de origen Antártico.

—Es horrible —murmuré al fin.

—Sí, lo es, en verdad. Y lo más horrible es la idea de que pudo haber sido esculpido a partir de un modelo viviente.

Bates hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—No puedo creerlo.

—No lo sabemos, señor Bates. A muchos de nosotros nos resulta fácil dar crédito a un chisme cualquiera, y sin embargo, negamos la evidencia cierta de nuestros propios sentidos, convenciéndonos de que hemos sufrido alucinaciones —se alzó de hombros, y cogió el bajorrelieve, mirándolo un instante en silencio, para colocarlo de nuevo sobre el escritorio—. ¿Quién sabe, señor Bates? El trabajo es primitivo, lo mismo que su concepción. Pero sin duda usted querrá regresar ahora, aunque sigo aconsejándole que parta para Boston.

Bates sacudió la cabeza tercamente, y estrechando la mano del doctor Lapham, se despidió.

El doctor Lapham se puso de pie y estiró un poco sus músculos. Aguardé que sugiriera nos fuéramos a almorzar; aunque ya era media tarde, pero se volvió a sentar una vez más, colocó ante sí el manuscrito de Bates, y comenzó a limpiar sus anteojos. Me miró sonriente.

—Mucho me temo que no tome usted muy en serio al señor Bates y a su relato, Phillips.

—A decir verdad, es una de las cosas más extrañas que he oído en mi vida, y no comprendo cómo, con esos disparates, quiera explicar esas desapariciones misteriosas.

—El relato no es más extraño que las circunstancias de las desapariciones y reapariciones. Créame que yo no estoy dispuesto a tratar el asunto con tanta ligereza como usted.

—¿Pero acaso da usted crédito a ese relato?

El doctor Lapham se reclinó sobre el respaldo de su sillón, con sus anteojos en la mano, y mirándome con toda calma me dijo:

—Usted es joven, muy joven.

Y luego comenzó a darme una verdadera conferencia. Yo le escuchaba con respeto y creciente asombro. Empezó diciendo que, sin duda, yo estaba bastante familiarizado con su trabajo como para percatarme de la gran parte de conocimientos verdaderos y leyendas que formaban las antiguas religiones, especialmente los remotísimos cultos que han sobrevivido en los tiempos pasados y que han llegado hasta nosotros, aunque sufriendo ciertos cambios, a veces fundamentales. En ciertas remotas regiones del Asia, por ejemplo, habían surgido cultos increíbles, rastros de los cuales habían sido encontrados en los lugares más curiosos. Me recordó que Kimmich, muchos años atrás, había sugerido que la civilización de Chimu provenía del fondo de China, aunque presumiblemente, en la época de su origen, China no existía. Habló de las extrañas esculturas y grabados de la isla de Pascua, y del Perú. La forma de las religiones, dijo, ha persistido a veces, y otras han cambiado, pero nunca lo suficiente como para no poder reconocerlas a través de las edades. En la civilización Aria se encuentran los ritos druídicos por una parte y los demoníacos o brujerías y nigromancia por otra, particularmente en ciertas zonas de Francia y de los países balcánicos. ¿No se me había ocurrido nunca que tales religiones o cultos poseían ciertas semejanzas?

Le contesté que, fundamentalmente, todas las religiones tenían similitudes.

Me dijo entonces que se refería a aspectos por encima de aquellas similitudes fundamentales que nadie discutía. Prosiguió luego diciendo que la idea de seres que pueden volver al mundo no era patrimonio de un grupo determinado, y que había ciertas manifestaciones alarmantes que servían para indicar que existían en ciertos lugares apartados del orbe adoradores de antiguos dioses, o seres-dioses, tenidos por tales debido a su aspecto tan distinto de la humanidad o de toda vida animal terrena que por ello mismo atraían a los adoradores. Y siempre eran de naturaleza maligna.

Tomó el bajorrelieve en sus manos.

—Usted sabe que esto ha venido del Antártico. ¿Qué le parece que puede representar?

—Estoy por decir que es un concepto tosco de algún escultor primitivo de lo que los indios llamaban « Wendigo» .

—No está mal, no está mal, excepto que saben muy poco del Antártico como para que pueda sugerirnos una criatura paralela al « Wendigo» del Ártico. No; esto fue encontrado bajo un trozo de glaciar. Su antigüedad es muy grande… Estaría por decir que es anterior a la civilización Chimu. Es por lo tanto una pieza única, en este sentido, pero no en otros. Tal vez se sorprenda usted al saber que esculturas similares han aparecido en distintas edades. Encontramos rastros de algunas de ellas entre los Cro-Magnon, luego también aparecen en la Edad Media… También se encuentran en la Rusia de Pablo I, en las islas Hawai y las Indias Occidentales, las tenemos en Java y en el Massachusetts de los Puritanos. Puede usted pensar de eso lo que quiera. En este momento, me llama la atención por otra razón completamente distinta: porque es muy probable que fuera alguna representación de esta figura, posiblemente en miniatura, lo que esperaban que Ambrose llevaría cuando se detuvo en Dunwich para preguntar el camino a casa de la señora Bishop, y los dos individuos a quienes se dirigió le preguntaron si tenía el « signo» .

—¿Y usted cree que ese bajorrelieve ha tenido por modelo un ser viviente? —pregunté.

—No lo puedo asegurar, por supuesto —repuso con exasperante gravedad—. Pero no niego la posibilidad, al contrario.

—En resumen, usted cree la historia que ese señor Bates acaba de contarnos, ¿verdad?

—Mucho me temo que sea cierta, dentro de ciertos límites, se entiende.

—¡Límites psiquiátricos! —repliqué.

—La fe viene con facilidad sin necesidad de pruebas, pero resulta difícil ante hechos que no debieran existir —sacudió la cabeza—. Supongo que usted habrá notado la aparición del nombre de uno de sus propios antepasados, el reverendo Ward Philips.

—En efecto.

—No quiero parecer inoportuno, pero ¿podría usted buscar entre la historia de su familia y darme un bosquejo biográfico del reverendo, y decirme lo que fue de él después de su diferencia de opinión con Alijah Billington?

—Temo mucho que no haya nada muy notable en su vida. No vivió mucho después, y mereció la reprobación de los suyos por tratar de reunir todos los ejemplares de su libro *Prodigios taumatúrgicos* para quemarlos.

—¿Y eso no le sugiere a usted nada, después de la lectura del manuscrito del señor Bates?

—Con seguridad es sólo una coincidencia.

—Pues yo creo que es algo más. El proceder de su antepasado se me figura como el de un hombre que ha visto al diablo y desea retractarse.

El doctor Lapham no era un hombre que procediera con ligereza, y durante el tiempo que estuve trabajando a sus órdenes había yo tropezado más de una vez con hechos y credos extraños. Que esas manifestaciones hubiesen ocurrido, la mayor parte, en lugares remotos y casi inaccesibles de la tierra, no excluía la posibilidad de que pudiera ocurrir algo similar en nuestras cercanías. Además, recordaba ocasiones anteriores en las cuales el doctor Lapham, en sus investigaciones, había parecido a punto de descubrir algunos cultos monstruosos en los que se

insinuaba una paralización de las dimensiones y que sugerían algo extremadamente aterrador.

—¿Sugiere usted que Alijah Billington estaba en contacto con el diablo? —pregunté.

—Podría contestar a la vez con la afirmativa y la negativa. Dado lo que sabemos, era el intercesor del diablo, con toda seguridad. Alijah Billington era indudablemente un hombre más avanzado que los de su tiempo, más inteligente que la mayoría de sus contemporáneos y capaz de conocer los rigores del peligro cuando se tropezaba con ellos. Practicaban ritos y ceremonias que, sin duda, provenían de los comienzos de la humanidad; pero sabía cómo huir de sus consecuencias. Al menos así parece. Creo que se impone un estudio cuidadoso de esos documentos y este manuscrito. Y no voy a perder tiempo.

—Permítame que le diga que me parece que usted da demasiada importancia a esta jerigonza.

Sacudió la cabeza.

—La actitud científica de catalogar muchas cosas que no comprendemos en seguida o que no se adaptan a nuestro credo científico, como « coincidencias» , « alucinaciones» , y cosas por el estilo, es deplorable. Referente a las cosas que han ocurrido en los Bosques Billington y las tierras adyacentes, particularmente en Dunwich, están, diría, más allá de lo creíble. Pero no podemos dejar de notar que cada vez que hubo alguna actividad en los Bosques Billington hubo también desapariciones en la región de Dunwich, y eso no puede ser una mera coincidencia. No necesitamos tomar en consideración el manuscrito del señor Bates en lo referente a los acontecimientos recientes, pues si lo deseamos, podemos encontrar, sin trabajo, las pruebas de lo ocurrido. Esos fenómenos se han producido por lo menos tres veces en generaciones separadas por más de doscientos años. Mo dudo de que en su origen fueran atribuidas a brujerías, y es muy posible que algunas personas desventuradas hayan tenido que sufrir y morir por hechos que se hallaban fuera del alcance del entendimiento de sus contemporáneos. Los días en que se quemaba a la gente por « brujos» no están muy distantes. En los tiempos de Alijah, algún vislumbre de la verdad en el asunto debió de ser advertido por el reverendo Ward Phillips y por John Druven, y por ello fueron invitados a visitar a Billington, luego de lo cual les ocurrió algo, desapareciendo Druven en forma similar a las otras víctimas de Dunwich, mientras el reverendo Ward Phillips se veía imposibilitado de recordar algo de su visita a Billington… pero luego trató de destruir su libro, el cual —observe bien esto— contenía referencias a acontecimientos de naturaleza un tanto similar que habían ocurrido varias décadas antes. En nuestros tiempos, encontramos a nuestro señor Bates ante la inexplicable hostilidad de Ambrose Dewart, su primo, después de que este le había llamado en una carta, por cierto desesperada, en la cual imploraba su ayuda. Sin duda, esos hechos tienen una semejanza sugestiva.

Concedí esto sin discusión.

—Sé que habrá quienes sugieran que la casa en sí es maligna y que el manuscrito de Bates también lo es en parte, y propondrán una teoría de residuo psíquico, pero yo considero que es mucho más que eso, muchísimo más, algo increíblemente más horrendo y maligno, cuya significación está muchísimo más allá de los bien conocidos acontecimientos presentes.

La profunda gravedad con que hablaba el doctor Lapham hizo que me fuera imposible dudar ni por un momento de la importancia que otorgaba al manuscrito de Bates. Era claro que deseaba estudiarlo, y la forma en que comenzó a moverse de un lado para otro en busca de varios volúmenes que se hallaban sobre sus estantes indicaba que, según había dicho, no iba a perder

tiempo. Se detuvo para sugerirme que fuera a almorzar y que de paso entregara una nota al doctor Armitage Harper, nota que comenzó a redactar sin dilación, escribiendo con rapidez y sin detenerse para pensar. Una vez que hubo terminado, metió la nota en un sobre que cerró, y entregándomelo me recomendó que almorzara copiosamente, « pues es posible que no tengamos tiempo de cenar esta noche» , me dijo.

A mi regreso, tres cuartos de hora después, encontré al doctor Lapham rodeado de libros y papeles, entre los cuales se hallaba un libro precintado que reconocí como de propiedad de la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, y que sin duda le había sido enviado por petición suya. Las páginas del manuscrito de Bates habían sido separadas y varias de ellas estaban marcadas.

—¿Puedo ayudarle en algo? —inquirí.

—Por el momento sólo manteniendo su espíritu alerta, Phillips. Tome asiento.

Se puso de pie y fue junto a una ventana desde la cual se tenía una visión de conjunto de la Biblioteca de la Universidad.

—A menudo pienso —dijo por encima de su hombro— cuán afortunados son la mayoría de los hombres en su carencia de habilidad para poner en correlación todos los conocimientos que tienen a su alcance. Bates, a mi juicio, ilustra muy bien lo que acabo de decir. Ha recopilado lo que parecen ser conocimientos disociados; linda constantemente con una realidad aterradora, pero rara vez intenta afrontarla; se enreda en lo superficial, en vestigios de supersticiones y credos que carecen de realidad excepto por el esperado comportamiento convencional y creencias propias de la generalidad del ser humano. Si el hombre común sospechara siquiera la grandiosidad cósmica de los universos, si tuviese un vislumbre de las aterradoras profundidades del espacio exterior, probablemente o bien perdería el juicio o rechazaría tal conocimiento prefiriendo cualquier superstición. Lo mismo ocurre con otras cosas. Bates ha descrito una serie de acontecimientos que abarcan más de dos siglos, y tienen a su alcance todos los datos necesarios para resolver el misterio de los Bosques de Billington, pero no lo hace. Asienta los hechos, como si fueran piezas de un rompecabezas; llega a ciertas conclusiones preliminares, por ejemplo, que su antepasado Alijah Billington estaba mezclado en algo extraño y posiblemente en prácticas ilegales, que eran inevitablemente acompañadas por extrañas desapariciones en la región; pero no va más lejos. Ve y oye ciertos fenómenos, y luego procede a discutir contra sus propios sentidos. En resumen, representa bastante bien el término medio de la mente humana; frente a frente con manifestaciones que no se hallan « en los libros» , por decirlo así, encuentra más sencillo y más cuerdo dudar de sus sentidos. Habla de « imaginación» y « alucinaciones» , pero es bastante honesto como para conceder que sus reacciones son lo suficientemente « normales» como para desmentir sus argumentos. A la postre, aunque es verdad que no parece poseer la clave final que le permita solucionar el rompecabezas, carece del valor necesario para adaptar los pedazos que tiene a su alcance y obtener una solución de significación más amplia que los contornos que apenas esboza. Entonces huye, y coloca el problema en manos del doctor Harper, por medio del cual llega hasta las mías.

Pregunté si suponía que el manuscrito de Bates fuese un relato escrupuloso de los hechos.

—Creo que se nos ofrecen pocas alternativas. O bien relata los hechos o bien no lo hace. Si nos inclinamos hacia la negativa, entonces debemos negar también acontecimientos conocidos que han sido anotados, atestiguados, y que han pasado a la historia. Si aceptamos como auténticos

sólo los hechos conocidos, entonces tendremos que explicar los demás como una manifestación del « azar» o « coincidencia» , sin consideración del hecho de que la posibilidad matemática de semejante serie de azares o coincidencias es mucho más limitada. Por lo tanto, opino que en realidad no tenemos alternativas. El manuscrito de Bates señala una serie de hechos que tienen correlación con la historia conocida del lugar y sus habitantes. Si, finalmente, desea usted sugerir que ciertas partes del manuscrito son hechos imaginarios, entonces deberá usted estar dispuesto a explicar de qué fuente surge su imaginación extraterrestre, pues sus descripciones son lúcidas, casi doctas, e incluyen detalles tales que sugieren que en realidad vio algo parecido a lo que describe, y no hay nada en la historia conocida del hombre o de las mutaciones del nombre que pueda motivar algunos de esos detalles. Aun en el caso de que esos seres tan cuidadosamente descritos fueran el producto de una pesadilla, debemos preguntarnos por qué razón pueblan sus sueños seres tan enteramente distintos a todo lo que ha visto en su vida. Debemos, pues, en principio, aceptar su relato como verídico, es decir, como una narración de hechos auténticos, y debemos partir de esa base. Si estamos equivocados, el tiempo nos lo dirá.

Regresó junto a su escritorio y tomó asiento.

—Usted recordará haber leído, durante su primer año aquí, acerca de ciertos ritos curiosos llevados a cabo por indígenas de Ponape, en las islas Carolinas, que adoraban una deidad de los mares (un Ser Marinó), que en un principio se creyó fuera el conocido dios-pez Dagon, pero luego se rechazó semejante idea, ya que los indígenas declaraban que Él era más poderoso que Dagon, que Dagon y sus Muy Profundos Le servían. Tales cultos, supervivencia de antiquísimas religiones, son bastante comunes, aunque no llegan a menudo a conocimiento del público; pero este fue difundido debido a ciertos descubrimientos realizados al mismo tiempo. Habló de las extrañas mutaciones comprobadas en los cuerpos de ciertos indígenas muertos en un naufragio, junto a la costa: la presencia de agallas rudimentarias, por ejemplo, de vestigios de tentáculos en sus torsos, y en un caso de ojos escamosos en medio de una piel escamosa alrededor del ombligo de una de las víctimas, todas las cuales, según se sabía, pertenecían al culto del Dios Marino. Una de las afirmaciones de estos indígenas que me viene a la memoria es que aseguraban que su dios venía de las estrellas. Ahora bien, usted sabe que hay un marcado parecido entre las creencias religiosas y las mitologías de los atlántidos, los mayas, los druidas y otros; que constantemente encontramos similitudes básicas, particularmente relacionando los mares y los cielos, como, por ejemplo, ocurre con el dios Quetzalcóatl, que tiene un paralelismo con el Atlas helénico, ya que se suponía que había venido de un lugar del Atlántico a fin de llevar el mundo sobre sus hombros. No sólo en religión, sino en el terreno puramente legendario también, como por ejemplo en la extensión de los credos referentes a gigantes humanos, cuyo origen se supone marino, como los gigantes griegos, los gigantes isleños de los cuentos españoles y los gigantes de Cornwall de la desaparecida Lyonesse. Menciono esto a fin de señalar la curiosa relación que existe entre la tradición y los tiempos primarios, cuando se creía que grandes seres residían en el fondo del mar, creencia que sin duda dio lugar a esa creencia secundaria del origen de los gigantes. No deberíamos sorprendernos ante la evidencia de tales supervivencias de cultos como los de Ponape, ya que existen precedentes; pero sí nos sorprendemos y turbamos por mutaciones físicas que han ocurrido allí y que son posteriormente explicadas por oscuras insinuaciones (no hechos, por supuesto) de que hubo tráfico carnal entre ciertos moradores del mar y algunos indígenas de las Carolinas. Eso, si es cierto, explicaría las mutaciones. Pero la ciencia no posee ninguna prueba

contundente de la existencia de tales moradores del mar, y sencillamente ni su veracidad; las mutaciones son descartadas como evidencias « negativas» , y, por lo tanto, inadmisibles, y urden una explicación complicada que cataloga a los indígenas como « retrógrados» o « curiosidades atávicas» y ahí termina el asunto. Si usted o yo o cualquier otra persona se dispusiera a colocar estos incidentes uno al lado del otro, encontraría que podrían circundar el globo terrestre varias veces, y no sólo eso, sino que advertiría ciertas similitudes turbadoras que darían mayor peso a esos curiosos acontecimientos. Nadie, sin embargo, está del todo dispuesto a emprender un estudio imparcial de esos fenómenos aislados porque, como el caso del señor Bates, existe cierto temor muy real y muy humano de lo que pueda encontrarse. Vale más no hurgar en ciertos fenómenos, por temor a lo que pudiera encontrarse más allá de nosotros, en una extensión de tiempo o de espacio con los cuales ninguno de nosotros está preparado para enfrentarse.

Recordaba perfectamente el asunto de los isleños de Ponape y así lo dije. Pero no comprendía del todo la relación que aquello pudiera tener con el manuscrito de Bates, pues estaba seguro de que el doctor Lapham obedecía a un propósito determinado al recordar el incidente.

Prosiguió hablando con toda meticulosidad:

—En muchos de los dispersos fenómenos que se presentan a los antropólogos —dijo— existe cierta similitud común a todos. Existía una mitología con la creencia de que la Tierra fue primeramente habitada por otra clase de seres, que debido a ciertas prácticas oscuras, perdieron su posición sobre la Tierra, siendo expulsados por los « Dioses Mayores» que los habían encerrado en el « tiempo y el espacio» , ya que no estaban sujetos a las leyes del tiempo y del espacio como lo estaban los mortales, y eran, además, movibles en otras dimensiones. Esos seres, a pesar de haber sido expulsados y encerrados bajo odiados sellos, continuaban viviendo « afuera» y frecuentemente intentaban recobrar el dominio y posesión de la Tierra y de los seres « inferiores» que la habitan, inferiores en el sentido, sin duda, de que estaban sujetos a leyes que no afectaban a los seres expulsados, que eran conocidos por varios nombres, siendo los más comunes los « Grandes Ancianos» , y que eran adorados por muchos pueblos primitivos, tales como los isleños de Ponape, por ejemplo. Además, esos « Grandes Ancianos» son malévolos, y hay que reconocer que las barreras y el horror paralizante que ellos representan son puramente arbitrarios y totalmente inadecuados.

—¡Pero esto pudo haber sido sugerido del manuscrito de Bates y los documentos que le acompañan! —exclamé asombrado.

—Sin embargo, no es así. Tales descubrimientos fueron hechos decenios antes de que Bates escribiera su manuscrito.

—¡Entonces Bates debió de enterarse de ello y escribir su relato basándose en eso!

Imperturbable y conservando toda su imponente gravedad, el doctor Lapham me contestó:

—Aun en ese caso, eso no explicaría el hecho irrefutable de que se ha escrito un libro extraordinariamente horrible y extraño acerca de los « Grandes Ancianos» y del tráfico efectuado con ellos alrededor del año setecientos treinta antes de Jesucristo, en Damasco, libro cuyo autor fue un árabe llamado Abdul Alhazred, que era comúnmente considerado loco, y que lo tituló *Al Azif*, aunque ahora es más conocido en ciertos círculos secretos por su título griego de *Necronomicon*. Opino que si esta leyenda y, conocimientos extraños han sido comentados hace

varios siglos como hechos acaecidos, y que ciertos fenómenos no humanos surgen en nuestros propios días que parecen corroborar ciertos aspectos de los escritos del árabe, es decididamente poco científico afirmar que esos fenómenos son debidos a la imaginación o maquinación de un ser humano, particularmente de alguien que parece no haber tenido ningún conocimiento anterior sobre estos asuntos.

—En efecto…

Continuó luego diciendo que los « Grandes Ancianos» tenían alguna relación con los elementos —tales como la tierra, el agua, el aire y el fuego—. Esos eran, asimismo, su medio ambiente, y sus facultades sobrenaturales les tornaban insensibles a los efectos del tiempo y del espacio, de modo que representaban siempre una amenaza para la humanidad y en verdad para todos los seres sobre la Tierra, y en sus incesantes esfuerzos para volver de nuevo sobre la Tierra, eran ayudados por sus adoradores y adictos, quienes eran en su mayoría seres de condiciones físicas o mentales inferiores, y en algunos casos —como en el de los isleños de Ponape— habían sufrido mutaciones fisiológicas profundas, y que efectuaban ciertas « aberturas» por las cuales los « Grandes Ancianos» y sus hordas extraterrenas podían « entrar» o bien « ser llamadas» , se encontraran donde se encontrasen en el tiempo o en el espacio, mediante ciertos ritos, que eran, en parte, por lo menos, narrados por el árabe Abdul Alhazred, y por varios escritores menores que le siguieron…

Aquí se interrumpió, mirándome fijamente.

—¿Me sigue usted, Phillips?

—Le aseguré que sí.

—Muy bien. Como ya le he dicho, estos « Grandes Ancianos» eran conocidos por muchos nombres. Había algunos de ellos inferiores a los demás, pero eran superiores numéricamente. Estos no gozan de tanta libertad como los otros pocos, y muchos se hallaban sujetos a muchas de las leyes que gobiernan a la humanidad. El primero entre ellos es Cthulhu, que se supone « yace muerto pero soñando» en la desconocida ciudad hundida de R'lyeh, que algunos escritores han pensado se encuentra en la Atlántida, otros en Mu y otros pocos en un mar no lejos de la costa de Massachusetts. El segundo de ellos es Hastur, a veces llamado Aquel que No debe Nombrarse, o Hastur el Inmencionable, que se supone reside en Hali, de las Híades. El tercero es Shub-Niggurath, un horrible dios o diosa de la fertilidad. Luego viene uno al cual se describe como al « Mensajero de los Dioses» —Nyarlathotep— y particularmente de los « Grandes Ancianos» ; el maligno Yog-Sothoth, que comparte el dominio de Azathoth, el caos ciego e idiota del centro del infinito. Veo por la expresión de sus ojos que usted está comenzando a reconocer algunos de esos nombres.

—Sí, por supuesto; están en el manuscrito.

—Y también en los documentos. Haré un paréntesis para decirle que Nyarlathotep es a menudo acompañado en sus manifestaciones sin rostro por criaturas descritas como « tocadores de flauta idiotas» .

—¡Lo que vio Bates!

—Sí.

—Pero entonces… ¿quiénes eran esos otros?

—Sólo podemos conjeturarlo. Pero si Nyarlathotep está siempre acompañado por sus tocadores de flauta idiotas, presumiblemente una de esas manifestaciones era él. Los « Grandes

Ancianos» tienen hasta cierto punto la habilidad de aparecer en mutaciones, aunque cada uno, presumiblemente, posee su propia identidad y forma. Abdul Alhazred le describe como « sin rostro» , mientras Ludwig Prinn, en su *De Vermis Mysteriis*, dice que Nyarlathotep era « todo ojos» y Von Junzt, escribiendo *Unaussprechlichen Kulten*, dice que está, lo mismo que otros Grandes Ancianos, « adornado con tentáculos» . Estas diversas descripciones concuerdan con lo que vio Bates y que describe como una « excrecencia» o « extensión» .

Estaba yo asombradísimo de los conocimientos que se tenían acerca de los cultos y religiones primitivos. Jamás había oído hablar a mi superior de aquellos libros que acababa de mencionar, y sospechaba yo que no los conocía. ¿Dónde, entonces, los habría descubierto? Así se lo pregunté.

—Pues están bajo cerrojo en la biblioteca de Miskatonic, Phillips —me contestó—. Rara vez salen a luz. Este libro —añadió golpeando sobre el tomo extraño que yo había visto al regresar de mi almuerzo— es el más famoso de todos ellos, y debo devolverlo esta misma noche. Es la versión latina del *Necronomicon* efectuada por Olaus Wormius e impresa en España en el siglo diecisiete. Este es el « Libro» a que Bates se refiere en su manuscrito y del cual han sido copiadas páginas y párrafos por los corresponsales de Alijah Bellington en varias partes del mundo, pues existen ejemplares, completos o fragmentarios, sólo en el Museo Británico, las Universidades de Buenos Aires y de Lima, la Biblioteca Nacional de París y nuestra Miskatonic. Algunos dicen que existe una copia oculta de él en El Cairo y otra en la Biblioteca del Vaticano, en Roma; otros opinan también que partes de este libro, copiadas laboriosamente, existen en manos privadas, y esto ha sido hasta cierto punto comprobado por lo que Bates encontró en la biblioteca de su primo, biblioteca que había sido de Alijah Billington. Si Billington consiguió estas copias, también pudo haberlas conseguido algún otro.

Se puso de pie, fue a tomar una botella de vino añejo que guardaba en un armario y se sirvió un vaso que comenzó a saborear lentamente. Permaneció de nuevo un momento junto a la ventana, mientras la oscuridad de la noche comenzaba a caer, y luego se volvió hacia mí otra vez.

—Todo eso debería bastar como fondo.

—¿Y espera usted que yo lo crea? —inquirí.

—Nada de eso, nada de eso. Pero supongamos que lo aceptamos momentáneamente como una provisional hipótesis y pasemos a examinar el misterio Billington en sí.

Asentí.

—Muy bien, entonces. Empecemos por Alijah Billington que, según parece, es por donde comenzaron tanto Dewart como Bates. Creo que podemos convenir sin discusión que Alijah Billington efectuaba cierta clase de prácticas nefandas que podían o no estar relacionadas con brujerías, pero que tanto el reverendo Ward Phillips como John Druven pensaban lo estaban. Tenemos ciertas pruebas de las actividades de Alijah en los Bosques —especialmente en la torre de piedra del Bosque—, y sabemos que se desarrollaban de noche, « después de la hora en que se sirve la cena» , según anota Laban, el hijo de Alijah, en su diario. En estos asuntos, fueran lo que fuesen, también se hallaba « iniciado» el indio Quamis, aunque aparentemente en un modo más servil. El indio pronuncia en cierta oportunidad y con tono aterrado el nombre de Nyarlathotep, cosa que es oída por el niño. Al mismo tiempo tenemos la evidencia de las cartas de Bishop, que indican que Jonathan Bishop, de Dunwich, estaba ocupado en prácticas semejantes. Esas cartas

son bastante claras sobre ese punto. Jonathan había aprendido lo suficiente como para «llamar» algo del cielo, pero no lo bastante como para cerrar la abertura a otros o para protegerse. Se deduce con toda claridad que, sea lo que fuere lo que vino en contestación a su llamada, era dañino para los seres humanos y que estos le servían de alimento. Si podemos aceptar eso, podemos explicar las desapariciones múltiples, ninguna de las cuales jamás fue solucionada.

—Pero ¿y cómo explicar la reaparición de los cuerpos? —interpuse—. Jamás se ha dicho dónde pudieron haber estado.

—Así es… y sospecho que estuvieron… en otra dimensión. La explicación es aterradoramente clara; sea lo que fuere lo que vino en contestación a la llamada, no siempre era lo mismo; usted recordará el sentido de las cartas y las instrucciones acerca del llamamiento de seres de distinto nombre, y «eso» venía de otra dimensión y regresaba a ella, es decir, un ser humano que le sirviera de alimento con la fuerza de su vida o su sangre, o algo más oscuro que no podemos conjeturar. Fue con ese propósito, así como para cerrarle la boca, que sin duda John Druven fue narcotizado y traído de nuevo a la casa Billington y ofrecido como sacrificio, exactamente en la misma forma vengativa empleada por Jonathan contra el entrometido Wilbur Corey.

—Concediendo todo eso, hay cierta evidencia contradictoria en los hechos conocidos —dije.

—¡Ah!, esperaba que usted lo advirtiera. Sí, la hay. Y el que Bates no la haya visto es una grave falta en su raciocinio. Permítame que adelante una hipótesis: Alijah Billington, por medios que desconocemos, se entera de ciertos conocimientos relacionados con los Grandes Ancianos y su propiedad ancestral. Investiga, continúa instruyéndose y llega finalmente a descubrir para qué sirve el círculo de piedras y la torre que se encuentra sobre la isla, en medio del tributario del Miskatonic, el río que Dewart tan extrañamente llamó Misquamacus, sin saber su nombre. A pesar de ser tan cuidadoso, no logra evitar que ocurran ciertas incursiones entre los habitantes de Dunwich. Tal vez se consuele y excuse a sí mismo con la idea de que es la obra de Bishop la responsable. Reúne cuidadosamente partes del *Necronomicon*, como ya lo vimos, que le son enviadas desde todas partes del mundo; pero, al mismo tiempo, se pone algo nervioso respecto a la amplitud e inmensidad del infinito extraterreno dentro del cual ha estado huroneando. Su estallido contra Druven por su crítica del libro del reverendo Ward Philips señala dos cosas: que ha comenzado a sospechar que su mano no es enteramente suya y que ha entablado una lucha contra una coacción cada vez más molesta. El ataque directo y luego la muerte de Druven llevan el asunto a un clímax. Billington se despide de Quamis y, utilizando sus conocimientos adquiridos en el *Necronomicon*, sella la «abertura» que ha hecho, como ha sellado la de Bishop después de la desaparición de este, y parte para Inglaterra para reasumir su propia identidad lejos de las siniestras fuerzas psíquicas que operan en el Bosque.

—Esto parece bastante lógico.

—Ahora bien; a la luz de esta hipótesis, miremos las instrucciones dejadas por Alijah Billington referentes a su propiedad en el estado de Massachusetts.

Buscó entre los papeles de Bates y tomó una hoja que colocó delante de él.

—Aquí están. Primero de todo, conmina a «todos los que vengan después de él» a que esa propiedad sea mantenida en la familia, y luego imparte una serie de órdenes, deliberadamente oscuras, aunque admite, un tanto indirectamente, que su «sentido se encontrará dentro de los

libros que han quedado en la casa conocida por el nombre de Casa Billington» . Comienza con esta: « No debe permitirse que el agua cese de correr en derredor de la isla de la torre, ni molestar a la torre en ninguna forma, ni impetrar a las piedras» . El agua cesó de correr por sí sola, según lo que sabemos, y nada malo ocurrió. Por « molestar a la torre» , sin duda, Alijah quería significar que no debía reabrirse la abertura que él había cerrado en su techo; la había cerrado con una piedra que llevaba una marca que, aunque no la he visto, debe y sólo puede ser el « Signo Mayor» , la marca de esos Dioses Mayores cuya fuerza contra los Grandes Antiguos es absoluta, la marca que los Grandes Antiguos temen y odian. Dewart abrió precisamente esa abertura que Alijah esperaba jamás sería abierta. Finalmente, la impetración a que se refiere sólo debe de ser la fórmula o fórmulas que es necesario recitar a fin de entrar en contacto primario con las fuerzas más allá del « umbral» . Alijah sigue diciendo: « No debe abrir la puerta que conduce a tiempos y lugares extraños, ni invitar a Aquel que Acecha en la entrada, ni llamar para que salga de las colinas» . La primera parte sólo recalca la imprecación inicial referente a la torre de piedra. La segunda se refiere por primera vez a un Ser definido, alguien que « acecha en la entrada» , cuya identidad no conocemos, pero que puede ser Nyarlathotep o bien Yog-Sothoth, o bien algún otro. Y la tercera debe de referirse a los ritos secundarios para llamar a « los de Afuera» , posiblemente para el sacrificio. La tercera conjuración es nuevamente de advertencia: « No debe molestar a las ranas y sapos, particularmente a los escuerzos de los pantanos existentes entre la torre y la casa, ni a las luciérnagas ni a los pájaros conocidos por el nombre de chotacabras, por temor a que él abandone sus cerrojos y sus guardias» . Bates comenzó a adivinar el significado de esta imprecación, que simplemente quiere significar que los animales nombrados poseen una sensibilidad peculiar para delatar la presencia de « los de Afuera» con sus gritos y luces de aviso, permitiendo, por lo tanto, tomar las medidas necesarias. Cualquier medida que se tome contra ellos es, por lo tanto, una medida en contra del interés propio.

» En la cuarta se menciona la ventana por primera vez: “No debe tocar la ventana ni intentar modificarla en modo alguno”. ¿Por qué no? Por lo que Bates ha escrito nos es fácil advertir que aquella ventana tiene una influencia maligna. Si las imprecaciones de Alijah son protectoras, ¿por qué entonces no destruir la ventana, ya que reconoce su malignidad? Creo que es simplemente porque si la ventana se cambia podría ser aún más peligrosa que tal como está.

—No lo entiendo —le interrumpí.

—¿No le sugiere nada la narración de Bates?

—La ventana es extraña, el vidrió distinto… fue diseñado expresamente…

—Sugiero que la ventana no es una ventana, sino una lente, o prisma, o espejo que refleja una visión de otra dimensión o dimensiones; en resumen, del tiempo o del espacio. Puede también haber sido diseñada a fin de reflejar rayos oscuros y no para que sirva para la visión, sino para que ejerza una acción sobre sentidos atrofiados u olvidados, y su construcción puede muy bien no deberse a manos humanas. Permitió a Bates, en dos oportunidades, ver más allá del panorama habitual que se encuentra al otro lado de la ventana. Aceptemos eso por el momento y prosigamos con la última imprecación. Esta es sencillamente una reafirmación de todo lo esencial que se ha dicho antes: « No debe vender o disponer de la propiedad sin insertar una cláusula que impida que la isla y la torre sean molestadas, ni modificada la ventana, a menos de ser destruida totalmente» . Aquí se sugiere de nuevo que la ventana es capaz de una influencia

maligna, y eso, a su vez, sugiere que ni siquiera Alijah la entiende. Parecería como si fuera otra abertura, si no para la entrada física de « aquello de afuera» , para su percepción y, por lo tanto, para su influencia. Creo que la explicación más aceptable es esta: en cada camino que se abre ante nosotros está de manifiesto que una « influencia» opera en la casa y en los Bosques. Alijah, impulsado por ella, se pone a estudiar y a experimentar. Bates nos dice que cuando Dewart entró en la casa se sintió atraído en seguida por la ventana, que se puso a examinar, y que cuando fue a la torre en el bosque se vio como « obligado» por una fuerza extraña a quitar ese bloque de piedra del techo. También explica Bates su propia reacción en la casa después de su primera experiencia curiosa con su primo, que, equivocadamente, domina « esquizofrenia» . Aquí está; permítame que se la lea. « Y de pronto, mientras me hallaba allí, sintiendo el fresco del viento contra mi cuerpo, tuve conciencia, con una creciente opresión, con un sentimiento de desesperación, de la presencia de algo horrendo, de algo espantosamente maligno que rondaba por los bosques que circundaba la casa, de algo pegajoso y penetrante, de lo más repugnante que pueda haber en los abismos más profundos del alma humana. La aprensión al daño, al terror, a la repugnancia, se adueñó como una nube de la habitación; sentí que caía sobre mí cual niebla invisible» . Además de esto, Bates también es atraído por la ventana. Y, finalmente, siendo más nuevo en la casa, es capaz de observar desde un punto relativamente imparcial, la influencia perniciosa que sufre su primo. La diagnostica correctamente como una especie de « lucha» interior, pero la clasifica incorrectamente como « esquizofrenia» , lo que no es.

—¿No le parece, doctor Lapham, que va usted demasiado lejos? Después de todo, hay evidencia irrefutable de un desdoblamiento de personalidad.

—No, no; nada de eso. Ahí está el peligro de conocer demasiado poco el asunto. Ninguno de los síntomas está presente, excepto el conflicto superficial entre actitudes. Ambrose Dewart es, en un principio, una persona amable, un caballero educado que ocupa sus momentos de ocio con ciertas investigaciones. Luego tiene la intuición de algo, no sabe exactamente de qué, pero se torna intranquilo. Finalmente llama a su primo. Bates se encuentra con un cambio aún más notable: ahora Dewart se siente molesto ante él y llega hasta la hostilidad. De vez en cuando reaparece su carácter agradable y natural y su permanencia invernal en Boston le sienta perfectamente. Pero casi en seguida de su regreso a la casa del Bosque, la hostilidad vuelve a manifestarse esta vez acompañada de cierta vigilancia alerta. Reconoce un conflicto en la mente de su primo y, empleando un término de psiquiatría que no conoce más que usted, Phillips, sugiere que se trata de esquizofrenia.

—¿Así que a usted le parece que la influencia proviene de… de *afuera*? ¿Y de qué naturaleza es?

—Proviene de afuera, eso es evidente. Y está dirigida por una inteligencia determinada. Es, específicamente, la misma influencia que obraba sobre Alijah, pero que fue vencida por él.

—¿Será la de alguno de los Grandes Ancianos?

—Opino que más bien se trata de la influencia de un agente de los Grandes Ancianos. Si examinamos cuidadosamente el manuscrito de Bates, encontraremos que las sugerencias, las influencias de que habla son de una naturaleza esencialmente humana. Me parece que si fuesen los Grandes Ancianos los que influyeran, por lo menos de vez en cuando, serían esencialmente no humanos. No hay nada que demuestre que lo son. Si la impresión de horror, de repugnancia y

malignidad experimentada por Bates en la casa y el Bosque hubiese sido transmitida por algo extraño a la humanidad, es probable que su reacción no hubiese sido tan fundamentalmente humana; no, en esa oportunidad su reacción fue de una humanidad casi calculada.

Me quedé pensando en esto. Si la teoría del doctor Lapham era buena, como parecía serlo, tenía, por lo menos, una falla: había sugerido que la « influencia» experimentada por Dewart y Bates también había sido experimentada por Alijah Billington. Ahora bien; si esa « influencia» era, como opinaba, de origen humano, debía tener más de un siglo. Eligiendo cuidadosamente mis palabras así se lo dije.

—Sí, en efecto. Pero eso no desbarata mi teoría, Phillips. Recuerde usted que la influencia es extraterrena en su origen. Es también extradimensional y, por lo tanto, humana o no, no está más sujeta a las leyes físicas de la tierra que los Grandes Ancianos. En una palabra, si la influencia es humana, como opino que lo es, entonces también existe en el tiempo y en el espacio colindantes con nosotros y, sin embargo, no está sujeta a sus leyes. Comparte la habilidad de existir en tales dimensiones sin experimentar las limitaciones del tiempo y espacio ejercidas sobre cualquier persona o personas que ocupan la Casa Billington. Existe en esas dimensiones exactamente como existieron esos pobres desventurados que fueron las víctimas de los seres llamados por Bishop, Billington y Dewart antes de que fueran dejados caer de nuevo en nuestra dimensión.

—¿Dewart?

—Sí, él también.

—¿Sugiere usted que él es el responsable de esas extrañas desapariciones recientes en Dunwich? —pregunté lleno de asombro.

Sacudió la cabeza como si sintiera lástima por mi limitado entendimiento.

—No, no lo *sugiero*; lo adelanto como un *hecho manifiesto*, a menos que quiera usted que volvamos al objetable terreno de las coincidencias.

—De ningún modo.

—Muy bien, entonces. Reflexione un poco. Billington se dirige al círculo de piedras y a su torre y abre la « puerta» . Se oyen ruidos en los bosques y esto por personas completamente ajenas a Billington, así como por su propio hijo, Laban, quien escribe sobre ellos en su diario. Esos fenómenos son siempre seguidos por: a) una desaparición; b) una reaparición bajo ciertas circunstancias extrañas, pero siempre las mismas, y tras un lapso de varias semanas o meses, quedando sin resolver ambas cosas. Jonathan Bishop escribe en sus cartas que fue a su círculo de piedras y que « llamándole a las Colinas, Le contuve en el Círculo, pero con gran dificultad, a tal punto que parecía que el Círculo no fuese bastante poderoso para contenerle por mucho tiempo» . Ocurren luego extrañas desapariciones y apariciones igualmente extrañas en circunstancias similares a las que siguieron a las actividades de Billington. Esas cosas ocurridas hacía un siglo o más se repiten en nuestro tiempo. Ambrose Dewart camina en su sueño hasta la torre; en sus sueños tiene conciencia de algo increíblemente espantoso y terrible; está posesionado por esa influencia perniciosa y externa, pero no se percata de ello. Con seguridad usted no querrá que un observador imparcial, a la luz de estos hechos, después de la ida de Dewart a la torre de piedra, donde luego encuentra una salpicadura de sangre, crea que las desapariciones y reapariciones que se producen subsiguientemente son obra de la « coincidencia» .

Concedí que, en efecto, no podía explicarse como coincidencias la serie de acontecimientos

paralelos acaecidos en las diversas épocas. Me hallaba profundamente turbado, porque el doctor Lapham era un sabio de gran mérito y extraordinarios conocimientos, y su aceptación de algo tan ajeno a lo que hasta ahora se conocía me desconcertaba. Era evidente que para el doctor Lapham la hipótesis que adelantaba estaba basada en algo más que simples conjeturas, y esto involucraba una creencia que iba más allá, que tal vez, de lo creíble. Pero mi superior no parecía abrigar la menor duda y su seguridad me resultaba pasmosa.

—Observo que está usted sumido en sus pensamientos —me dijo sonriendo—. Basta por esta noche de estas cosas; reflexionemos en todo lo que acabamos de decir y mañana, o más tarde, volveremos sobre el asunto. Deseo ahora que usted lea algunos de los pasajes que he señalado en estos libros; pero tendrá que echar un vistazo ahora mismo al *Necronomicon* a fin de que yo pueda devolverlo a la biblioteca esta misma noche.

En seguida comencé la lectura del antiquísimo libro, donde el doctor Lapham había señalado dos pasajes en verdad curiosos. Mientras los leía, iba traduciéndolos lentamente. Eran párrafos que insinuaban que seres odiosos aguardaban constantemente «afuera» a la espera de poder introducirse entre los humanos. Un largo párrafo en medio del primer pasaje me llamó especialmente la atención, como si tuviera una fuerza especial.

«Ubbo-Sathla es esa fuente que jamás se olvida y de donde vienen aquellos que se atreven a oponerse a los Dioses Mayores que reinaban en Betelgeuse, los Grandes Ancianos que combatieron contra los Dioses Mayores; y esos Grandes Ancianos fueron instruidos por Azothoth, que es el dios ciego e idiota, y por Yog-Sothoth, que es el Todo-en-Uno y Uno-en-Todo, y sobre quien no existen las exigencias del tiempo y el espacio, y cuyos aspectos sobre la tierra son Umr At-Tawil y los Grandes Ancianos. Los Grandes Ancianos sueñan eternamente con el tiempo en que, una vez más, reinarán sobre la tierra y el Universo del cual forma parte… El Gran Cthulhu se erguirá en R'lyeh, Hastur, que es Aquel a Quien no se Debe Nombrar, volverá de nuevo de la oscura estrella que se encuentra cerca de Aldebarán, en las Híades; Nyarlathotep aullará continuamente en la oscuridad en que mora; Shub-Niggurath, que es la Cabra Negra con los Mil Pequeños, parirá y volverá a parir, y dominará todos los bosques con sus ninfas, sátiros y Pequeñas Gentes; Lloigor, Zhar e Ithaqua cabalgarán por los espacios entre las estrellas y ennoblecerán a aquellos que les seguirán, que son los Tcho-Tcho; Cthukha circundará su dominio de Fomalhaut, y Tsathoggua vendrá de N'kai… Aguardan eternamente a las Puertas, pues el tiempo se acerca, la hora no tardará en llegar, mientras duermen los Dioses Mayores, soñando, sin saber que están aquellos que conocen los hechizos que fueron colocados sobre los Grandes Ancianos por los Dioses Mayores, y que aprenderán a quebrantarlos, como ya han aprendido a mandar a los adictos que aguardan más allá de las puertas de Afuera».

El segundo pasaje se encontraba algo más lejos, pero era igualmente estremecedor.

«La defensa contra brujas y demonios, contra los Muy Profundos, los Dhols, los Voormis, los Tcho-Tcho, los Abominables Mi-Go, los Shoggoths, los Ghasts, los Valusianos y todas las gentes y seres que sirven a los Grandes Ancianos y su Prole, se encuentra entre el pentáculo, o sea estrella de cinco puntas, grabada sobre la piedra gris del antiguo Mnar, que es menos poderoso contra los Grandes Ancianos. El poseedor de la piedra podrá ordenar a todos los seres que trepan, nadan, se arrastran, caminan o vuelan aun hacia la fuente de donde no hay regreso. En Yhe, así como en la gran R'lyeh, en Y'hanthlei, así como en Yoth, en Yuggoth, así como en Zothique, en N'Kai, así como en K'n-yan, en Kadath, en el Frío Oeste, así como en el Lago de Hali, en Carcosa, así como en Ib, tendrá poder; pero, así como las estrellas se desvanecen y enfrían, así como el sol muere y los espacios entre las estrellas aumentan, así se desvanece el poder de todas las cosas, así como el del pentáculo y de los hechizos colocados sobre los Grandes Ancianos por los benignos Dioses Mayores, y llegará a tiempo, como ya llegó una vez, cuando se demostrará que:

»No está muerto lo que yace eternamente.

»Y con extrañas eternidades hasta la muerte podría morir».

Llevé a mi casa los otros libros y ciertas copias fotostáticas de libros manuscritos que estaba prohibido salieran de la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, y la mayor parte de esa noche me la pasé leyendo aquellos terribles libros. Leí pasajes del *Manuscrito Pnakotico* de los *Fragmentos de Celaeno*, de *Investigaciones sobre mitos*, del profesor Shrewsbury, en el *Texto del R'Lyeh*, en el *Cultes des Goules*, del conde d'Erlette, en el *Libor Ivonis*, en el *Unaussprechlichen Kulten*, de Von Junzt, en el *De Vermis Mysteriis*, de Ludwig Prinn, en el *Libro de Dzyan*, en los *Cánticos de Dhol* y en los *Siete Libros Secretos de Hsan*. Leí cosas terribles y blasfemias de cultos ancestrales, prehumanos, algunos de los cuales habían sobrevivido en ciertas formas espantosas hasta nuestros días y en los más remotos rincones del mundo. Cavilé mucho tiempo sobre párrafos oscuros, escritos en un estilo casi incomprensible, que hablaba de idiomas que llamaban Aklo, Naacal, Tsatho-yo y Chian; leí insinuaciones horribles de ritos dañinos, espantosos, horrendos; tropecé numerosas veces con los nombres de lugares de antigüedad increíbles, tales

como el del Valle de Pnath, o de Ulthar, de N'gai y Sarnath-la-Maldita, de Thork e Inganok, de Kythamil y Lemuria, de Hatheg-Kla y de Chorazin, de Carcosa y Yeddith, de Lomar y Yian-Ho ; leí acerca de otros Seres, cuyos nombres estaban acompañados de horror más estremecedor y horrible, y del relato de ciertos acontecimientos terrestres pasmosos e increíbles, *explicables sólo a la luz de ese infernal horror*; encontré nombres extraños y otros familiares, espantosas descripciones y meras insinuaciones de inimaginable terror en los relatos referentes a Yig, el terrible dios-serpiente, a Atlach-Uacha, el de la forma de araña, a Gnoph-Hek, el peludo, conocido también por el nombre de Rhan-Ttegoth; a Chaugnar Fauga, el vampiro; a los perros infernales de Tindalos, que husmean por los ángulos del tiempo, y repetidamente a Yog-Sothoth, el Todo-en-Uno y Uno-en-Todo, cuya apariencia disfrazada es como un cúmulo de globos irisados que ocultan pasmoso horror bajo ellos. Leí cosas que no son para ser conocidas por un hombre mortal, cosas capaces de hacer perder el juicio a un lector imaginativo, cosas que más vale sean destruidas, ya que su conocimiento por la humanidad puede ser excesivamente peligroso dadas las atroces consecuencias que podrían tener la vuelta al dominio terrestre de esos Grandes Ancianos que fueron desterrados para siempre del reino estelar de Betelgeuse por los Dioses Mayores cuyas leyes estos seres dañinos habían desafiado.

Leí la mayor parte de esa noche y durante el resto de ella permanecí despierto, dando vueltas y más vueltas en mi mente a todo aquel nauseabundo horror que había leído, temeroso de dormirme y de soñar con aquellos seres grotescos y horrendos sobre los cuales no sólo había leído, sino que el doctor Lapham me había hablado de muchos de ellos con una persuasión que me aterraba, pues yo sabía que en cuestiones antropológicas pocos de sus contemporáneos podían igualar los conocimientos del eminente sabio. Además, estaba yo demasiado turbado para dormir, pues los conceptos que aquellos extraños volúmenes habían revelado eran tan terribles y su horror tan grande que mi único afán era tratar de recobrar mi normalidad mental tan fuertemente sacudida.

A la mañana siguiente regresé a la oficina del doctor Lapham más temprano que de costumbre pero mi superior ya estaba allí. Evidentemente, había estado trabajando desde hacía tiempo, pues su escritorio se hallaba cubierto por hojas de papel llenas de fórmulas, gráficos y diagramas de los más extraños.

—Bien. ¿Los ha leído usted? —dijo al verme colocar los libros sobre un ángulo del escritorio.

—Durante toda la noche —le contesté.

—Yo también, y noche tras noche, desde que los descubrí.

—Si estas cosas son ciertas, aunque sea en su mínima parte, entonces tendremos que revisar todos nuestros conceptos del tiempo y el espacio, y, hasta cierto punto, de nuestro propio principio.

Asintió con la cabeza, imperturbable.

—Todo sabio conoce que la mayoría de nuestro saber está basado sobre ciertos credos fundamentales que, encarados con un entendimiento de lo no terreno, no se pueden probar. Tal vez tengamos, a la larga, que cambiar algunos de nuestros credos. Lo que debemos encarar en lo que comúnmente se llama « lo desconocido» es aún un asunto de conjeturas, a pesar de esos y otros libros. Pero yo creo que no podemos dudar de que *algo* existe *afuera*, y que sus fuerzas son buenas y malas y que luchan entre sí. Además, no debemos olvidar que *todas* las religiones, tanto

la cristiana, la budista, la mahometana y otras, admiten esa lucha del bien y el mal y esa existencia extraterrena. La razón por la cual digo que en esta particular mitología debemos admitir la existencia de algo extraño, afuera, es sencillamente porque, tal como usted habrá notado, sólo con esa admisión podremos explicar no sólo los terribles y extraños acontecimientos relatados en esos libros, sino muchos otros hechos completamente contrarios a los conocimientos científicos humanos, y que ocurren diariamente en todas partes del mundo, algunos de los cuales han sido recopilados en dos libros notables por un autor relativamente desconocido, llamado Charles Fort, libros titulados *El libro de los condenados* y *Nuevas Tierras*, y cuya lectura le recomiendo. Consideremos unos pocos hechos, y digo « hechos» deliberadamente, y admitiendo la bien conocida informalidad de los observadores humanos. Por ejemplo, la caída de piedras desde el cielo, registrada en Buschof, en Pillitsfer, en Nerft y en Dolgovdi, en Rusia, entre los años mil ochocientos sesenta y tres y mil ochocientos sesenta y cuatro. Esas piedras eran de composición desconocida en la tierra y fueron descritas como « grises con algunas manchas de color bronce» . Ahora bien, la piedra Mnar, de la que se habla repetidamente en esos libros, es también descrita como una « piedra gris» . Lo mismo que las piedras duras de Rowley, descubiertas unos pocos años antes en Birmingham, Inglaterra, y luego las de Wolverhampton, que eran negras exteriormente, pero grises en su interior. Y las « luces globulares» que fueron vistas por el barco de guerra *Caroline*, en mil ochocientos noventa y tres, entre el barco y una montaña junto al mar de la China. Luces que fueron descritas, como « globulares» y que aparecieron en el cielo, a menor altura que una montaña, y que se movían en masa e irregularmente, dirigiéndose rumbo al norte. Durante dos horas permanecieron visibles, y lo mismo ocurrió en las noches siguientes, a finales del mes de febrero, y una hora aproximadamente antes de la medianoche. La última noche el fenómeno duró siete horas. Un fenómeno similar fue visto y relatado por el capitán del *Leander*, quien, sin embargo, aseguraba que las luces se movían en línea recta, elevándose a los cielos y desapareciendo. Once años después, también a finales de febrero, el día veinticuatro, para ser más exacto, la tripulación del barco norteamericano *Supply* vio tres objetos de tamaños distintos pero todos « globulares» , moviéndose hacia arriba « al unísono» . Al mismo tiempo una luz globular similar fue observada por personas que viajaban en tren, cerca de Trento, Missouri. En el mes de agosto de mil ochocientos noventa y ocho un empleado de Correos que viajaba en ferrocarril vio aparecer esa misma luz durante una lluvia, luz que se desplazaba a la misma velocidad que el tren y en dirección al Norte, a pesar del fuerte viento del este que soplaba en ese momento, hasta que llegó cerca de un pueblecito de Iowa, donde desapareció. En mil novecientos veinticinco, durante un día extraordinariamente caluroso de agosto, unos jóvenes que atravesaban a las diez de la noche un puente sobre el río Wisconsin, en el pueblecito de Sac Prairie, vieron en el cielo un conjunto singular de luces que venían del este, pasando junto a la estrella Antares, y se dirigía al oeste, a la estrella Arcturus, y en cuyo centro tenía « una bola de luz negra, a veces redonda, a veces ovalada y a veces romboide» . ¿No le sugiere nada todo esto, Phillips?

Mi garganta estaba reseca por la emoción que el creciente convencimiento me producía.

—Sí… Que uno de los Grandes Ancianos presenta una apariencia superficial descrita como « cúmulo de globos irisados» .

—Precisamente; no sugiero que esa sea la explicación de aquellos hechos. Pero si no lo es,

nos vemos obligados una vez más a aceptar la coincidencia como explicación. La descripción de los Grandes Ancianos ha sido hecha siglos antes que ocurrieran esos fenómenos aislados. Ahora permítame que le hable de ciertas desapariciones extrañas que jamás han sido explicadas, de personas, aviones y otras cosas. Por ejemplo, Dorothy Arnold desapareció el doce de diciembre de mil novecientos diez, entre la Quinta Avenida y la entrada del Central Park. Desapareció sin motivo alguno. Jamás fue vuelta a ver, no se recibió ninguna petición de rescate y nadie podía beneficiarse con su desaparición. El *Cornhill Magazine* relata la desaparición de un tal Benjamín Bathurt, representante del gobierno británico ante la corte del emperador Francisco de Viena; había ido con su lacayo y su secretario a examinar unos caballos que le pertenecían y que debían correr en Perleberg, Alemania. Fue hacia el otro lado de los caballos y desapareció. Nadie volvió a saber nada de Bathurt. Entre los años mil novecientos siete y mil novecientos trece desaparecieron misteriosamente, sólo en la ciudad de Londres, tres mil doscientas personas de las cuales jamás se volvieron a encontrar rastros. Un joven empleado en un establecimiento molinero en Battle Creek, Michigan, salió de las oficinas para dirigirse al molino. Desapareció. El *Tribune* de Chicago del quince de enero de mil novecientos, informa del caso de ese joven, un tal Sherman Church. Jamás se ha vuelto a saber nada de él. Ambrose Bierce, y aquí llegamos a algo de naturaleza siniestra (pues Bierce se interesaba en asuntos extraterrenos), desapareció en México. Se dijo que había muerto luchando contra Villa, pero en la época de su desaparición debía de tener más de setenta años y era prácticamente un inválido. Jamás se volvió a saber de él. Eso ocurrió en mil novecientos trece. En mil novecientos veinte, Leonard Wadman se hallaba paseando por el sur de Londres cuando sintió de pronto un vahído y en ese mismo instante se encontró en el camino que conduce a Dunstable, a treinta millas del lugar donde antes estuvo, sin saber cómo había llegado hasta allí. Pero hablemos de lo ocurrido entre nosotros, en Arkham, Massachusetts, en setiembre de mil novecientos quince. El profesor Laban Shrewsbury, que habitaba en la calle Curven, número noventa y tres, mientras se paseaba por el campo, al oeste de Arkham, desapareció. Entre sus papeles se encontraron instrucciones para que su casa permaneciese cerrada un período de por lo menos treinta años. Esto es significativo, y más significativo aún es el hecho de que el profesor Shrewsbury era el único hombre en Nueva Inglaterra que sabía más de estos asuntos que yo.

Después de un tiempo lo suficientemente largo como para permitirme asimilar esta serie de hechos curiosos que acababa de oír en rápida sucesión, pregunté:

—Concediendo que los datos que esos antiguos libros nos ofrecen nos permiten solucionar los acontecimientos que han ocurrido en este rincón de la tierra durante los últimos, doscientos años y más, ¿qué es, según su opinión, lo que «acecha a la entrada», que presumiblemente es la abertura en el techo de esa torre de piedra?

—No lo sé.

—Pero sin duda lo sospecha usted.

—¡Oh, sí! Sugiero que vuelva usted a echar un vistazo sobre el extraño documento titulado: *De las brujerías Dañinas hechas en Nueva Inglaterra por Demonios sin Forma Humana*. La referencia retrocede hasta «cierto Richard Billington» que «colocó en los Bosques un gran Círculo de Piedras, dentro del cual decía sus Oraciones al Diablo…, cantaba ciertos Ritos de Magia abominados por las Escrituras Sagradas». Esto se refiere, probablemente, al círculo de

piedras alrededor de la torre en los Bosques Billington. Ahora bien, el documento sugiere que Richard Billington «temía» y que finalmente fue «comido» por una «Cosa» que él había llamado del cielo por la noche; pero no se ofrece ninguna prueba o «evidencia» de esto. El mago indio, Misquamacus, «hechizó al Demonio», metiéndolo en un pozo de piedras de Billington, y allí lo aprisionó bajo… (la palabra es ilegible, pero sin duda es «losa», o «piedra», o algo similar), «esculpida con el *Signo Mayor*». Lo llamaban *Ossadogowah*, y explican que era «la criatura de Sadogowah», lo que sugiere inmediatamente una de las entidades menos conocidas en la mitología que hemos estado examinando: *Tsathoggua*, a veces conocido como *Uhothagguah* o *Sodagui*, que es descrito como no antropomórfico, negro y un tanto plástico, de origen variable y antiquísimo culto. Pero la descripción aventurada por Misquamacus difiere de la aceptada comúnmente; la describe como «a veces pequeño y sólido como un Escuerzo y del tamaño de muchos Marmotas, pero a veces grande y nebuloso, sin Forma, aunque con un Rostro que tenía Serpientes en él». Esta descripción del rostro podría convenir a Cthulhu, pero las manifestaciones de Cthulhu están por lo general asociadas con lugares acuosos y más particularmente marinos, o lugares donde el mar ingresa en proporciones mayores que las que pueden ofrecer los tributarios del Miskatonic. También podría convenir a ciertas manifestaciones de Nyarlathotep, y eso creo que es más acertado. No cabe duda de que Misquamacus cometió un error en su identificación, y también lo cometió al referirse al destino de Richard Billington, porque existen evidencias que demuestran que Richard Billington se fue por esa abertura a «Afuera», cruzando la entrada a la cual Alijah se refiere muy especialmente en sus instrucciones a sus herederos. La evidencia se encuentra en el libro de su antepasado, Phillips, y Alijah la «presintió» o «descubrió», como quiera llamárselo, pues Richard regresó bajo otra forma, y tuvo cierto comercio con la humanidad. Por otra parte, eso también lo sabían las gentes de Dunwich, bajo forma de leyenda, quienes también no desconocían que Richard Billington practicaba ciertos ritos, ya que hasta había iniciado e instruido en ellos a algunos de sus antepasados. Bates, en su manuscrito, reproduce un comentario evasivo de la señora Bishop respecto al «Amo». Pero para la señora Bishop el «Amo» no era Alijah Billington. Eso es también evidente en todos los documentos que tenemos, así como en el manuscrito de Bates aun antes de que hubiera hablado con la señora Bishop. Esto es lo que ella dice: «Alijah Le encerró… y encerró también al Amo allí fuera, cuando el Amo estaba listo para regresar después de tantos años. El Amo andaba por la tierra y nadie le conocía, pues su rostro se cambiaba en muchos otros. ¡Ay! Su rostro se asemejaba ya al de Whately, al de Doten, al de Giles, al de Corey, y se sentaba entre los Whately, entre los Doten, los Giles y los Corey, y todos creían que era uno de ellos… Comía y dormía entre ellos y conversaba con ellos; pero tan grande era él en su poderío que aquellos de quienes se posesionaba se debilitaban y se morían, incapaces de contenerle. Sólo Alijah dominó al Amo, le dominó más de cien años después de que el Amo hubo muerto». ¿No le sugiere nada esto?

—No; para mí es completamente incomprensible.

—Pues no debería serlo, pero todos nos dejamos llevar hasta cierto punto por lo que nuestros conocimientos han establecido como lógico y racional. Richard Billington partió por esa abertura practicada por él, pero regresó por otra abertura producida probablemente por uno de esos experimentos similares a los de Jonathan Bishop. Se posesionó de varias personas; esto es, entró

en ellas, pero se encontraba en una mutación; debido a su existencia « fuera» , y por lo menos un resultado de su existencia en su forma secundaria aquí está registrada en el libro de su antepasado cuando habla de lo que la mujer Doten trajo, allá por la Candelaria del año mil setecientos ochenta y siete, y que describe como no siendo « ni Bestia ni hombre, sino un monstruoso murciélago con rostro humano. No emitía sonido alguno pero miraba a todos con ojos tristes. Había quienes aseguraban que tenía un horrendo parecido con alguien muerto desde largo tiempo, un tal Richard Bellingham o Bollinhan, que por supuesto es Richard Billington, quien se afirma ha desaparecido por completo después de ciertos tratos con Demonios en el país llamado Nueva Dunnich» . Es presumible, pues, que Richard Billington, ya sea en forma física o psíquica, continuó existiendo en el país de Dunwich, y es a él a quien deben atribuírsele los horrores que han visto la luz allí, y que han sido considerados como « decadencia física» y « degeneración» . Esto continuó por un siglo, hasta que, en una palabra, la casa de los Bosques Billington fue vuelta a habitar por un miembro de esa familia. Entonces la fuerza que era Richard Billington, el « Amo» de la narración de la señora Bishop y de las leyendas de Dunwich, se tornó activa una vez más, intentando restaurar la abertura primitiva. Es muy posible que, influido por esa fuerza de Afuera, que era Richard Billington, Alijah comenzó a estudiar los viejos volúmenes, los documentos y los papeles a su alcance, restaurando el círculo de piedras, y construyendo la vieja torre, utilizando en su construcción algunas de las piedras, lo que explicaría la mayor antigüedad de algunas de ellas, y quitando de su lugar el bloque de piedra gris grabado con el Signo Mayor, precisamente como Dewart y su compañero indio persuadieron que volviera a hacer Bates últimamente. Así, por lo tanto, quedó reabierta la abertura, y comenzó un curioso y sin duda memorable conflicto. Pues Richard Billington, habiendo logrado cumplir su propósito primordial, se dispuso a cumplir otro secundario; esto es, reasumir su interrumpida existencia sobre la Tierra en su propia casa y en la persona de Alijah Billington. Pero desgraciadamente para él, Alijah no se detuvo al cumplir el propósito primordial de Richard, sino que siguió estudiando. Consiguió nuevas partes del *Necronomicon*, y continuó instruyéndose, llamando a Ciertas Cosas de Afuera, y permitiendo que esas Cosas asolaran la región de Dunwich a su gusto. Continuó así hasta que tuvo el embrollo con Phillips y Druven, y hasta que finalmente advirtió las intenciones de Richard Billington; entonces echó Afuera a la Cosa o Cosas, y sin duda a la fuerza de Billington también, y sencillamente selló la nueva abertura con la piedra que llevaba el Signo Mayor, después de lo cual partió del país, y antes de morir redactó las inexplicables instrucciones para sus herederos. Pero algo de Richard Billington quedó, algo del Amo permaneció, lo suficiente para permitirle realizar de nuevo su propósito un siglo después.

—¿Entonces la influencia que se hace sentir allí es la de Richard Billington y no la de Alijah?

—No cabe la menor duda. Tenemos ciertas indicaciones precisas de ello. Richard es el Billington que desapareció y que no fue vuelto a ver, y no Alijah, que murió en su lecho en Inglaterra. Por otra parte, hay una manifestación que resulta absolutamente probatoria. Richard Billington ha tenido suficiente trato con esos seres de Afuera como para estar sujeto a las mismas leyes que ellos en sus propias dimensiones. En una palabra, teme el Signo Mayor. Ahora bien, el día en que el indio apareció antes de amanecer, usted recordará que Dewart requirió la ayuda de Bates. Se trataba de mover y enterrar la piedra sobre la cual se hallaba grabado el Signo Mayor. Dewart desafió a Bates, diciendo que no podría llevarla solo. Bates lo hizo. Observe bien que ni

Dewart ni el indio movieron un dedo para ayudarle, es decir, que ninguno de los dos la tocó porque no se atrevían a hacerlo, porque, Phillips, Ambrose Dewart ya no es Ambrose Dewart, sino que es Richard Billington, y el indio Quamis es ese mismo indio que en tiempos de Alijah le asistía en sus prácticas, y que un siglo antes había servido a Richard, y que fue llamado de aquellos horrendos espacios de Afuera a fin de reanudar los horrores comenzados hace doscientos años. Y si no interpreto mal los signos, tendremos que proceder con rapidez a fin de evitar y desbaratar ese propósito, y sin duda Stephen Bates tendrá más cosas que contarnos cuando se detenga aquí de regreso para su casa, dentro de tres días, si es que se le permite partir.

Los presentimientos de mi superior se vieron realizados en menos de tres días.

No hubo anuncio público de la desaparición de Stephen Bates, pero la noticia nos llegó mediante un correo rural, en la forma de un trozo de papel desgarrado que dijo haber encontrado en la carretera de Aylesbury Pike, y que, como aparentemente estaba dirigido al doctor Lapham, lo había traído al despacho del hombre de ciencia. El doctor Lapham leyó el papel en silencio y luego me lo pasó.

Por la forma en que estaba garabateado parecía haber sido escrito con una prisa terrible y utilizando como mesa la rodilla o algún trozo de tronco de árbol, pues en varios lugares el lápiz había perforado el papel.

> Doctor Lapham, ¡lo envió detrás de mí! La primera vez conseguí librarme de Él. Sé que me encontrará. Primero los Soles y las Estrellas. Luego el olor... ¡Oh, Dios, qué olor!... como algo que ha estado quemándose mucho tiempo. Corrí al ver las luces sobrenaturales. Llegué a la carretera. Lo oí detrás de mí, como el viento entre los árboles. Luego el Olor. Y el sol estalló, ¡y la Cosa salió EN PEDAZOS, QUE SE UNIERON FORMANDO UN TODO! ¡Oh, Dios! No puedo...

No había más.

—Llegaremos tarde para salvar a Bates, eso es evidente —dijo el doctor Lapham—. Y espero que no nos encontremos con lo que se encontró él —añadió lúgubremente—. Pues contra eso en verdad tenemos poco poder. Nuestra única oportunidad está en llegar hasta Billington y el indio mientras la Cosa se halla de regreso Afuera, pues no vendrá a menos que se la llame.

Abrió un cajón de su escritorio mientras hablaba y tomó de él dos brazaletes de cuero, similares a los que se utilizan para los relojes de pulsera, pero que en lugar de reloj tenían una piedra gris ovalada, sobre la cual estaba grabado un extraño diseño: una estrella tosca de cinco puntas, en cuyo centro se veía un rombo y una especie de haz de llamas. Me tendió uno a mí y puso el otro alrededor de su propia muñeca.

—¿Y qué haremos ahora? —inquirí.

—Iremos a aquella casa y preguntaremos por Bates. No le oculto que puede ser peligroso.

Aguardó a que yo protestara, pero nada dije. Siguiendo su ejemplo, me puse el brazalete que me había entregado, y luego abrí la puerta para darle paso.

No había señales de vida en la casa Billington; varias ventanas estaban cerradas con persianas, y a pesar de lo fresco de la temperatura, no se advertía humo en la chimenea. Dejamos el automóvil en el camino, frente a la puerta de entrada, y subiendo los escasos escalones, llamamos a la puerta. No recibimos contestación. Volvimos a llamar, más fuerte, y otra vez más, hasta que finalmente la puerta se abrió de pronto y nos encontramos ante un hombre de estatura mediana, con nariz aguileña y un copete de cabello rojizo. Su tez era morena, casi cetrina, y sus ojos penetrantes y recelosos. Mi superior se presentó sin tardanza.

—Buscamos al señor Stephen Bates —dijo luego—, y tengo entendido que vive aquí.

—Vivía aquí, sí, pero salió el otro día para Boston. Es allí donde reside habitualmente.

—¿Puede usted darme su dirección?

—Calle Randle, número diecisiete.

—Gracias, señor —dijo el doctor Lapham, y tendió su mano.

Un poco sorprendido por esta cortesía innecesaria, Dewart alargó la suya para estrechársela; pero en cuanto sus dedos tocaron los de mi superior, lanzó un grito ronco y retrocedió de un salto. La transformación que sufrió su rostro fue en verdad espantosa; su recelo anterior se convirtió en una mezcla de odio e ira y sus ojos centellearon horriblemente. Sólo cerró la puerta de un golpe brutal. Había advertido el brazalete que llevaba el doctor Lapham.

Este, con calma imperturbable, se dirigió hacia el automóvil. Cuando me deslicé detrás del volante, estaba mirando su reloj.

—Falta poco para que anochezca. No nos queda mucho tiempo. Espero que irá a la torre esta noche.

—Eso fue una especie de aviso que le dio usted, ¿verdad? ¿Y por qué? ¿No hubiera convenido más que lo ignorara?

—No hay razón alguna para que lo ignore; Al contrario, es mejor que lo sepa. Pero no perdamos tiempo hablando. Tenemos mucho que hacer antes de que caiga la noche, pues debemos encontrarnos aquí antes de la puesta del sol. Y tenemos que ir hasta Arkham a buscar ciertas cosas que necesitamos esta noche.

Media hora antes de la caída del sol llegábamos junto a los Bosques Billington acercándonos a ellos por el extremo oeste, es decir, del lado opuesto a la casa. La claridad, que ya menguaba, especialmente bajo los frondosos árboles, impedía que avanzáramos muy rápidamente, máxime teniendo en cuenta que nos hallábamos bastante cargados. El doctor Lapham no se había olvidado de nada. Llevábamos palas, linternas, cemento, un gran recipiente de agua, una palanca de hierro, y varias otras herramientas similares. Además, el doctor Lapham se había armado con una curiosa y antigua arma que lanzaba balas de plata, y llevaba el bosquejo que Bates nos había dejado y que señalaba aproximadamente el lugar donde había enterrado el bloque de piedra gris marcado con el Signo Mayor.

A fin de evitar toda conversación inútil en los Bosques, el doctor Lapham me había explicado que pensaba que Dewart, o mejor dicho Billington, y tal vez el indio Quamis, se dirigirían a la torre en cuanto cayera la noche, a fin de poner en práctica sus odiosos ritos. Hasta ahí todo lo teníamos previsto. Debíamos desenterrar sin pérdida de tiempo la losa de piedra y tenerla lista

para utilizarla, y asimismo debíamos preparar el cemento para emplearlo sin pérdida de tiempo cuando llegara el momento. Lo que luego ocurriese dependía del doctor Lapham, quien me había dado severas instrucciones, a fin de que obedeciera sus órdenes sin objeción ni pregunta alguna, cosa que le prometí hacer, aunque me sentía algo ansioso respecto a lo que pudiera ocurrir.

Llegamos finalmente cerca de la torre y el doctor Lapham descubrió sin dificultad el lugar donde Bates había enterrado la piedra que llevaba el sello. La desenterró con facilidad, mientras yo mezclaba el cemento, y poco después de la caída del sol estábamos listos para comenzar nuestra vigilancia. La noche no tardó en llegar y del este, o sea en dirección al pantano, del otro lado de la torre, nos llegó el endemoniado coro de los batracios, mientras que un resplandor titilante delataba la presencia de millones de luciérnagas, cuyas luces blancas y verdosas iluminaban fantásticamente aquel lugar y hasta los bosques circundantes. Las chotacabras también se hicieron presentes con su canto extraño, de cadencia extraterrena, y al parecer al unísono con las actividades de los batracios y los insectos.

—*Ellos* se acercan —susurró lúgubremente el doctor Lapham.

Las voces de los pájaros, ranas y sapos se elevaron hasta una intensidad aterradora, a tal punto que temí no poder tolerar aquella cacofonía rítmica e infernal sin enloquecer. Luego, cuando aquel espantoso clamor llegó a su paroxismo, sentí que el doctor Lapham me tocaba el brazo, y, aunque no pude oír lo que me dijo comprendí que Ambrose Dewart y Quamis estaban acercándose.

Me resultaba poco menos que imposible describir los acontecimientos que se desarrollaron aquella noche, aunque de ello no hace mucho tiempo. Diré que desde entonces las regiones de Arkham y Dunwich gozan de una sensación de paz y bienestar como hacía más de dos siglos que no conocían. Esos acontecimientos comenzaron con la aparición de Dewart, o mejor dicho de Billington bajo la apariencia de Dewart, en la abertura del techo de la torre. El doctor Lapham había elegido bien el lugar de nuestro escondite, pues entre el follaje podíamos ver perfectamente la abertura del techo en la cual apareció Dewart. Casi en seguida se elevó su voz, una voz extraña, ronca y terrible que emitía palabras o sonidos más extraños aún, mientras mantenía su cabeza elevada hacia las estrellas. Las palabras o sonidos llegaban claramente hasta nosotros, a pesar del infernal clamor de batracios y chotacabras…

«¡Ia! ¡Ia! ¡N'ghaa, n'nghai! ¡Ia! ¡Ia! ¡N'gai, n'yah, n-yah, shoggog, phtaghn! ¡Ia! ¡Ia! ¡Y-hah, y y-nyah, y-nyah, n-yah! ¡N'ghaa, n'n'gh, waf'l pthanghn-Yog-Sothoth!...».

Un fuerte viento comenzó a elevarse entre los árboles, un viento descendente, y el aire se tomó frío, mientras las voces de las ranas, sapos y chota cabras aceleraban su ritmo. Me volví alarmado hacia el doctor Lapham, justo a tiempo para verle apuntar deliberadamente con su arma y hacer fuego.

Giré vivamente la cabeza; Dewart recibió la bala, se inclinó hacia adelante y luego cayó de cabeza al suelo, fuera de la torre. Al momento, el indio Quamis apareció en la abertura y con voz furibunda continuó con el rito comenzado por Billington.

«¡Ia, Ia, Yog-Sothoth! ¡Ossadogowah!».

La segunda bala golpeó al indio, que no cayó, sino pareció desmoronarse sobre sí mismo.

—Ahora —dijo mi superior con voz fría y tranquila— ponga ese bloque de piedra en su lugar.

Alcé la piedra y él me siguió con el cemento en medio del endemoniado y terrible clamor de ranas y chotacabras; corrimos hacia la torre mientras el viento crecía en intensidad y el aire se helaba cada vez más. Ante nosotros se erguía la torre, y en la torre la abertura hacía de marco a las estrellas y, ¡oh, horror de los horrores… *a algo más*!

Cómo pudimos vivir a través de aquella inolvidable noche con ese horror en la mente y en los ojos, no lo sé. Sólo me queda un vago recuerdo de haber cerrado aquella abertura… de haber enterrado los restos mortales de Ambrose Dewart, ahora por fin libre en la muerte de esa maligna influencia, o mejor dicho posesión de Richard Billington; de las palabras con que el doctor Lapham me aseguraba que la desaparición de Dewart sería atribuida a la misma fuente desconocida de las demás, pero que aquellos que aguardaran que su cuerpo reapareciera como habían reaparecido los demás, aguardarían en vano; del polvo fino y antiguo que el doctor Lapham dijo era lo único que quedaba de Quamis, que había estado muerto desde « más de dos siglos» y sólo caminaba y se movía por orden de Richard Billington; de la destrucción de aquel círculo de piedras; de la aniquilación y enterramiento de la torre misma, *desde abajo*, de modo a que la temida piedra gris con el Signo Mayor no fuera deteriorada en su pasaje a la tierra; del descubrimiento en esa tierra, gracias a nuestras linternas, de curiosos huesos, de varias décadas de antigüedad, posiblemente de la época de aquel antiguo « Mago» … aquel jefe de los Wampanaug, Misquamacus; de la completa destrucción de la magnífica ventana coloreada del Estudio; del retiro de valiosos libros y documentos de la biblioteca de Billington para ser depositados en la de la Universidad de Miskatonic; de la reunión de nuestras herramientas y de su carga, con los libros y documentos, en el automóvil y de nuestra huida poco antes de rayar el alba. De todo esto, ya lo dije, sólo tengo un vago recuerdo. Sólo sé que fue hecho, pues algún tiempo después me obligué a mí mismo a visitar aquella isla que en un tiempo existiera en medio del *Misquamacus*, así nombrado en tiempos de Richard Billington y nombre pronunciado por Ambrose Dewart sin tener conciencia de ello, y no vi nada; no quedaban rastros de la torre ni del círculo de piedras, de ese lugar de Dagon, de Ossadogowah, y de aquella otra Cosa espantosa de Afuera que acechaba a la entrada, aguardando a que la llamaran…

De todo esto sólo me queda un vago recuerdo, y eso por lo que vi encuadrado en aquella abertura cuando sólo esperaba ver las estrellas, y del olor sepulcral, hediondo, que venía de *Afuera*, no de las estrellas, sino de los soles, los soles vistos por Stephen Bates en sus últimos momentos, *enormes globos de luz reuniéndose hacia la abertura, y no sólo eso, sino aquellos otros globos que estallaban, dando paso a unas carnosidades protoplásmicas que fluían oscuramente para unirse unas con otras y formar ese horrendo monstruo del espacio exterior..., ese monstruo amorfo, tentacular, que era quien acechaba a la entrada, cuya máscara era como un cúmulo de globos irisados: ¡el malvado Yog-Sothoth, que deambula eternamente en el caos nuclear, más allá de las más inferiores fronteras del espacio y el tiempo!*

HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT (Providence, Rhode Island, 20 de agosto de 1890 – Providence, Rhode Island, 15 de marzo de 1937) fue un escritor estadounidense, autor de novelas y relatos de terror y ciencia ficción. Se le considera un gran innovador del cuento de terror, al que aportó una mitología propia (los mitos de Cthulhu), desarrollada en colaboración con otros autores y aún vigente. Su obra constituye un clásico del terror cósmico materialista, una corriente que se aparta de la temática tradicional del terror sobrenatural (satanismo, fantasmas), incorporando elementos de ciencia ficción (razas alienígenas, viajes en el tiempo, existencia de otras dimensiones). Cultivó también la poesía, el ensayo y la literatura epistolar.

AUGUST WILLIAM DERLETH (Sauk City, Wisconsin, 24 de febrero de 1909 - Sauk City, Wisconsin, 4 de julio de 1971). Escritor estadounidense perteneciente al llamado Círculo de Lovecraft conformado por escritores que mantuvieron amistad por correspondencia con el famoso escritor Howard Phillips Lovecraft y que le darían forma al llamado ciclo literario de los mitos de Cthulhu.

August Derleth haría su aporte a los mitos, introduciendo a los llamados por él Dioses arquetípicos en contraposición de los Dioses Primigenios catalogados por él mismo y que fueran inventados en su mayoría por H. P. Lovecraft.

Según la mayoría de los críticos literarios que se han interesado por estudiar este tema, hay un factor fundamental que diferencia la literatura de horror de Derleth como continuación de la de Lovecraft: la incorporación de « dioses malos» y « dioses buenos» , cosa que nunca fue contemplada por Lovecraft, creador del terror cósmico materialista.

Los « dioses» de Lovecraft eran terribles como (usando un símil) puede serlo para una hormiga una manada de elefantes pasando sobre su hormiguero, es decir, como seres alienígenas que podían masacrar a quien tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino.

En los escritos de Derleth, sin embargo, los mismos dioses fueron recreados (pasa a llamarlos « dioses primigenios») en contraposición a nuevos dioses (dioses arquetípicos), incorporando así un factor moral ausente en la obra original de Lovecraft: los dioses se transforman en « buenos» o « malos» de acuerdo a criterios claramente mortales o diferentes a la oculta moralidad extraterrestre que caracterizaba a los monstruos de Lovecraft. Precisamente por esta diferencia, en Lovecraft quizás sea más acertado hablar de « monstruos extraterrestres extradimensionales» por su carácter amoral (con una moral no humana), y en Derleth de « dioses» (por compartir,

pese a su poder, la moralidad de la humanidad).

August Derleth sería bautizado dentro de la mitología de Lovecraft como el Conde d'Erlette.